

Johana M. Bolívar

TIENE QUE SER SIMPLE

*“Nuestra historia es de las cuales los grandes escritores se nutren para el resto de sus vidas,
y de las cuales emergen las canciones de desamor.*

*El placer masoquista de sentir cosas tan tuyas, mías-nuestras,
como si hubiéramos venido a experimentarlas para entenderlas,
representarlas en nuestra propia obra artística,
y hacerlas nuestras,
en ciclos,
para siempre.”*

*Al amor que no fue,
Para que yo pudiera SER.*

INDICE

Parte I: Lara.....4

Parte II: Gabriel.....47

Parte III: Reflejo.....84

Parte IV: Fusión.....128

Parte I: Lara

1

Comportamiento básico de una mujer enamorada

Fase 1: La ceguera

Mientras sus amigas le dicen que él no es bueno para ella- algo irrefutable racionalmente hablando- ella sigue adorándolo como si fuera una especie de Dios en la Tierra. Nadie podría jamás compararse a él, por lo que se siente agradecida de al menos haberlo conocido, de haber tenido la oportunidad de respirar el mismo aire que él, como una niña enamorada de su actor favorito. Pasa noches, días, meses y años luz mirando sus fotos, apreciando cada centímetro de su hermoso cuerpo, repasando sus ojos, su boca, su risa y sus palabras. Mientras viaja en el colectivo escuchando las canciones de amor más empalagosas de los 80's y simula estar mirando por la ventanilla, en realidad está pensando en él (y no le sale bien disimular, porque lleva una sonrisa estúpida pintada en la cara)...

No importa cuántas cosas sucedan en su experiencia, nada la saca de su burbuja. Viaja como sonámbula, soñando despierta, sintiéndose igual a una hoja llevada por el viento, liviana, hermosa, bailarina. Nada le molesta demasiado, porque es incapaz de prestar suficiente atención a cualquier cosa que no se relacione con él. Cuando lo ve, se pone nerviosa. Siente una presión de ser perfecta, haciendo todo lo que piensa que él quiere de ella, aunque de eso no tenga ni idea. Se convierte, sin querer, en un perrito faldero bien entrenado que está dispuesto a realizar cualquier truco que el amo desee, mientras éste le dé su cuota de cariño, la cual puede consistir en algo tan simple como un mísero guiño de ojo que la tendrá atontada hasta el próximo encuentro.

Estúpida al cubo.

Sonó el teléfono, rompiendo un silencio insoportable. Lara se sobresaltó de tal forma que el libro que estaba leyendo se le cayó al suelo. ¿Lo estaba leyendo? Era imposible concentrarse. La verdad es que sus ojos habían estado recorriendo las letras, página tras página, sin poder procesar la información. Se levantó del sofá torpemente y corrió hacia la mochila, donde había dejado su celular, casi tropezándose con la ropa desparramada por el cuarto desordenado.

-¿Hola?-. Esta vez era él, lo sabía. El corazón se le salía del pecho.

Él, tan violento, inocente y seductor, todo a la vez. Ella apenas pudiendo concentrarse en unir las palabras con sus respectivos significados y contener la emoción que estaba sintiendo. Se preguntó si podía existir en el mundo otra persona capaz de mezclar tanta perversión y ternura juntas. Cuando se trataba de Adrián, se convertía en una pava llena de agua caliente esperando el hervor. Y con sólo un poquito de su atención, él podía llevarla a su punto exacto de ebullición, donde ya no podía pensar con claridad.

El llamado que había estado esperando por tanto tiempo (¿cuánto había pasado desde la última vez? ¿Dos semanas? ¿Tres meses?) fue corto y cumplió su objetivo: Una noche más juntos en su departamento de soltero. Aunque siempre debajo de la alegría de obtener la atención de Su Majestad existía un poco de decepción por no ser invitada a una cena, o tal vez un paseo al aire libre, Lara nunca había esperado otra cosa de él. Es que ¿qué valor podía tener una chica como ella para semejante hombre?

Al terminar la conversación, Lara exhaló violentamente antes de empezar a saltar por todo el departamento. Sabía que una vez más, él había logrado absorberla hasta no dejar rastros de ella misma por ningún lado. Pero estar fuera de sí aunque fuera por un ratito, bueno... se sentía bien.

2

Nunca, por más libros que leyera o experiencias que ganara, había comprendido qué significaba "crecer". De todas formas, sospechaba que ni siquiera los adultos sabían bien cómo ser adultos, y que todos estaban simplemente *jugando* a serlo, como cuando se vestía con la ropa de su madre en la infancia. Estaba a punto de empezar el tercer año del Profesorado de Inglés en la facultad, aunque estaba atrasada porque cada vez cursaba menos materias. Quizás porque ya no sabía bien si realmente quería vivir de eso, o si lo hacía por inercia. O quizás porque desde que Adrián había entrado a su vida, las horas de realizar trabajos prácticos se habían convertido en horas de pensar en él. Parecía que cada vez que se proponía sentarse a estudiar, las letras se desdibujaban perdiendo el sentido hasta llevarla a recuerdos y fantasías idiotas que no se cansaba de fabricar. El amor (o la falta de él) había hecho que su cerebro se volviera vago, infantil y disperso. ¿"Crecer" sería, de una vez por todas, olvidarse de él? ¿Concentrarse en los estudios y el trabajo?

-¿Cuántas copias?- le preguntó el chico de la fotocopidora.

-¿Eh? Ah... una sola- contestó finalmente Lara. Dispersa, ida, en otro mundo. Todavía no sabía cómo no había sido atropellada por un auto en el camino. Lara observó la cantidad de fotocopias que escupía la máquina, apilándose, formando un libro gordo, con letras diminutas, borrosas, aburridas.

“Estudiar apesta”, pensó. “Y trabajar también. No quiero estudiar ni trabajar, nunca más.” Pagó las fotocopias y un resaltador nuevo que se compró como incentivo, y trató de imaginarse estudiando hasta tarde. Imposible. Estaba demasiado cansada. Acababa de salir de la librería, y Gonzalo se había empeñado en interrumpir sus pensamientos todo el día, necesitaba pensar... Al final, trabajar en la librería no era nada de lo que había imaginado. Tantos libros al alcance de la mano, y tan poca voluntad y capacidad de concentración para leerlos, sumado al hecho de que el ritmo común de la clientela era lo suficientemente rápido como para no permitirle concentrarse en la lectura, y lo suficientemente lento para aburrirla. Y el aburrimiento la hacía pensar, y ya que iba a pensar, ¿por qué no pensar en Adrián? Eso, claro, cuando Gonzalo no se empeñaba en interrumpir sus fantasías... lo cual la irritaba. Mucho.

Llegó a casa y tiró las hojas sobre el sofá, que se deslizaron y terminaron cayendo al piso, desordenadas.

-¡La puta madre!- gritó, y se puso a juntarlas. No, no estaba de humor para estudiar. Ahora, no. Mejor darse una ducha y comer las sobras de ayer mirando *Friends*. Después, capaz, leer un poco antes de ir a dormir. O sumergirse en la culpa más tarde.

Jugar a ser adulto era más divertido cuando era chica. Ahora estaba *obligada* a jugar ese juego enfermizo del mundo capitalista, y sentía que no tenía tiempo libre. Bueno, tenía tiempo libre todos los días después de las cinco de la tarde, pero sentía que nunca le alcanzaba el tiempo que necesitaba para pensar... por otro lado, creía que se volvería loca si lo tuviera, porque su mente siempre volvía a él.

Y pensar en Adrián siempre resultaba desconcertante.

“¿Ves? Otra vez. Ni siquiera puedo mirar Friends en paz.” Él estaba siempre rondando como una mosca, y ella estaba siempre ahí intentando buscarle lógica a toda la cuestión. Apagó la TV y decidió ir a pensar a la ducha. En vez de gastar luz, gastaría agua. Se miró en el espejo. *“¡Y claro, cómo no buscarle lógica, teniendo este cuerpo!”*. Se agarró los pechos y los levantó juntándolos, intentando hacer una cara sexy. Se sintió una estúpida. *“Ay mamá, ¿por qué no me pasaste un par de tetas respetables y labios prominentes?”*. Es que una chica como ella, nunca conseguía un chico como él. *“Bueno, tampoco lo conseguí. Lo tuve un poquito. Varias veces, un poquito.”* Adrián era de esos que no se encuentran en ningún lado, salvo en las revistas, o en las fantasías nocturnas de muchas adolescentes. Le resultaba tan insólito que él se hubiera fijado en ella que cuando él se acercó, se sintió en el medio de una película. Claro que, su

guión, a diferencia de las típicas películas estúpidas Hollywoodenses, había terminado como la mierda.

¿Cómo había logrado estar con ÉL? No lo sabía. Lo que si sabía, era que probablemente hubiera sido mejor no conocerlo.

3

La historia –si es que eso merecía ser llamado historia- ya estaba terminada hacía tiempo, aunque todavía no pudiera ponerle el punto final. Recordó todo, una vez más...

Ocurrió hacía poco más de un año atrás, el verano anterior, en una de las tantas noches de leve descontrol con sus amigas Constanza y Sol. Las únicas dos con las que mantuvo la amistad de todas las amigas que había hecho en la secundaria. Sol era una *femme fatal*, mujer extrovertida, interesante y llamativa, de esas que los hombres quieren presumir con sus amigos (probablemente el tipo de chica con la que se pondría de novio Adrián). En cambio Coti era la típica chica simpática y normal, de esas que los hombres querrían llevar a casa para presentársela a sus madres. Y Lara... bueno, Lara era la rara, o eso pensaba. Sol iba de amante en amante, y Coti de novio en novio, y Lara iba de novio a amante, de amante a soledad, y de soledad a querer irse al Tíbet a convertirse en monje budista. Sin embargo, algo tenían en común: todas sufrían.

Habían tomado demasiado; la previa se había hecho en el departamento de Sol, donde habían acabado con un arsenal de vodka, cerveza y fernet. Esa noche decidieron ir a un boliche a donde no habían ido nunca para asegurarse tener nuevas aventuras: sus fuentes les habían informado que el DJ pasaba música increíble; y para las chicas eso no era un detalle menor, sino lo más importante.

El lugar colmó sus expectativas: habían luces negras, lásers, videos y hasta una máquina de burbujas. Los tragos estaban baratos (lo cual las terminó prácticamente obligando a tomar un poco más de alcohol) y había muchísima gente bailando. Bailaron y rieron en el medio de la pista, completamente desquiciadas. Sol estaba pendiente de las miradas de los hombres, moviéndose sensualmente con su top blanco y sus jeans apretados. Coti estaba tan borracha que sus movimientos ya no eran coherentes, y Lara saltaba como si estuviera en el medio del pogo de un recital de rock. Ya ni se molestaba en observar alrededor para ver si habían chicos lindos, nunca tenía la suerte de encontrar una persona decente en esos lugares.

Avanzada la noche, Sol empezó a bailar con un chico fortachón, que no dudó en agarrarla del culo en cuanto ella le dedicó una sonrisita. Coti aprovechó la interrupción y se fue a sentar porque estaba mareada: tomar sin haber cenado antes había sido una mala idea. Lara entonces, decidió ir al baño a refrescarse. Se miró al espejo, era un desastre: tenía el maquillaje corrido, el flequillo mojado pegado a la frente, el bretel del corpiño asomándose por debajo de su remera de Sex Pistols y estaba absolutamente empapada de transpiración. Hacía calor adentro, pero ella no había parado de bailar. *“No me importa si estoy fea, soy borracha, soy feliz... cómo se llamaba esta canción? Coti sabe seguro... la la la...”*. Se arregló como pudo y comenzó a dar vueltas por la pista de baile buscando a sus amigas. En ese momento lo vio.

Adrián estaba caminando directamente hacia ella. Jamás hubiera creído, si lo hubiera visto antes, que él fuera capaz de notarla. De hecho, hubiera pensado que un chico así iría a buscar alguien como Sol, no como ella.

-Hola-, le dijo él con una sonrisita de esas que son como una mueca de winner a lo Bart Simpson.

-Hola-, contestó ella, sonriéndole de vuelta. Tenía los ojos verdes más lindos que había visto en su vida. Un mechón de pelo castaño y ondulado le caía sobre ellos. Tenía una camisa a cuadros abierta sobre una remera de Led Zeppelin. Algo de barba en el mentón, alto y flaco, espalda ancha pero no demasiado musculoso. Una bandana atada en el bolsillo delantero derecho de los jeans rotos, un pucho en la mano. Simplemente... parecía hecho a medida. *“La boca... Dios mío, qué linda boca”*, pensó anonadada. Él sonrió y Lara sintió que se le aflojaban las piernas y se quemaba viva.

-Te vi bailando, sos re divertida, me encantó-, le dijo.

Lara se sonrojó. Justo cuando estaba hecha un desastre, justo cuando había bailado como si nadie la estuviera mirando, justo cuando estaba saltando como si fuera uno de esos tipos motoqueros gigantes haciendo pogo en un recital de metal, justo... pero a él le había gustado. O no le importaba en absoluto su desfachatez.

-¿En serio? ... Estoy muy borracha-, dijo Lara, esforzándose por articular las palabras, y se empezó a reír un poco, tapándose la boca.

-Yo no, estoy extremadamente sobrio, mirá-, dijo él, mientras se tocaba la nariz con el dedo índice de la mano derecha y después con el de la izquierda. Lara se rió y él también.

-Mentira, tenés los ojitos rojos-, dijo ella, mirándolo detenidamente y acercando su cara a la de él. *“Si me vino a hablar, es porque quiere guerra, aunque usted no lo crea, y yo me aprovecharé de él y su falta de juicio a causa de sustancias alcohólicas.”* Qué lindo estar borracha y permitirse pensar esas cosas.

-Sí, bueno, la verdad es que... estoy un poquito mareado, ay me caigooo-, dijo él riéndose y revoleando los ojos. La tomó de la cintura. Lara se rió y sin poder creerlo todavía, pensó *“¡BIEN LARA, BIEN! Ahora no la cagues”*.

Entonces la besó.

4

Nunca se molestaba en buscar hombres en los boliches porque nunca tenía suerte. Esa noche realmente sentía haber ganado la lotería. No le hacía falta mirar a los demás, sabía que tenía al más lindo, al más divertido, al más sexy, al que hubiera elegido entre todos ellos, porque ella era una eterna idealista. Jamás hubiera pensado que esa noche se iba a ir acompañada, pero lo hizo. Por suerte, Sol se hizo cargo de acompañar a Coti, que se sentía muy mal, para que llegase a salvo a casa. Aparentemente el chico que la había sacado a bailar no le gustaba demasiado, o pensaba dejarlo para otro día. *“Ponerlo en el freezer”*, le decía, *“de reserva, por las dudas”*. Pero Lara prefirió comer calentito y recién hecho, y se dejó llevar por Adrián, como no se dejaba llevar con nadie, desde hacía mucho tiempo.

Y no fue la única vez. Tampoco tenía otra alternativa: él tenía demasiado poder sobre ella. Era tan divertido, tan fresco. El único que era capaz de hablar de cualquier cosa y hacerla reír con una simple mirada. El único que era claro en lo que quería. No indagaba demasiado en su pasado, su vida, sus sentimientos. Él quería sexo, iba al grano. No se molestaba en hacer discursos que no servían para nada.

Y estaba bien. Estaba *perfecto*.

Al menos al principio, durante unos dos o tres meses, cuando todavía se auto convencía diciéndose cosas como *“Sí, de ahora en más, seré como Sol, seré de esas mujeres independientes que tienen aventuras con muchos hombres, nada de compromisos, ni celos, ni corazones rotos, ni por qué me cambias por el fútbol, ni no me llamaste, ni dónde estabas, ni sentirme sola estando soltera, ni abandonar a mis amigas por un hombre... sólo placer, puro placer, y hasta luego, o hasta nunca.”*

Pero a fines de ese otoño, se fueron haciendo evidentes tres problemas: en primer lugar, que cada vez se sentía más atraída a él... no paraba de pensar. Si él no la llamaba, si él no le mandaba un mensaje, se sentía una basura insignificante. Adrián era generoso para darle amor a su cuerpo, pero no a su mente, mucho menos a su corazón. El segundo problema era no sentir más ganas de estar con nadie más que él. Por lo tanto se había vuelto dependiente y obsesiva. Por último, Adrián no era el tipo de hombre que quería en su vida: uno monógamo, y fiel.

Lo supo desde el instante en que lo conoció: Adrián era de esos “picaflores”, como dicen las abuelas. Disfrutaba del sólo acto de seducir, y de llevarse a la cama a quien quisiera, ya que tenía el poder para lograrlo. Era cortés, pero no demostraba sentimientos. Tenía las cosas bien separadas: el amor y el sexo. Nunca se le iban a mezclar, en el caso hipotético de que él tuviera la capacidad de enamorarse, lo cual Lara había empezado a dudar seriamente.

Luego del pensamiento de mujer independiente sobrevino el realismo extremo: *“Y si tuviera la capacidad de enamorarse, ¿se enamoraría de mí? ¿De Mí? ¡Vamos!...hay que ser realistas. No va a cambiar nada... tal vez dentro de 10 años nos reencontremos y él se de cuenta que yo... jajaja... qué ganas de pegarme un tiro.”*

Se había enamorado como una pelotuda. Lo había negado, disfrazado, e ignorado, hasta que se dio cuenta de lo insoportable que estaba. Hasta que Adrián tomó magnitudes que nunca había tomado nadie en su vida, hasta que llegó a creer que no podía haber nadie mejor para ella que él, si él la quisiera.

Pero sabía que él no la quería.

Por eso, muy a su pesar y remando en contra de su corazón, decidió alejarse. Durante el invierno, lo vio pocas veces (las veces que no pudo resistirse). Intentó concentrarse en sus estudios, aunque en los parciales no le fue muy bien: aprobó sólo tres de los seis que rindió. Cuando sonaba el teléfono y veía en la pantalla su nombre, agarraba el aparato y lo metía bajo el colchón o se encerraba en el baño a dar vueltas, indecisa, pensando si era mejor contestar, o devolverle el llamado después, o mejor no, nunca más. *“Hola... me estaba bañando, perdón. ¿Cómo estás? Sí, hoy puedo. Como quieras”*, decía la putita regalada que llevaba adentro. A veces lograba controlarla, pero no quería hacerlo.

Necesitaba alejarse de él antes de que él se alejara de ella; sabía que en algún momento, como todo picaflor, iba a cambiar la estación, y se iba a ir volando, sin avisar. Estaba segura de que iba a llegar un día en que él dejara de buscarla, que se aburriera de ella. Intentó distanciarse cada vez más a pesar de las ganas de salir corriendo a buscarlo que tenía, y lo logró. Consciente de que era lo mejor para su salud mental que la cortara de una vez con las fantasías de él enamorándose mágicamente de ella, lo dejó ir. O eso pensó.

5

Una vez puesto el punto final, pasaron meses de depresión, falta de motivación para vivir, cantidades descomunales de helado, muchas ganas de matar parejitas felices que

veía en la calle, la absoluta certeza de que nunca más se iba a enamorar así y un desprecio general por los hombres. Más tarde no tenía tanta bronca ni desconsuelo, sino que se sentía una cosa vacía, una especie de zombie automatizado que cumplía con sus obligaciones, horarios y quehaceres por inercia. Había logrado cortar todo contacto con él y reprimido todo intento de volver a verlo durante seis meses, inclusive en sus fantasías (ya no sabía en quién pensar cuando se masturbaba, así que casi ni lo hacía). A veces se preguntaba si estaba bien ir en contra de sus deseos. *“Si los deseos son estúpidos e inalcanzables, sí”, se respondía. “Si los deseos dependen de alguien que no quiere cumplírnoslo, sí.”*

Por otra parte, él le había facilitado las cosas: al llegar la primavera, se había puesto de novio. Parecía muy enamorado, y en un principio Lara pensaba que probablemente fuera fiel. Después de todo, él tampoco la buscaba. Se había convertido en el novio que ella había querido tener, había salido a luz la parte de Adrián que no había podido conocer ninguna de sus mujeres, excepto bueno, su nueva novia.

Fue un tiempo en el que ella creyó haber digerido el error que había cometido: enamorarse de la persona equivocada. Sabía muy bien qué tipo de hombre era, sin embargo no pudo ni quiso frenarse a tiempo (y a veces se preguntaba si era posible detener los sentimientos a conciencia, siendo éstos como una locomotora sin frenos que va derecho a estrellarse pero no tiene otra opción que seguir y seguir hasta hacerlo). Primero se reprochó ser tan estúpida, pero después simplemente aceptó que las cosas no eran como ella quería que fuesen. O tal vez sólo intentó no pensar demasiado en eso. De cualquier manera, todo el progreso que creía haber logrado, se desmoronó la noche en que volvió a verlo, como en un juego de mesa en el que los dados traicioneros del destino hacen caer la ficha en un casillero que te hace retroceder hasta el principio.

Había vuelto al boliche en el que se habían conocido. La noche era parecida, hacía calor pero no era abrumador, igual que en el verano anterior, el verano en que lo había conocido. Pero no se sentía igual que aquella noche... ahora no podía parar de pensar en él. De imaginarlo en algún rincón, de recordar todo lo que habían vivido, de recorrer aquellos pasillos por los que antes había caminado con él. No podía disfrutar de la música, y aunque había tomado la misma cantidad de alcohol que sus amigas o más, no parecía que fuera a causarle otra cosa más que una terrible resaca. Sol bailaba con los brazos sobre la cabeza, esta vez luciendo una mini y una musculosa escotada. Coti tenía un vestido a cuadros rosas y negros y una vincha en el pelo del mismo color. Se mecía suavemente con los ojos cerrados, escuchando la música, en su propio mundo. Lara las observó por un momento y tuvo escalofríos. Todo era diferente, y a la vez parecía estar igual que aquella primera noche... pero ella ya no era la misma.

Aunque en el fondo sentía que existía la posibilidad de verlo ahí esa misma noche, se convenció de que si estaba de novio y era fiel, no era lógico, y por lo tanto, no era

probable. *“A menos que... a menos que la cague. No. Basta, Lara, son tus ganas de verlo lo que te hacen pensar esas cosas... debe estar en la casa, con la novia encima, haciéndole todas las cosas que vos le hacías”*, pensó amargamente. Lo que más le molestaba era estar pensando, estar dándole cuerda al tema otra vez, como si no hubiera pasado, como si no hubiera dejado de... bueno, nunca había dejado de pensar, sólo había querido demostrarse que podía vivir sin tenerlo.

Creyó verlo y desvió la mirada, sin creerse a sí misma. Pero no, cuando volvió a mirar, allí estaba. Acompañado.

Lo vio a través de flashes de luz blanca mientras el suelo vibraba con *Low* de Foo Fighters. Irónicamente, una canción que siempre le había hecho pensar en él, quizás porque era la que mejor describía todo. Eran como fotos de una pesadilla. La última imagen que había quedado grabada en su mente fue su carita perfecta, los ojos cerrados, sus brazos rodeando otro cuerpo, besando otra boca. *“¡No, no puede estar pasando esto otra vez!”*, gritó en silencio mientras apartaba la vista e intentaba borrar lo que había visto, como si pudiera rebobinar la cinta de su memoria y grabar algo encima. Por supuesto que no era la primera vez que sucedía. Adrián tenía chicas por todos lados, y no eran nada tímidas. Más de una vez se lo había cruzado en la calle de la mano de alguna, o las muy descaradas venían a saludarlo mientras estaba con ella.

No sabía quién era esa figura de mujer, solamente podía recordarlo a él. Cuando él estaba presente, el resto de la gente se volvía borrosa. Todo transcurría en cámara lenta, y el resto se iba de foco... él brillante, alrededor oscuridad. Para Lara, Adrián era un ser tan distinguible entre la multitud que hubiera sido imposible no verlo a lo lejos, ahí, sonriendo coqueto y hablándole al oído a una privilegiada (¿o desdichada?) mujer. Intentó hacer como si no estuviera ahí. No funcionó. Quiso dejar de mirarlo, pero sus ojos lo buscaban sin querer ver, y rápidos y afilados, lo encontraban. Y a cada vistazo sentía una puñalada cada vez más aguda en su garganta. Fue en ese momento, que miró por última vez a la única persona que podía causarle aquellas sensaciones, que decidió que nunca más debía volver a ese lugar... a esa posición, a esa vulnerabilidad. *“Esto no es para mí”*, pensó. Todo lo que había logrado meter bajo la alfombra en seis meses, de repente explotó por todas partes, y sintió que ahora debía empezar de cero...de nuevo.

Lara terminó de tomar lo que quedaba en su vaso, lo dejó en la barra y se fue sin dar explicaciones ni despedidas. Había tanta gente que tenía que empujar para que la dejaran salir. Estaba mareada y acalorada, sentía que nunca iba a poder salir de ahí, sentía que iba a desmayarse y vomitar sobre alguien. Finalmente llegó a la puerta y se subió a un taxi, todavía con náuseas. Ahora se sentía ahogada por haberlo visto, del mismo modo en que antes se sentía ahogada si no lo veía... antes de darse cuenta que nunca lo podría tener.

Lara se sentó contra los barrotes del balcón de su departamento y prendió un porro. Lo peor no era pasar esto, lo peor era que él no supiera cuánto dolía pensarse como un ítem más en su lista de aventuras de una adolescencia tardía. Que no tuviera idea de que después de todo ese tiempo, ella a veces, todavía, no podía dormir pensando en lo que no había podido ser.

6

Comportamiento básico de una mujer enamorada

Fase 2: La miseria

Cuando las cosas van mal (el susodicho objeto de deseo no la corresponde), se siente protagonista de una tragedia de la cual no ve otra salida que la muerte. El mundo se convierte en un peso gigante sobre sus hombros y absolutamente todo puede afectarla. Ahora no va flotando, va arrastrándose. Mientras cruza la calle sin mirar ya -porque si la pisa un auto es lo mejor que le puede pasar-, piensa en lo miserable que va a ser sin él para el resto de su vida, y también en la fulana con la que seguramente la está “engañando”, que es la más hermosa Diosa mística con poderes mágicos que puede darle el mejor sexo que tuvo en su vida haciendo que olvide a todas las demás, para siempre... Piensa en los buenos momentos que vivieron y que nunca van a repetirse, y luego se precipita a pasar de frustración a depresión: “por qué tuvo que pasarme esto a mí, ojalá nunca lo hubiera conocido, nunca voy a recuperarme...” Mira sus fotos llorando escuchando música desesperanzada y luego busca películas románticas (para llorar mejor), pensando que nunca más va a poder besarlo. Su autoestima está atrapada en un pantano en lo hondo de un pozo ciego, fuera de sí misma, extraña, mitológica. No quiere olvidarlo, su mente se ocupa de crear fantasías de reconciliación o encuentros inesperados casuales (otra vez bajo la lluvia, él corriendo tras ella, rogándole que lo perdone por no acordarse del aniversario) o directamente pierde su orgullo y va corriendo a menearle la cola esperando unas palmaditas en la cabeza (de lo cual obviamente después se arrepiente). Se niega a dejarlo ir, pero le atormentan las imágenes de él y sus mil mujeres... además de la Diosa mística, claro.

Estúpida al cuadrado.

“¿Cómo puede seguir doliendo? Pasó tanto tiempo ya...”, pensó, mientras cambiaba de canal despatarrada en el sofá de cuero negro sin prestar atención. Un insecto volador irrumpió en su campo de visión. Lara lo miró de reojo. Llegó a ver que era una mosca

volando sobre la mesada de la cocina, en donde había dejado varios platos sucios. El departamento entero era un desastre. Bueno, no era muy común que estuviera demasiado ordenado, pero sí medianamente limpio. No había hecho absolutamente nada más que enchastres y desorden desde sábado, día en que había vuelto a ver a Adrián. La ropa que debía llevar al lavadero –como hacía todos los domingos– formaba una montaña al lado de la puerta de entrada. La cartera seguía tirada en la misma silla. La heladera estaba completamente pelada; cuatro botellas de cerveza descansaban vacías en la mesa. El departamento tampoco olía muy bien. Y claro, hacía tres días que ni siquiera abría la ventana para ventilarlo. Pensó en lo vergonzoso que sería si a alguna de sus amigas o a sus padres se les ocurriera pasar por su casa en ese momento sin avisarle y la vieran ahí tirada, en pijamas, con los ojos rojos y aliento a alcohol. Se sentó erguida por un momento y pensó *“bueno, al menos estoy limpia, me bañé”*. Miró a su alrededor vacilando, y finalmente se acostó de nuevo.

“A la mierda, estoy demasiado deprimida para ponerme a limpiar. ¿En qué estaba? Ah, sí...” Agarró una botella que todavía contenía un poco de cerveza, ya tibia y sin espuma. La tomó con asco.

Lara no estaba deprimida como ella creía, estaba rabiosa. *“Eso te dicen desde la infancia, que el tiempo cura las heridas. Qué mentirosos...y claro, si son capaces de decirte que un gordo vestido de rojo va a bajar por la chimenea- aunque tu casa no tenga chimenea-, son capaces de decir cualquier huevada para que dejes de romper las bolas”*.

Acababa de *comprobar* que el tiempo no había podido borrar de su mente la felicidad que él le había hecho sentir. ¿Felicidad? Adrenalina pura. El corazón agitado, y a la vez la sensación de ser un chocolate derritiéndose a fuego lento entre sus brazos. Recordó sentir cómo su cuerpo encajaba perfectamente con el de ella, cómo parecían haber sido fabricados el uno para el otro, y le dio una puntada en la sien. Se repitió que sí, que era probable que nunca más sintiera esa sensación física de completitud, pero qué mal que encajaban todas las otras partes, si es que algo más encajaba. Se preguntó si valía la pena haber experimentado todo eso mientras se llenaba la boca con un alfajor triple y seguía haciendo zapping. Necesitaba distraerse, pero su mente tenía el volumen más alto que la televisión.

“Un clavo saca otro clavo, dicen. Ja, sí, puede ser que eso funcione cuando realmente es un clavo, pero este flaco es un tornillo. ¿Y un tornillo con qué se saca? Tratas de ponerle un clavo atrás y el clavo se dobla. Necesito un destornillador... ¿y de esos dónde voy a conseguir? Ya bastante difícil es conseguir un tornillo en este mundo de clavos... pero si existe el tornillo, lo lógico sería que exista un destornillador, ¿no? Entonces, si existe un destornillador...” Se perdió. *“Esto es lo que pasa cuando la gente se vuelve loca”*, se dijo. Pero no le importó demasiado, ¿acaso a un loco le puede importar su locura?

Cuando terminó de devorar el alfajor, abrió un poco más el paquete y dejó caer las migas en su boca. Algunas terminaron en su pecho, y en el sofá. No había vuelta atrás: Iba a terminar como la vieja de los Simpsons, en una casa llena de gatos, sola. Por un segundo pudo imaginarse vieja y loca, en ese mismo departamento, con manchas de humedad surcando la pared cuya pintura alguna vez había sido color durazno, ahora descascarándose. El sofá negro –el primer mueble que había comprado con su propio sueldo hacía tan solo unos meses- con el tapizado manchado de chocolate, roto por las uñas de los gatos, pelos de animal por todas partes. Botellas de whisky, tal vez vino (aunque no le gustaba, se imaginó que de vieja seguramente terminaría tomando cualquier cosa) no en la mesa, sino desparramadas por el piso. Sacudió la imagen de su mente e intentó reírse de sí misma, aunque no lo logró. El desastre emocional que le había causado la separación de su ex, Leo, parecía un chiste comparado con la desolación que le había causado Adrián.

Se rascó la rodilla derecha por debajo del jogging que tenía puesto y sintió algo mojado y caliente. Se miró las uñas y comprobó que era sangre. Recordó que al llegar al departamento borracha y llorando (eran las cuatro de la mañana y probablemente nadie la viera llegar, así que una vez que subió al ascensor, dejó de reprimir las lágrimas), se había golpeado la rodilla con el borde de la mesita ratona. Finalmente tuvo una razón para levantarse. Se sacó los pantalones y se lavó la herida con agua y jabón. ¿Acaso no era eso lo que siempre había hecho? ¿Golpearse, lastimarse, y reabrir la herida, mil veces, pensando que ya estaba curada?

“Esta lastimadura, si yo quiero, puedo seguir empeorándola. Puedo llenarla de bacterias, puedo romper la cascarita cada vez que se forme, puedo golpearme de nuevo. Pero mi cuerpo siempre la va a querer curar. Y si pudiera no rascarme, no prestarle atención, si pudiera darle tiempo...”

Sus neuronas intentaban realizar conexiones de sabiduría pero de repente se rindieron y olvidó lo que estaba pensando. Se sintió un desastre. Un asco. Se dio lástima. Se largó a llorar en bombacha, sentada en el inodoro, con la cabeza entre los brazos.

El preludio al vacío completo y total, catastrófico, mortal. ¿Y Ahora? Bridget Jones era real, pero Darcy no.

7

Esa noche se durmió mirando un programa de Discovery Channel sobre un Biólogo marino que viajaba por el mundo tratando de comprobar la existencia de un ser

mitológico. Más tarde, soñó a Adrián sentado en un bote con su caña, esperando. Estaba en un mar lleno de peces de colores, indefensos e inocentes. Ella era pequeña y frágil. Veía su figura amenazadora desde abajo del agua, y el pescador la llamaba... la llamaba invitándola a salir a la superficie. Quería escapar, quería nadar contra la corriente, pero ¡qué delicioso anzuelo! No pudo evitarlo, fue a buscarlo, y cuando se dio cuenta ya era tarde. Sabía que no había forma, siendo un pobre pez al que se lo ha enganchado por la boca, de avisarle a su perverso pescador, que antes de devolverla al mar, herida e ignorada, la mirara con atención.

“Quizás si hubiera estado dispuesto a observarme con atención en el momento en que me sacara del agua, comprendiera que yo no era un simple pececito, sino una sirena.”

Lara alargó el brazo buscando el despertador y le pegó un golpe al botón que detenía la alarma.

Como cada noche desde que lo había conocido, Adrián no la había dejado en paz, o quizás ella no quería dejarlo a él. Sólo recordaba haberlo soñado. Y como siempre, como en la realidad, él estaba ahí, cerca pero lejos, ignorándola pero sin hacerlo a propósito, siendo ella tan sólo una especie de fantasma observándolo desde otro plano, sin existir en su mundo real.

Y otra vez despertaba con esa sensación de angustia en el pecho, esa tristeza que le producía revivir de alguna forma su indiferencia. Estaba cansada de la rutina de no poder frenar su mente que no paraba de buscar respuestas ni consuelo, ni siquiera cuando estaba durmiendo. No tenía forma de concentrarse, todo siempre volvía a él. Se dijo por enésima vez que no tenía sentido seguir así, que no iba ni siquiera a hablar más de él, pero verlo nuevamente había arruinado toda su voluntad.

Al fin logró abrir los ojos y vio el departamento tal como lo había dejado la noche anterior: asqueroso. Una semana de alcoholismo, acumulación de mugre y desorden ya era suficiente para asquearla de sí misma. Se sentó en el inodoro y meó por lo que le pareció una eternidad. Se vistió con una remera vieja, y unos jeans que ya le quedaban grandes. No le importó. Se ató el pelo, se lavó los dientes y se fue a la librería.

Pensó que no era justo. Tenía que idear algún plan. Tenía que superarlo. *“No me vas a pescar más”*, pensó, entre dudosa y resuelta.

Por suerte, Gonzalo había pasado la mayor parte de la semana en el depósito, llevando y trayendo libros de acá para allá (Martha, la dueña, le había encargado que limpiara el depósito y reorganizara todo porque estaba hecho un desastre), y no se acercaron demasiadas personas a comprar –después de todo, el ciclo lectivo todavía no había comenzado y la gente estaba de vacaciones- por lo cual pudo pasar los días leyendo, o haciendo que leía. No tenía muchas ganas de hablar, sobre todo porque temía que Gonzalo le diera otro sermón si le contaba que había vuelto a deprimirse por Adrián.

Más tarde se juntó con Coti y Sol en el departamento de la última; entre el trabajo y el estudio, dentro de poco no iban a tener mucho tiempo libre para juntarse. Lara decidió no dar explicaciones sobre su desaparición en acción la semana anterior, y sus amigas decidieron no preguntárselo, ya que bueno, habían visto todo.

Lara se acostó en el puff que había en el living de Sol mientras ella preparaba el mate y Coti llegaba con una bolsa de galletitas. Era un mono ambiente, no muy grande pero tampoco demasiado chico, ideal para una sola persona. Estaba perfectamente arreglado; la mesita con cuatro sillas de caño negro, la cama haciendo juego del lado opuesto, y la televisión en un rincón. Lara se apartó el flequillo de su cara pálida. Tenía los ojos entrecerrados y por un momento se quedó mirando la TV fijamente, pensativa, ausente. Había una propaganda de chicles en la que un adolescente caminaba sonriente entre los invitados de una fiesta, mascando y regalando besos de aliento ultra fresco a todas las chicas que se le cruzaban. Ver la sonrisa de “winner” y todas las chicas suspirando por él le revolvió el estómago.

-Qué bronca.- Dijo, sin darse cuenta que lo decía en voz alta.

-¿Qué?- Preguntó Coti, que estaba abriendo un paquete de galletitas dulces para acompañar el mate que preparaba Sol en la cocina. Lara la miró e hizo un gesto con la cabeza señalando el televisor.

-¿Qué, la propaganda?- dijo Coti, convidándole galletitas. Lara se levantó del puff, y se sentó frente a ella.

-La propaganda, los tipos. Los tipos forros...son todos una mierda-, dijo, apoyando los brazos sobre la mesa y enterrando su cabeza entre ellos. Coti soltó una carcajada y miró a Sol que llegaba con el termo y el mate.

-¿De qué te reís?- , dijo. Lara levantó la cabeza y las miró resentida antes de volver a desplomarse sobre la mesa. Coti le dijo entre risas:

-No te podes enojar con cualquier cosa, Lara-.

-No es cualquier cosa- respondió. -Además estoy hablando en general, los hombres son todos iguales: una mierda.- Se metió un par de galletitas en la boca y las masticó enojada mirando el televisor nuevamente, con la cabeza apoyada en una mano.

-Tenés toda la razón-, dijo Coti. Sol negó con la cabeza, se sentó en la mesa entre sus dos amigas y le dijo muy seriamente a Coti:

-Hay que llevarla de joda. A vos tampoco te vendría mal-. Ésta, sonriendo, le contestó que esa era su solución para todo. Sol tomó un sorbo de mate y pegó un salto porque se había quemado la lengua. Las tres se rieron con ganas.

Lara continuó: -¡Y, de todo esto tiene la culpa esta sociedad! Lo que te pasa a vos con Emiliano, lo que me pasó a mí, ¡todo! Los pibes agarran, ven estas propagandas, y después repiten lo que ven. Les enseñan desde chiquitos que es de “ganador” andar acostándose con cualquiera, que las minas somos todas fáciles, que un beso no significa nada...-

Sol miró a Lara con cansancio: -¡Para, Violencia Rivas! No es para tanto...-

-Emiliano es inmaduro nada más...-, dijo Coti, atajándose.

-Un beso no es nada-, dijo Sol. -Todos alguna vez le dimos un beso a cualquiera, inclusive vos...-. Lara suspiró, hizo una larga pausa y dijo:

-Bueno, está mal no darle importancia a esas cosas. Los besos son muy poderosos-.

Se hizo un gran silencio. Sus dos amigas la miraron con curiosidad, mientras paseaban el mate y las galletitas por la mesa, frunciendo el ceño. Sol bajó el volumen de la tele, la charla se había puesto jugosa.

-Un beso, para mi... *parece* ser inocente, pero si te pones a pensar, a veces puede tener consecuencias muy jodidas. Tiene una fuerza increíble. Un beso puede marcar el principio de una historia, o el final de otra. – Lara se puso a enumerar con los dedos.- Te puede sacar todas las dudas que tenías, o te puede llenar la cabeza de porquerías. Podes besar a alguien y terminar en su cama, y de esa cama salir embarazada. ¡Pum! Te cambió la vida. Del beso surge el amor o el odio, depende quién se lo da a quién. Te besa Pepito y te enamoras; Pepito besa a Fulanita y lo odias. No son solamente los besos que vos das, son los que se dan a tu alrededor...si besas a alguien que te gusta un montón te hace sentir feliz...pero si estás con alguien que no te interesa o no está interesado en vos, al final te hace sentir más sola-.

Sol la frenó con una mano en alto y dijo:

-No, pará. Está bien que puede marcar muchas cosas un beso, pero estás exagerando. Para mí eso se aplica a los tipos que te gustan de verdad. Yo no me siento sola, me acuesto con extraños y la paso bárbaro. Si cada vez que estoy con alguien me

significara algo, sería miserable. Los hombres nos usan, pero nosotras también los podemos usar a ellos -.

Coti miró a Lara esperando su respuesta mientras tomaba mate. Sol agregó, excusándose: –Es totalmente normal que la gente tenga sexo con cualquiera y que no sientan nada, que vos no lo hagas o que seas más susceptible que el resto no significa que tengas razón.

-Vos estás hablando de sexo, yo hablo de un beso, –respondió Lara, un poco ofendida.
-El sexo es una de las consecuencias que puede traer un beso. Es más una cuestión de instinto animal que viene después. Obviamente que el sexo a su vez trae sus propias consecuencias, pero eso es otro tema. ¿No pensaste qué podía pasar si no llegaras a acostarte con esos tipos? Tendrías tiempo de conocerlos, de pasar más que unas horas con ellos. Estoy segura que alguno te movería el piso, dejaría de ser una cuestión superficial. Y ahí me gustaría ver si no significaría nada para vos -.

Sol se quedó pensativa, girando el mate entre sus manos. Tomó un sorbo, se apartó el largo pelo de los hombros y finalmente dijo: - No creo que esos tipos me puedan enamorar, son unos idiotas. Y no creo que ninguno de los que besé signifique algo para mí nunca-. Coti la miró pícaramente y dijo:

-Eso es porque son tantos que ni siquiera te acordas con quien estuviste-. Las tres rieron mientras Sol le pegaba suavemente a Coti en el brazo.

-Puede ser, en realidad, nunca sabes hasta que pasa o hasta después de un tiempo, si el beso que diste no significó nada realmente-, reflexionó Coti.

-Claro. Si yo hubiera sabido todo el sufrimiento que me iba a comer por besar a Adrián esa primera vez, no lo hubiera hecho. Era mucho más fácil decir que no en ese momento. Después de la segunda, la tercera, la cuarta vez... olvidate, se vuelve adictivo. Se vuelve una cosa animal, química, ¡se descontrolan las hormonas!- dijo Lara, gesticulando con los brazos en el aire.

Coti se recostó en el puff y se quedó pensativa mirando el techo.

–Tiene sentido lo que dice, Sol. Vos nunca sentís nada porque estás con los tipos una sola noche, y encima te aseguras que sean bien idiotas. ¿Te acordas de ese que conocimos en el cumpleaños de Gonza, que no paraba de hablar del gimnasio? Andaba con el celular todo el día sacándose fotos frente al espejo en cuero... qué boludo que era.-

Coti y Lara se rieron. Sol asintió: - Sí, era un idiota. Creo que nos vimos dos veces y no le di más bola-. Lara reclinó la cabeza a un costado y miró a Sol, con la boca bien abierta.

-¡Ya está! Está más claro que el agua. La gente que nunca está sola, no lo está porque no elije. *El que elije no coge*, dicen, ¿no?-, dijo Lara.

Sol, sorprendida y ofendida dijo:

-¡Hey! ¡Yo elijo, no es que me voy a coger al primero que venga! ¡Me fijo que sea lindo, limpio, que use forro y que tenga auto!-. Después de las carcajadas, Lara continuó:

-Ya sé que elegís, boluda. ¡Pero los hombres que elegís no te gustan! Por eso te salís con la tuya, así es fácil no sentir nada. Si siempre elegís tipos que no tienen el potencial de gustarte, entonces es obvio que no te vas a enganchar-.

Sol dijo con un aire de tristeza: -Nunca lo había pensado así. Puede ser...-.

-Tenés suerte de ser así y estar contenta.- dijo Coti- En cambio yo los elijo con la mejor intención, pero me sale mal...y Lara, directamente elije tanto que cuando encuentra uno, lo pone en un pedestal-. Lara se levantó de la mesa, recogiendo las cosas, y les dijo:

-Es verdad. Vos tenes la suerte de estar contenta con la soltería. Y vos, Coti, tampoco te quejes porque al menos siempre encontras a alguien también, aunque sea para entretenerte un rato-.

La conversación se desvió entre chistes y anécdotas. Lara creía que si pudiera ser como alguna de sus amigas, sería feliz. Cualquier opción era mejor que ser ella. Lo que no sabía, es que en el fondo, a Coti le preocupaba no haber pasado tiempo sin novio desde los 15 años y no haber experimentado lo suficiente... y a Sol le preocupaba que nunca nadie la quisiera. En definitiva, bajo la superficie, sentían igual que ella.

9

Ya era tarde cuando decidió volver a casa. Había sido un alivio estar con las chicas y despejarse un rato, aunque aproximadamente un noventa por ciento de los temas de conversación habían pasado por Adrián, las últimas aventuras sexuales de Sol, el “proyecto de novio” de Coti (Emiliano, un chico que había conocido hacía poco por medio de su primo), sus ex, y lo miserables que se sentían a causa de los hombres (¿o a causa de ellas mismas que buscaban consuelo en ellos?). Sol les había insistido a ambas que tenían que salir porque era viernes, pero dejó de enumerar las razones por las cuales debían hacerlo cuando escuchó los primeros truenos.

Mientras Lara esperaba en la parada de colectivo, vio los relámpagos amenazantes y deseó llegar a casa antes de que se largara la lluvia. Una pareja entró a un edificio corriendo de la mano, riendo, mientras caían las primeras gotas. Los imaginó dentro de la casa, acurrucados en un sillón, mirando una película con una frazada encima. Qué suerte que tenían. *“Hijos de puta, disfruten que eso se acaba tan fácil como empieza. ¡JA! Sí, algún día van a ser miserables como yo, forros.”* Ese pensamiento de despecho la hizo sentir mejor. La boca se le torció en una mueca y se rió por dentro.

El colectivo llegó cuando ella ya estaba completamente empapada, como no podía ser de otra forma. Se subió, pagó el boleto y se sentó en el fondo. Había solo tres personas adentro. *“¿Estarán solos cuando lleguen a casa?”*, pensó. *“Bueno, qué importa, ¡si todo siempre termina mal! Ya van a ver, ya van a ver...”*

Cuatro novios a lo largo de su corta vida se habían encargado de enseñarle cuan mal pueden ir las cosas. El primero, había besado a una de sus ex mejores amigas en un cumpleaños de 15, frente a todo el curso. ¡Oh, la humillación! Después de eso, pocas cosas le habían dado tanta vergüenza. El segundo (que le había durado aún menos que el primero) era un enfermo de celos; no soportaba ni siquiera que se pusiera una pollera en verano y vivía acusándola de meterle los cuernos. *“Cola de paja le dicen”*. Al tercero no lo amaba, aunque habían tenido una linda relación, que obviamente después terminó en aburrimiento y posterior separación. El cuarto y último, todavía (más de un año después) le mandaba mensajes de texto diciéndole que la amaba, aunque a los dos meses de haberse separado ya estaba en una relación con otra mujer.

“Por ahí somos muy chicos para tener relaciones serias. Por ahí lo que tenemos que hacer es estar solos. Solos y de vez en cuando acompañados. Y no enamorarnos de la compañía, saber que están ahí por un rato...”

Lara pensó que, como todo en la vida, hay que ir adaptándose, que los tiempos cambian. Así como ya no era común casarse a los 15 años como un par de generaciones atrás, quizás se estuviera pasando de moda estar en pareja antes de los 30... o los 40. Tal vez las próximas generaciones nunca se casaran. Era posible que estuvieran todos al borde de un cambio más en la evolución humana. A pesar de lo lógico que le resultaba pensar que los tiempos estaban cambiando y que era ella la anticuada, Lara sentía muy en el fondo que no iba a poder ser feliz sin amor. Podía intentarlo, pero... ¿Qué es la felicidad sin amor? ¿Existe?

Un chico de pelo oscuro, piel pálida y ojos claros se levantó y la miró por un segundo antes de bajar del colectivo. Ella lo observó correr bajo la lluvia. Se recostó contra la ventanilla temblando de frío y cerró los ojos. *“Todos corremos, pero es inevitable. Nos vamos a mojar igual. Es irónico que pretendamos no mojarnos en un planeta en el que*

llueve cada dos por tres. Al igual que es irónico que tratemos de no enamorarnos..." pensó.

10

Como si pudiera leer su mente, al llegar a casa descubrió que su ex, Leonardo, le había mandado un nuevo mensaje de texto: *"Hola bonita, ¿cómo andas? ¿Qué es de tu vida? Tengo muchas ganas de verte..."*

Decidió aprovechar la noche para lavar la montaña de ropa que se había acumulado (cualquier excusa era buena para no estudiar). De a poco, el departamento iba pareciendo habitable de nuevo. Bajó hasta el lavadero del edificio, que estaba completamente vacío.

"Claro, es viernes a la noche, ¿a quién se le ocurre pasarlo lavando ropa, excepto a mí?". Pensó, mientras metía la ropa y el jabón a la máquina, si Leo se merecía una contestación. *"No. Odio que me pregunten qué es de mi vida, cuando no les interesa. Odio que me diga que tiene ganas de verme en vez de decirme que me extraña y que su novia no se la chupa tan bien como yo. Odio que me diga bonita, odio que me use y me tire cuando quiere y que le meta los cuernos a la mina."*

Aunque... no había sido todo culpa suya. Ella también había recurrido a él y a su cariño falso un par de veces después de la separación. Es que era lindo, aunque fuera por un día, abrazar a alguien que la había querido. Con todos sus defectos, sus peleas, sus idas y vueltas, no podía negar que tenía recuerdos lindos de Leo. Tal vez en el fondo a él le pasara lo mismo.

"Sí, tengo recuerdos lindos de Leo, pero están bien enterrados bajo un montón de mierda". Mientras observaba la ropa dar vueltas en el lavarropas, resurgieron recuerdos de las últimas peleas, la separación y la muy desagradable sorpresa de verlo paseando de la mano con otra mina por la calle cuando ella todavía seguía llorando por él todos los días, extrañando su olor y sus manos.

¿Cuántas veces le habían dicho que sin ella no podía vivir, que siempre la iban a esperar, que era el amor de sus vidas...? Y al final, todos la terminaban decepcionando. Seguramente ella también había roto sus corazones sin darse cuenta. ¿De qué servía todo eso? ¿No era mejor estar sola y esperar al correcto? *"Pero ¿cómo sabes cuál es el correcto, si todos parecen el correcto en ese momento?"*, se preguntó, aterrorizada.

Se había quedado sentada pensando en sus relaciones pasadas, escuchando los truenos y la lluvia, cuando se dio cuenta de que la máquina ya había terminado de lavar y centrifugar, y en su pantallita, unas letras verdes decían "FIN". *"Si la gente fuera como el lavarropas y te avisara cuándo se terminó todo, no perderíamos tiempo"*,

pensó. Sacó la ropa de la máquina y la metió en la secadora. Con esa lluvia, no iba a poder colgarla en el balcón. Veinte minutos después, la montaña de ropa sucia que estaba en el piso se convertiría en una montaña de ropa limpia sobre el tendedero. *"Algo es algo"*, pensó.

Cerró la puerta del lavadero, y le puso el candado. El portero tenía la manía de cerrar absolutamente todo con llave, y apagar y desenchufar todo, y se irritaba cuando alguien descuidaba sus mañas. Lara miró la cadena por un momento. Esos eslabones, al igual que ella, no tenían otra opción que estar ahí, encadenados. Sujetada a cosas, personas y situaciones de las que no podía salir. Se sintió un eslabón enganchado a otros, simplemente una parte de un todo. Ella enganchada a Adrián, Adrián enganchado de su novia... y ¿quién era el que estaba enganchado a ella? ¿Habría alguien pensando en ella, mientras ella solamente pensaba en Adrián?

"¿Y si todas las personas fuéramos eslabones? ¿Y si la mayoría de nosotros, los infelices, estamos mirando para el lado que no corresponde? Si yo me diera vuelta y mirara a quien teóricamente está enamorado de mí... ¿me enamoraría de él? ¿Sería feliz? ¿Podríamos liberarnos de las cadenas al fin?"

Estaba exhausta. Se desvistió y se metió en la cama. La lluvia era como un arrorró.

Lara pensó que lamentablemente, ella no era tan conformista como para amar a quien ya la amaba, solamente porque haría las cosas más fáciles. *"Al carajo el amor"*. Se dio media vuelta y se durmió.

11

Mientras tanto, Sol había llamado a Rodrigo. Las noches de tormenta le daban mucho miedo, y además, era noche de viernes y la deprimía no hacer nada. Lo había conocido en un bar hacía un mes, y tenían una cita pendiente. Bueno, en realidad, no era una cita. Pensó cuándo había sido su última cita de verdad. *"No importa... no vale la pena... hay que usarlos, están solamente para divertirme"*, se convenció, una vez más.

Las palabras de Lara le habían quedado rebotando en la cabeza. *"¿No pensaste qué podía pasar si no llegaras a acostarte con esos tipos? Tendrías tiempo de conocerlos, de pasar más que unas horas con ellos"*, le había dicho. Personalmente, no quería saber nada de quedarse hablando toda la noche con Rodrigo. Era bastante aburrido, lo sabía por lo poco que habían hablado en el bar después de comprarle un par de tragos. Estudiaba economía, 26 años, tenía un perro al que le gustaba mearle el auto del

vecino, era de Entre Ríos, tenía muchos hermanos y hermanas, no sabía bailar. Nada que le interesara. Además, no se trataba solamente de sexo. Ella necesitaba sentirse deseada, hermosa, irresistible, aunque fuera por un rato. Y Rodrigo le servía a sus propósitos.

El timbre sonó mientras terminaba de vestirse y ponerse unas gotas de perfume. Se acomodó el escote, encendió la música y abrió la puerta con una sonrisa amplia, pero seductora. Rodrigo entró decidido a hablar poco y hacer mucho, por suerte. Tenía una camisa azul que le combinaba con sus ojos, destacando su piel bronceada. Era un morocho con corte de pelo de galán de telenovela, y músculos dignos de un comercial de una máquina de ejercicios. Tomaron un par de tragos de la cerveza que él había llevado y hablaron del clima, que estaba “terrible”. Sol, coqueteando, se sentó en su regazo. Él la besó con ganas. Solamente quería su deseo, sentir su respiración agitada, explotar.

Él acarició su muslo buscando la entrepierna, por debajo de su pollera. De fondo sonaba *She Rides*, de Danzig, envolviéndolos en una atmósfera en la que no se puede hacer otra cosa que el amor. Sol desabrochó su cinturón y él la levantó y la tiró sobre la cama, lanzándose sobre ella. Le besó el cuello y la desnudó lentamente, mirándola a los ojos. Sol sonrió con placer mientras él recorría su cuerpo con la lengua.

Rodrigo fue rápido pero efectivo. Sin embargo, cuando él se quedó dormido, la voz de Lara la invadió de nuevo: *“Si besas a alguien que te gusta un montón te hace sentir feliz... pero si estás con alguien que no te interesa o no le interesas, te hace sentir más sola”*.

“Callate, Lara”, pensó. Acurrucada de espaldas a Rodrigo, Sol intentó convencerse de que no se sentía ni un poquito sola.

12

Comportamiento básico de una mujer enamorada

Fase 3: El odio

La depresión se va convirtiendo en bronca. Se siente una asesina serial caminando de a zancadas con el ceño fruncido de odio, escuchando rock violento de despecho. Dice no querer verlo más, pero le encantaría poder vengarse: “voy a adelgazar, me voy a comprar ropa, voy a ir a la peluquería, me va a ver más hermosa que nunca y voy a estar con un hombre mucho mejor que él” (algunas inclusive lo logran, para darse cuenta después que a él no le importaba en lo más mínimo su plan diabólico). Ya no les importa más nada del mundo: “todo es una porquería, el amor no existe, nacimos y

moriremos solos, mejor estar sola que mal acompañada, la vida no tiene sentido, de ahora en más no voy a dejar que nadie más me haga sufrir, yo los haré sufrir a ellos, los cuentos de hadas son solamente cuentos, etc.” Repasa todas las estupideces que pensó antes y se quiere pegar un tiro. O mejor, pegarle un tiro a él por alimentar sus fantasías. Se pone a usar a todos los hombres que se cruzan en su camino, o los odia tanto a todos que no piensa tocar uno nunca más.

Estúpida.

Lara despertó como cualquier mañana de lunes: de muy mal humor. Se sentía enferma, pero no lo suficiente como para faltar al trabajo. Para colmo, a las seis de la tarde empezaba las clases. *“¡Hurra! ¡Aguante la facultad y el estudio! ¡Aguante no dormir nunca y hacerse mala sangre por no entender un carajo para los parciales! ¡Aguanten los profesores forros que lo único que quieren es verte sufrir!”*, pensó irónicamente.

Por más que intentara ser positiva, los lunes habían sido así desde que tenía memoria: quería asesinar a alguien. Los martes, sentía que no llegaría nunca al viernes. Los miércoles se volvía un poco suicida. Los jueves recuperaba algo de optimismo, y los viernes, generalmente, era tan feliz que no había nada que pudiera molestarle.

El día estaba soleado, los pájaros cantaban y los niños reían agudizando su dolor de cabeza. Lara caminó las dieciséis cuadras que separaban su casa de la librería imaginando qué lindo sería ser Terminator por un día y cagar a tiros a todo el mundo. Sobre todo a las viejas que se paraban en medio del camino y no la dejaban pasar. Al llegar a la librería, Gonzalo le sonrió ampliamente con la cabeza inclinada y la recibió con los brazos abiertos. Lara le dio un abrazo, contenta. Él era una de las pocas cosas que hacían que su día fuera más llevadero y divertido.

Cuando empezó a trabajar en la librería, Gonzalo fue la persona que le explicó todo, bajo las órdenes de su jefa y madrina, Martha, la cual era, ante todo, una mujer culta, amante de la literatura. Su marido era un exitoso empresario que le había regalado la librería para que se mantuviera entretenida, quizás. Sin embargo, a Martha le gustaba más ir de shopping, llevar a sus dos hijos de seis y ocho años a taekwondo y chusmear en la peluquería hasta que se hicieran las cinco de la tarde. A partir de esa hora, ella se ocupaba de la librería hasta las ocho de la noche, aunque si hubiera podido pagarles a sus empleados para no tener que trabajar nunca, lo habría hecho. La última persona en incorporarse al negocio era Cristian, que había sido contratado en un principio como refuerzo en la época de las fiestas (Lara y Gonzalo no daban a basto con los clientes, y Martha se dio cuenta finalmente que necesitaban ayuda). Más tarde, Martha vio la oportunidad de expandir su negocio al ver que Cristian tenía una moto, y le propuso un nuevo trabajo: las entregas a domicilio.

Gonzalo tenía apenas tres años más que ella. Tenía lo que burdamente se dice “un lomo bárbaro”, además de una sonrisa encantadora y ropa muy a la moda. Morocho, con un corte de pelo a lo Emiliano Echarri, no era raro que entraran a la librería grupitos de chicas de la secundaria que se encontraba a dos cuadras de ahí, esperando ser atendidas por él. Se había convertido en un gran amigo para Lara, ya que pasaban ocho horas al día juntos y en los días poco concurridos, llegaban a tener charlas muy profundas. Se abstraían tanto hablando de la vida que perdían la noción del tiempo hasta que alguien los interrumpía (si no era un cliente, generalmente era Cristian) o se daban cuenta que ya casi era hora de cerrar y no habían contado el dinero ni terminado de hacer el inventario.

No podía quejarse, era un trabajo bastante llevadero, pero sabía que estaba contenta sobre todo gracias a él.

-Qué carucha que tenemos hoy-, dijo Gonzalo, mirándola dulcemente.

-Me resfrié el fin de semana, estuve en la cama. No pude hacer nada-, dijo Lara, con su mejor cara de culo.

-¿Mucha joda el viernes?-. Gonzalo se puso a abrir las persianas del local. Eran las nueve de la mañana en punto, increíble que hubiera llegado tan temprano.

-No. Me junté con las chicas y cuando volví me agarró la lluvia-, contestó Lara. Gonzalo se dio vuelta, miró a Lara seriamente y le preguntó si se sentía bien. Ella asintió con la cabeza.

-¿Estás segura de que estas bien? ¿No pasó más nada?-, preguntó con los ojos entrecerrados.

Gonzalo tenía un poder sobrenatural para darse cuenta de absolutamente todo; o tal vez ella se había vuelto transparente a sus ojos después de pasar tanto tiempo juntos. Fuera por lo que fuera, siempre lograba revolver hasta llegar a la raíz de todo lo que la hacía sentirse triste.

-No... bueno, nada, estuve *emo*. Estoy *emo*. Nada más-, dijo Lara, riéndose un poco, avergonzada.

-¿*Emo*? Siempre sos *emo*-. Los dos se rieron. —Pero algo estás así, hace un par de semanas que te veo *caracúlica*-. Lara sonrió. Abrió una gran caja de cartón, sacó los libros que estaban dentro, recorrió con la vista la librería hasta que encontró el lugar que le correspondían y empezó a acomodarlos.

-No sé bien qué me puso así-, dijo Lara con un suspiro.

-¿Adivino? Empieza con “A” y termina con “drián”. ¿Qué hizo el tarado ese ahora?-, dijo Gonzalo, poniéndose las manos en la cintura.

-No hizo nada. Está de novio ahora, no me habla más hace tiempo. Es más, vi fotos de la novia y...-

-Y es re fea y no podés creer que te cambió por esa-, dijo Gonzalo, riéndose.

-No-, respondió Lara, con una expresión de tristeza.-Es hermosa la mina, y sí veo por qué me cambió por ella-.

-Ah, es al revés lo tuyo. La mina es una modelo, es la diosa Venus personificada al lado tuyo, es su alma gemela, seguro le da el mejor sexo que tuvo en toda su vida, ¿No? ¿Eso es lo que pensaste?-, dijo Gonzalo riéndose más fuerte y negando con la cabeza. Lara se rió. Sí, era exactamente eso lo que pensaba y la deprimía, pero cuando salía de la boca de otra persona sonaba tan estúpido que era gracioso.

-Sí, bueno, pienso estupideces. ¡No te rías!-. Lara hizo un puchero. Gonzalo empezó a acomodar libros en los estantes del fondo.

-No lo puedo evitar, boluda. Primero, el pibe es un tremendo salame. Segundo, vos le pasas el trapo a cualquiera. Si el pibe no se da cuenta, es un idiota. Eso ya te lo dije. Tercero, te mereces lo mejor, dejala a la pobre gila que terminó con él que sufra, porque es flor de cornuda seguro, y vos lo sabes. Y cuarto... ¿qué hacías mirando esas fotos? ¿No dijiste que la ibas a cortar de una vez con todas esas pendejadas? No entiendo qué haces pensando en él *todavía*-. Gonzalo levantó la caja vacía y se acercó a Lara, esperando una respuesta. Ella se quedó mirando el suelo con una mueca en la boca, hasta que respondió:

-Tenés razón. No sé, no lo puedo evitar, es como una adicción que tengo. Por más que me haga mal, lo sigo haciendo, sigo pensando, necesito una dosis-, dijo Lara, pensativa.

-¿Una dosis de sufrimiento?-

-Algo así-.

13

“Una dosis de sufrimiento”. Qué enferma.

Lara había leído alguna vez sobre la adicción al amor. La liberación de Dopamina. Por lo que había entendido, era casi una cuestión animal, una cuestión química.

“Dopamina: Neurotransmisor responsable de los mecanismos de refuerzo del cerebro, es decir, de la capacidad de desear algo y de repetir un comportamiento que proporciona placer”.

Tenía sentido. ¿Qué otra explicación podía haber para lo que sentía? Sabía que no era amor, era algo enfermizo; un enamoramiento convertido en obsesión, con su consecuente adicción.

Somos adictos a personas, a ciertas sensaciones que solo ESA persona puede darnos, porque su cuerpo y su personalidad nos resultan completamente irresistibles. ¿Qué es "tener química" si no? Más que esa fuerza magnética e irrefrenable que lleva a querer besarse (comerse, porque lo que nos gusta, nos lo llevamos a la boca) y tener sexo (desde el punto de vista animal, nada menos que la reproducción, ¡la supervivencia de una raza!) La atracción... y la adicción a la atracción, la adicción a la Dopamina que se libera a causa de lo que se siente por esa persona.

“No es solamente atracción física; es la sincronización de todos los sentidos. Cuando lo veo me resulta perfecto, cuando me toca lo hace como si me leyera los pensamientos, me encanta su olor, su voz... Si cada ser humano es único... no sería demasiado descabellado pensar que cada uno de nosotros le resulta increíblemente irresistible a alguien más que al resto del mundo.” Observó a Gonzalo, que ahora estaba chateando con alguien en la computadora, riéndose. *“Si supiera lo que estoy pensando, se me cagaría de risa en la cara y me retaría por decir boludeces.”*

Acomodó Crepúsculo en la mesa de exposición. Era el libro más vendido del momento, y había tenido que leerlo para entender por qué. Le había gustado una frase en particular: *“Te odié, sólo por desearte tanto”*. Eso le había dicho el vampiro Edward Cullen a Bella, la humana con la sangre más exquisita del mundo. Para Lara, Adrián era ese espécimen único, era simplemente irresistible. Otra vez, se dio cuenta que seguía pensando en él.

“Hola, me llamo Lara y soy adicta a un hombre”, diría en su reunión de Adictos al Amor Anónimos. El problema no era tan diferente; se podía comparar con cualquier sustancia adictiva. El adicto siempre quiere un poquito más.

“Y ahora he decidido que como estoy privada de mi droga y no puedo conseguir más, tengo que ir a rehabilitación. A menos que me llame, le sea infiel a la novia. Ahí tiro todo al carajo.”

Sus dosis ya no consistían en acostarse con él, sino en mantenerse al tanto de su vida por Internet (como si unas pocas fotos y palabras que encontraba pudieran ayudarlo a descifrar qué había en su mente), esperando que él reapareciera. Era como pasar de la cocaína al paco, arañando las sobras de algo que no existía. Haciéndose cada vez más

daño, más dependiente, más patética. La abstinencia era demasiado jodida, no podía evitar recaer de vez en cuando.

A pesar de todo, Lara estaba mejorando. Lentamente, por supuesto. Cuando se toca fondo no queda más que subir, ¿no?

Después de atender al último cliente que quedaba en la librería (siempre venían de a varios), Gonzalo reanudó la conversación.

-Prometeme que no vas a mirar más esas cosas en Internet y que no lo vas a buscar más al gil ese-, dijo Gonzalo, apoyándose en la mesa frente a la caja.

-Te lo prometo, pero sabes que tengo recaídas-, dijo Lara.

-No pongas excusas, vos podes. Estás repitiendo todo el tiempo lo mismo, sos como un disco rayado. Lo único que haces es estancarte, ¿no leíste lo que decía Freud de la compulsión a la repetición?-. Lara lo miró intrigada. Gonzalo buscó un libro en uno de los estantes de Psicología, y hojeó hasta encontrar lo que quería:

- *"...Freud habla de compulsión a la repetición para señalar la condición en la cual el sujeto se coloca en situaciones penosas, sin ser conscientes de que éstas reproducen experiencias antiguas y, por lo tanto, hallándose nuevamente indefenso ante ellas."*

-No entiendo-, dijo Lara. Gonzalo cerró el libro, hizo una larga pausa y contestó:

-Freud pensaba que nos hacemos pasar por estas situaciones tantas veces como sean necesarias para lograr tener la fuerza para superarlas. Vos buscabas a Adrián por más que te hiciera mal, hasta que no pudiste soportar más ver que te ignoraba o se iba con otras minitas adelante tuyo.

Lara lo miraba con atención, callada. Gonzalo siguió:

- Vos te pones en situaciones que te hacen revivir cosas feas, todo el tiempo. Freud dice que es inconsciente, que este comportamiento que vos repetís una y otra vez es para "juntar fuerzas". Pero tenes que darte cuenta vos sola de esto, y además, querer cambiarlo. La fuerza de voluntad para superar las cosas no puede sola, tiene que estar acompañado de un deseo real... un deseo verdadero de levantar la púa del tocadiscos y poner otra canción; porque si no la fuerza de voluntad no sirve de nada, se termina agotando. Si tu deseo es seguir viendo a Adrián, a pesar de todo... entonces te estás contradiciendo. Tenés que focalizarte en tener el deseo de salir de esto que te hace mal-, concluyó Gonzalo. Lara lo miró con el ceño fruncido.

-Lo decís como si fuera fácil, Gon. Obvio que quiero olvidarme de él, pero no puedo. Hago lo que puedo por olvidarme, es imposible-.

-Porque todavía lo deseas-, dijo él. Lara lo odió un poco en ese momento.

-Sí. ¿Cómo se supone que puedo dejar de desearlo? Nunca sentí algo así por nadie, ni siquiera por Leo-, dijo Lara suspirando.

-No dejas de desearlo. Si quieres seguir adelante, directamente, él no existe más. Desapareció de la faz de la tierra, nunca pasó, murió, fue. A otra cosa mariposa-. Lara lo miró confundida.

-Concentrate en sacarlo de tu mente ni bien aparezca. Cada vez que pienses en él, barrelo, frená el carro y pensá en otra cosa. En algún momento te vas a acostumbrar, va a tomar tiempo, no digo que no. Pero es mejor que lo hagas cuanto antes-. Lo decía con tanta certeza que era desconcertante.

-¿Quién carajo tiene tanto autocontrol, Gonzalo? ¿Tan fácil es para ustedes olvidarse de una mina? ¿Así nomás?-. Lara se cruzó de brazos y se apoyó contra una estantería. Estaba indignadísima.

-No, es difícil para todos, no empieces con las diferencias de los hombres y las mujeres-, dijo, levantando la mano y apartando la vista. -A nosotros también nos cuesta. Pero somos más realistas; si algo no va más, le dejamos de dar vueltas. Vamos a jugar al fútbol, salimos con amigos, sabemos que ya fue, que pensar en eso no va a resolver nada. Te tenés que querer un poco más, Lara. No podes perder el tiempo con estúpidos como él, cuando podrías estar con quien quisieras. ¡Mirate! Si no fueras tan rebuscada ya hubieras tenido como cinco novios en este año que malgastaste con él-, dijo Gonzalo, levantando el brazo por sobre la cabeza mientras se alejaba.

Lara se rió. -Tenés razón en todo, menos en lo último. Soy rebuscada, pero no creo que sea por eso que sigo sola-.

-Sí, es por eso-.

-Entonces ¿cómo explicas que nadie esté enamorado de mí?-. Lara creía firmemente en la cadena de enamorados no correspondidos, pero por alguna razón, pensaba que ella era una punta de la cadena y que no existía alguien que la quisiera de esa forma.

-¿Cómo sabes que nadie está enamorado de vos?-, dijo Gonzalo con una mueca.

-Supongo que me enteraría, o me daría cuenta de alguna forma.

-¿Vos crees que Adrián se dio cuenta de que vos estabas enamorada de él?-.

-No, soy muy buena actriz si quiero serlo.- Lara apartó la mirada. Por un momento dudó si realmente lo era.

-¿Entonces? ¿No puede haber alguien que sienta lo mismo por vos y que también sea buen actor?... -

Más tarde, Lara asistió a su primer clase del año, a la cual no pudo prestar atención, como siempre. Se había quedado pensando. No creía que nadie sintiera por ella más que atracción física. *“Quién sabe por qué, no despierto el amor en los hombres, solamente deseo. El deseo que puede despertar cualquier otra mujer, claro, nada fuera de lo común, ni que fuera Angelina Jolie. Gonza siempre me dice que yo no me dejo conocer, pero entonces, ¿cómo puede ser que a Coti, por poner un ejemplo, prácticamente la acosan para invitarla a salir en la veterinaria sin haberle hablado más de tres veces sobre alimento para perros?”*. Los hombres iban a comprar a la veterinaria a veces hasta tres bolsas de alimento por mes (claramente de sobra, a menos que vivieran adoptando perros) solamente para poder verla e invitarla a salir. Jamás había tenido esa suerte en la librería.

“¿Qué es lo que los espanta tanto de mí?”, pensó tristemente.

14

Era una tarde soleada, a pesar del frío del otoño. Para esta época del año, calculaba estar feliz, como si eso se pudiera planear. En cambio, era una miserable versión de sí misma, como una caricatura hecha por las manos de un imitador sin talento.

La plaza estaba atestada de chicos excitados, *“seguramente porque así se sienten siempre los primeros meses del año lectivo, cuando todavía no los llenan de exámenes ni trabajos prácticos, y sus espíritus jóvenes no fueron aplastados por profesores desesperanzados que nos dicen que la vida es difícil y que uno tiene que esforzarse para salir adelante”*.

Lara, a pesar de querer ser una profesora de inglés y tener cierta compasión por los niños, no se sentía demasiado maternal ese día, así que se sentó en un banco lejos de ellos. *“Pendejos de mierda”* bufó entre dientes.

Había recibido un mensaje de Coti el día anterior, diciendo que necesitaba hablar urgentemente con ella. *“Es increíble que mis amigas me traten de psicóloga cuando soy yo la que está mal de la cabeza”*, pensó. En el banco que estaba frente suyo, había una mujer, sola. No le sorprendió ver, a los pocos minutos, que llegara un hombre a acompañarla. *“Genial”*, pensó. Parecía que la perseguían, estaban por todos lados, de repente todo el mundo, TODOS tenían pareja.

Lara no quiso mirar, pero cuando pasó una mujer que iba vestida con calzas y musculosa blancas, no pudo evitarlo. Hizo lo que siempre hacía, seguir la mirada de los hombres. Eran tan obvios, tan poco discretos, tan insoportablemente babosos. La mayoría de las veces, le causaba gracia. Pero esta vez le dio asco. Cuando la mujer pasó, Lara miró al chico que estaba con su novia. *“Cerrá la boca que se te cae la baba, forro”*, pensó con odio. Nunca se había terminado de tragar toda esa porquería de *“mirar el menú no significa que vaya a comer algo”*. Sabía que era imposible que no miraran a esa mujer, hasta a ella misma le había llamado la atención. Pero éste estaba con su novia, la tenía abrazada y agarrada de la mano, al lado suyo. Y sin embargo no le importó. Lara vio la mirada furtiva de la chica, primero hacia la mujer de las calzas, después a su novio. Lo agarró de la cara y le dio un beso, seguramente para que dejara de mirarla y se concentrara en ella. *“¡Somos tan idiotas! Hagamos lo que hagamos, ellos no dejan de desear estar con otras mujeres. Tienen que estar tan enamorados para olvidarse que existen otras...”*.

Lara pensó que el chico no estaba enamorado de su novia. No los conocía, no sabía su historia, tampoco le importaba. No lo sabía porque él miraba otras mujeres, lo notaba hasta en su lenguaje corporal: el desinterés, el aburrimiento. Pero ella estaba muerta por él... iba hacer lo que fuera para no perderlo, ciega de amor como estaba. *“Qué bronca, qué bronca, ¡qué bron...!”* Coti le tocó el hombro por detrás y la sobresaltó.

-¡Ah! ¡Me asustaste, boluda!-, gritó. Coti se rió.

-Perdón. Estabas muy distraída, ¿no?-. Coti se sentó a su lado.

-Sí... bah... no... estaba pensando-, dijo Lara, mirando por última vez a la parejita no-feliz antes de concentrarse en su amiga. -¿Cómo estás? ¿Qué pasó?-. Coti suspiró, hizo una mueca y negó con la cabeza, al tiempo que acomodaba el celular dentro del bolso.

-Nada. Lo mismo de siempre... No te puedo explicar la falta de voluntad que tengo. ¿Te acordás lo que me contaste que te dijo Gonzalo, de controlar todo eso, de no pensar más en él? Bueno, lo quise poner en práctica. Y no hay caso.-

-Lo sé, yo también lo estoy intentando. Pero seguro le funciona a él sólo.- Lara hizo un gesto irónico.

Coti había empezado a salir con Emiliano unos meses atrás. No era demasiado tiempo, pero sí suficiente para que ella se enamorara de él. Todo había comenzado como algo casual. No había ninguna formalidad ni exclusividad, jamás habían hablado de ponerse de novios, a pesar de que todas sus acciones parecían demostrar lo contrario y ella esperaba el día en que eso pasara. Él la buscaba a lo sumo día por medio (ella se hacía desear cuando podía), la llenaba de halagos, la llevaba a un bar algún que otro fin de semana, y le contestaba los mensajes de texto (la mayoría de las veces). A diferencia del idiota de Adrián, que siempre la había tratado como una prostituta barata,

Emiliano parecía todo un caballero con su amiga. Pero con toda la bronca brotando de cada uno de sus poros, en este momento en que veía a Coti a punto de llorar, quería acogotarlo, descuartizarlo y tirárselo a una jauría de perros para que se lo comieran.

-Es algo que siento que no puedo manejar...-, continuó Coti. -y no puedo creer que no se dé cuenta de lo que hace, ¡que no tenga noción de sus actos! que no se dé cuenta de lo que me pasa, que no caiga que cada cosa que haga tenga un efecto...-.

-No, no se dan cuenta de nada ¿Qué hizo ahora?-.

-Me dijo cosas re lindas, Lara. Me dijo que la pasaba súper bien conmigo, que ama mi cuerpo. Me quedé boba, sonriendo como una pelotuda, me sentí la más feliz del mundo. Y al otro día pasé por el restaurante, me moría de ganas de verlo y además, me queda de camino a lo de mi viejo.- Coti suspiró. -Estaba hermoso con su uniformecito de mozo, me moría de amor, boluda...-

-Ya me veo venir lo que me vas a decir... pero seguí-, dijo Lara, agarrándole el brazo a su amiga. No quería escucharlo, pero era evidente. No era otra cosa que la famosa frialdad de los hombres. Esa que viene como una ola polar, de repente, sin aviso, fuera de estación, cruel y tajante. Coti estaba por llorar.

-Iba a entrar y lo vi enseguida, por la vidriera. Estaba con una moza ahí, hablando. Era obvio que se estaba haciendo el “banana” con ella, y la minita se reía, lo tocaba. ¡Me dio tanta angustia!-. Coti sacó unos pañuelitos del bolso y se sonó la nariz. Lara permaneció callada, atenta.

-Pero bueno, después me puse a pensar. No soy quien para enojarme por lo que haga con otra, ¿no?-dijo, con la voz quebrada.-Al final no entré al restaurante, me fui. Se iba a dar cuenta, aparte quedaba como una desesperada. Después lo llamé, a la noche. Fue como si hablara con otra persona directamente. Me trató seco, como si le hubiera molestado que lo llamara. Y estaba solo, no es que estaba disimulando con alguien...-

“Ahí está...”, pensó Lara, *“la ola polar”*.

-Entonces pensé que capaz estaba enojado conmigo por alguna razón, que me había visto pasar por el restaurante, o algo así. Le pregunté y me dijo: *“No, no me pasa nada”*. Así, como si me estuviera tratando como siempre. ¿Qué es, bipolar?-, dijo Coti, frustrada, frotándose los ojos.

Lara desvió la mirada por instante, con el mentón apoyado en la mano.

-No, no es bipolar. ¿Sabes qué? Esto ya lo escuché mil veces. De vos, de todas. De mí. Somos unas estúpidas, NOSOTRAS somos las que tenemos problemas, Coti-, dijo Lara.

-¡Pero no tiene sentido lo que hace! Me trata bien, me busca; pero cuando yo lo busco, me trata mal. Me dice cosas lindas pero no quiere nada serio, le hago escenitas de

celos para que se dé cuenta que me importa, le doy todos los gustos... ya no sé que más tengo que hacer para que me devuelva todo lo que hago por él-.

-Ahí está tu error, Coti. Esperar algo que él no puede darte. Sinceramente, ¿Creés que él está enamorado de vos?-. Era una pregunta muy directa, pero era hora de hacerla, para ayudarla.

-No. No sé, a veces pienso que sí... Pero me confunde. ¡Es un forro! ¡Parece que disfruta de ilusionarme y hacerme sufrir!-. Dijo Coti. Lara vio en sus ojos que la furia había entrado en ella también.

-Si yo pudiera le sacaría los ojos con un tenedor de la bronca que me da, pero me parece que lo hacen sin darse cuenta. Tengo otra teoría sobre eso... la "Teoría del Globo"-, dijo Lara, pensativa.

Coti sonrió al ver la cara de circunstancia de su amiga. -A ver, quiero escuchar esa teoría-.

-Bueno, pero antes, vamos a comprar un helado, la charla y el día lo ameritan-, dijo Lara, levantándose del banco.

15

Por alguna extraña razón, las mujeres angustiadas y/o furiosas, toman helado como consuelo. A falta de helado, comen chocolate. Será que estas sustancias actúan como las caricias internas que nadie les da. Se sentaron en una mesita al aire libre bajo una sombrilla mientras el sol bajaba en el horizonte.

-Quiero escuchar esa teoría. No creo que me ayude a odiarlo menos, pero estoy segura de que es interesante-. Coti ya se sentía mejor, porque a Lara nada le sorprendía. A ella también le había pasado.

-Bueno,- dijo Lara, -es simple en realidad. No es que lo inventé yo, pero a mí esto no me lo explicó nadie, nunca. ¿Qué culpa tenemos las mujeres de no saber estas cosas si nadie nos las enseña? Cuando sos chiquita te dicen que las nenas tienen "pochola", y los nenes tienen "pitina", pero no te explican que en realidad hay muchas más diferencias que esas-.

Coti se rió.

-¡Es verdad!-, continuó Lara, - Está bien que seamos todos humanos, pero somos bichos diferentes. No sólo físicamente, también psicológicamente, esto es bien sabido. Ahora, nadie nos aclaró que los hombres eran distintos emocionalmente. No nos dijeron que la forma en que nos comportamos, la forma en que nos enamoramos, los puntos de vista, las cosas que nos atraen, son completamente diferentes. Y la mujer siempre busca hacer lo que le gusta que hagan por ella, pensando que eso es lo que el hombre quiere. “Ay, le voy a decir cuánto me gusta, lo lindo que es, le voy a regalar esto, voy a hacerlo sentir un rey y no va a poder dejar de pensar en mi...” (Claro, esperando que él haga lo mismo).-

-Tal cual. Es lo que hago siempre-, dijo Coti tristemente.

- Yo también lo hice. Todas lo hacemos. Y somos más patéticas todavía: nos adecuamos a sus gustos, por ejemplo. Escuchamos la misma música, nos vestimos como pensamos que a ellos les gusta. La mujer siempre cree que el hombre piensa como ella pero que de alguna forma está tendiéndole una trampa para confundirla, porque tienen cierta maldad que nosotras no. Y después nos victimizamos, porque claro, ellos no reaccionan como queremos.-

-¡Pero y más bien! ¿No se trata de dar y recibir? A mí me encantaría que él hiciera por mí las cosas que yo hago por él.-, dijo Coti.

- ¡No! Si hay algo que aprendí es que así no es como funciona.-, siguió Lara, entusiasmada por su descubrimiento. -Porque cuando todas esas cositas que la mujer hace intentando llamar la atención del hombre no resultan, se frustra. Empieza a especular.- Lara empezó a enumerar con los dedos. -Que por qué está súper cariñoso un tiempo y después se vuelve distante. Que por qué dice que te quiere y después se va con otra. Que por qué te busca si no quiere nada serio... que te dijo, que te miró, que te regaló, que... ¡y así sigue la lista de preguntas que nos hacemos, perdiendo minutos, horas, días, meses y hasta años de nuestras putas VIDAS! Lo sufrimos una y otra vez porque, obviamente, ninguna de las veces anteriores que nos enamoramos llegó a nada bueno y jamás aprendemos. –

Coti se quedó pensando. Lara terminó su helado y miró a su amiga. Ésta le preguntó, impaciente:

-¿Entonces? ¿Qué es lo que tenemos que aprender? ¿Cuál es el descubrimiento?-.

-Lo que yo veo es que toda la especulación y las fantasías que nos creamos se van inflando como un globo, demasiado rápido, con DEMASIADO aire (y pensándolo bien, la metáfora no está mal, porque la mayoría de las veces es eso: aire, nada, pura imaginación sin sustento de la realidad)... hasta que obviamente te explota en la cara. Recién ahora, después de 22 años entiendo esto, Coti: El hombre no tiene lógica. Por ahí coincidas en mi punto de vista, o no, no importa. Es lo que veo todos los días; el

hombre actúa por impulso, deseo, no piensa tanto, directamente actúa. La mayoría de las veces lo que hacen o no hacen no tiene sentido porque es simplemente algo que hacen o no, porque se les ocurre y punto. Mientras la mujer piensa en las miles de posibilidades y razones para las acciones de los hombres, ellos simplemente SON. Mientras ella planea, el hombre hace. Mientras ella intenta ser algo que no es para agradarle, el hombre sigue siendo él, porque sabe que tienen que quererlo como es.

-¿Lo que hace Emiliano no tiene lógica solamente porque es hombre? No me puedes decir eso como si fuera la explicación a todo-, dijo Coti, algo desilusionada.

-Es lógico que no tenga lógica. Mirá, cuando conociste a Emiliano, vos enseguida te quedaste muerta con él. Te sentiste orgullosa de tener un hombre como él, me lo dijiste. Te pusiste a retroceder el tiempo, me contaste con lujo de detalle todas las cosas que dijiste, los gestos que hiciste, todo el coqueteo previo que te resultó para atraerlo. Ese día, ya estabas planeando qué hacer después para mantenerlo ahí, y que se muera por vos. Inventaste estrategias, especulaste si él iba a estar en tal lado a tal hora, inflaste el globo...-

-Sí, es verdad. Planeé todo-, admitió Coti, riéndose.

- Bueno, el flaco, de mientras, seguramente estaba tranquilo. Para él la primera vez que te besó, significó solamente un beso y nada más, algo que pasó porque quiso y se dio así. No especuló demasiado, porque no le importaba a dónde llevara todo eso. El globo, en los hombres, solamente se infla con hechos, no con fantasías. Se infla lentamente sin que se den cuenta hasta que se enamoran, o simplemente no se infla. Para ellos las cosas son más simples. Sacando la situación del beso y reemplazándola por una palabra, un gesto, un abrazo, lo que sea...es lo mismo.-

-Entiendo. Nosotras exageramos todo enseguida, es verdad-, dijo Coti. -Pero tampoco es tan así la cosa, a veces ellos también se vuelven locos, hacen de todo por conseguir a una mina. Mis amigos se deprimen también, no creo que sean todos tan insensibles, Lara-.

- Si son sensibles o no es otro tema. A lo que voy es que sólo si están enamorados de vos, SOLAMENTE en ese caso, ellos van a estar como locos... y no va a pasar desapercibido; son los más idiotas para disimular, tampoco se lo pueden guardar si saben que vos no los vas a rechazar-.

-Entonces, ¿por qué mierda pensamos tanto si ellos NO piensan?-, preguntó Coti.

-Es lo que me pregunto. Nosotras le damos más vueltas que una calesita, al pedo. Si ellos tienen algo que decir, no se lo van a callar. Si hay algo que quieran hacer, como invitarte a salir, besarte o casarse con vos, lo van a hacer de cualquier forma, tarde o temprano-.

-Siento que todo esto es demasiado obvio. Como que lo tenía en frente de los ojos y no lo veía-dijo Coti, tapándose la cara.

-Hay que tomar distancia para verlo. Yo tampoco lo veía, hasta hace muy, muy poco-, dijo Lara con una mueca.

Coti sacó el celular de la cartera al escucharlo sonar. Miró a Lara, avergonzada.

-¿Ves? No puedo dejar de estar pendiente de él. Inflé el globito, más, más más... ¡ya es como un globo aerostático de grande!-, dijo Coti. Lara se rió a carcajadas cuando vio el gesto que hizo su amiga con los brazos. -¿Me querés decir qué hago con mi globo ahora?-.

Lara pensó por un instante y respondió:

- ¿Guardártelo para alguien que lo sepa inflar sin pincharlo al final?-

Las dos rieron. Lara sentía bronca a pesar de comprender las razones por las que Emiliano actuaba así con ella, pero ahora Coti había entendido que gran parte de la culpa la tenía ella, por hacerse ilusiones falsas. Lo mismo sentía Lara con respecto a Adrián. *“Cuando asumimos la responsabilidad de habernos ido solas a la mierda, el odio se aplaca”*. De repente se sintió un poco mejor.

16

Comportamiento básico de una mujer enamorada

Fase 4: El vacío

Acepta que se terminó, no quiere pensar más en él. No hay fantasías de nada. Se da cuenta que toda su vida se desmoronó; desaprobó los exámenes, se convirtió en una persona malhumorada y depresiva, se asquea de lo mucho que torturó a sus amigos hablándoles de él, se siente usada, humillada, la mujer más estúpida del mundo. Reconoce los errores (pero no necesariamente va a aprender de ellos). De repente cae en la realidad; él no le llega ni a los talones a nadie. Su novia es una mujer común y corriente que vaya uno a saber qué le vio. Él ya se dará cuenta de lo que se perdió. O no, no importa porque ella se merece algo mejor.

Estúpida consciente.

Se levantó decidida. Hoy era el primer día del resto de su vida. Todavía en su pijama de musculosa y shorts grises, abrió la ventana de su habitación y aunque la encandiló, recibió al sol con una sonrisa. Prendió el estéreo que estaba sobre una mesita en el rincón junto a la ventana y puso "Eye of the Tiger". Se miró en el espejo, se ató el pelo y empezó a dar piñas y patadas al aire. Era como *Rocky*, era invencible, esta vez lo lograría: vencería la tentación. No necesitaba de nada ni de nadie, menos de ese idiota que le había hecho perder tanto tiempo y energía. Había tocado fondo y ya no quedaba más que subir. Era hermosa, imparable, y tenía toda la vida por delante. ¿Con qué llenarla? Ni la más pálida idea.

Decidió ir al trabajo caminando, era temprano, el sol brillaba, y la música explotaba en sus oídos haciéndole un magnífico y placentero lavado de cerebro. Su pelo volaba al viento y se sentía bien. Sus pantalones a cuadrillé rojos y negros llamaban demasiado la atención de la gente que la veía caminar, pero no le importaba nada. De repente se sentía poderosa; tenía todo bajo control, podía conquistar el mundo si se lo proponía. El pasado, simplemente, no existía.

Fue como un clavado errado, cayendo de espaldas en una pileta de cemento, pero sin agua siquiera. Lo vio, o creyó verlo. Otra vez él. Bastaba con ver a cualquier desconocido con el mismo peinado, la misma ropa, el mismo collar para que se le cayera el mundo encima. Tuvo que mirar dos veces para asegurarse que no fuera él; *"no, nada que ver"*, se dijo. *"Basta, pensar en no-pensar en él, también es pensar en él. ¡Basta!"*.

Entonces lo entendió. *"No puedo parar de pensar en él, porque si no, ¿en qué puedo pensar?"*. Fuera por obsesión, adicción, enamoramiento o aburrimiento, pensar en Adrián era una forma de distraerse, de soñar y salirse de la realidad. Otra gente ocupaba su cabeza en cosas útiles, como los estudios, o el trabajo, o citas, como Sol. Intentar conocer otros chicos era decepcionante, porque vivía comparándolos a él. Estudiar apesta, y trabajar, bueno, solamente ocupa una parte del día.

"Pero no pierdo nada con intentarlo. Hacer cualquier cosa que no sea pensar en él todo el día como una nenita patética me va a hacer sentir mejor. Podría... ¡podría dar clases de apoyo! Sí. Y retomar danzas, y empezar Francés como siempre quise. Me lleno todo el día de actividades como hace la gente normal para no pensar, y listo."

Lara llegó a la librería antes que Gonzalo, así que se ocupó de abrir el local. Una vez adentro, empezó a dar vueltas entre los interminables estantes de libros. Empezó a enfocarse en la *solución* en vez de en el problema.

Era un buen plan. Poco después de empezar a trabajar en la librería, se había tomado unas largas vacaciones de dar clases de inglés (en diciembre se le habían sumado cinco alumnos a los dos que ya tenía, queriendo entender de un día para el otro todo lo que no habían estudiado durante el año, lo cual fue la gota que rebalsó el vaso). Pero ya

había descansado; era hora de retomar. Iba a tener cero tiempo libre, dinero extra, práctica profesional... y además haciendo danzas y Francés, se podía mantener en forma y enfocarse en otra cosa que no fuera trabajo.

“Antes me molestaba no tener tiempo para pensar... ahora quiero hacer cualquier cosa antes que pensar. Debo estar progresando”, pensó.

17

-Emiliano...- Se interrumpió. Coti estaba por decir cosas que más tarde desearía no haber dicho jamás. Iba a mandarse la cagada más grande y más común que toda mujer se manda, y hasta cierto punto lo sabía. Sus amigas se lo habían advertido meses antes. Él no quería formalizar la relación, pero Coti no aguantaba más los coqueteos con la moza, las salidas con sus amigos los fines de semana ni sus ataques de cariño seguidos de hirientes “olas polares”. ¿Cinco meses y medio no eran suficientes para que supiera lo que quería? A ella le parecía que sí. Para bien o para mal, necesitaba terminar con la incertidumbre.

Él recostó la cabeza sobre la mano izquierda y la miró mientras acariciaba sus piernas por encima de las sábanas. Al ver que ella tenía la mirada perdida, le preguntó qué le pasaba. Coti jugueteaba con un mechón de pelo, no quería mirarlo a los ojos. Tenía miedo de que aunque no dijese nada, él pudiera ver su tristeza en ellos...

-Quería saber... ¿te puedo hacer una pregunta?-, dijo finalmente. Él asintió con la cabeza. -¿A vos te molestaría... te molestaría si te dijera que estuve con otra persona?-. Lo miró a los ojos. Cada gesto que hiciera después de pronunciar esas palabras era crucial.

Emiliano frunció el ceño, sacó la mano de su muslo rápidamente como si quemara y la acomodó bajo la almohada. -No sé... ¿por?-.

“Siempre tan expresivo él”. Aunque sus gestos hablaban por sí solos... estaba claro que la idea de que ella estuviera con otro hombre le molestaba por más que no fuera a admitirlo. Esto no iba a ser nada fácil. Ser sutil es ser indirecta y poco clara, pero ser directa es tirarse debajo de un tren, y no tenía ganas de ser descuartizada.

“¿No me quieres ni un poquito después de todo este tiempo?”, pensó indignada. Pero lo que salió de su boca fueron palabras cuidadosamente pensadas y endulzadas.

-Por nada... bueno, sí...- Lo miró por un segundo y volvió a bajar la mirada. Él estaba mirando el techo, se había convertido en el Dios Témpano. Eran las dos y cuarto de la

mañana, en unas seis horas tenía que salir para el trabajo, y no pretendía perder demasiado tiempo si el resultado de la conversación no era el que ella deseaba.

—A mi me está empezando a molestar un poco la idea de verte con otra... —, dijo. Jamás admitiría que desde que lo había conocido quería ser su única mujer, que no soportaba pensar las cosas que hacía cuando ella no lo veía. Que hasta prefería que le mintiera con tal de seguir con él, fuera como fuera. Tampoco se enteraría nunca lo mucho que podía llegar a deprimirse cuando él no le contestaba un mensaje o no la llamaba para verla... no... ya estaba demasiado expuesta.

—Pero yo estoy en todo mi derecho, así como vos también—, se defendió Emiliano. *“Genial, ahora se pone a la defensiva. Ahora todo el departamento es un iglú”*. Imaginó que colgaban estalactitas del techo y por debajo el suelo se rajaba a punto de partirse para terminar ahogándola en el agua congelada.

—Claro que estoy en mi derecho... pero... ¿en serio? ¿No te molestaría...?—, preguntó Coti. Deseó no haber formulado nunca esa pregunta, pero cuando se dio cuenta que la había vomitado prácticamente, ya era demasiado tarde.

—Bueno, sí... gustarme no me gusta. No me gusta nada que andes con alguien... no sabía... no sé, no se me ocurrió— dijo él, mientras se ponía los calzones y se sentaba en la cama de espaldas a ella. ¿Estaba enojado? Coti se sentó junto a él.

—No estoy con nadie... quiero estar con vos...— dijo Coti a punto de llorar. Después de todo, se había tirado debajo del tren, pero en cámara lenta. Sentía la carne siendo desgarrada de a poquito. Emiliano la miró y pareció derretirse algo del hielo. —Estás conmigo. Estoy acá—.

—¿Solamente conmigo?—, preguntó Coti. Él desvió la mirada. —Emiliano, si vos no querés lo mismo que yo, entonces no puedo seguir así...—.

—Sí, no sé, es muy pronto...—

—Te di cinco meses— lo interrumpió.— Si no es suficiente, no puedo seguir...—. Las lágrimas se metieron detrás de los ojos y sintió *furia*. De repente tenía ganas de gritar como loca y patearle los muebles, a ver si reaccionaba.

Se hizo una pausa eterna. Emiliano se acercó al balcón por donde entraba la luz anaranjada proveniente de la calle. Encendió un cigarrillo y empezó a fumarlo lentamente, observando hacia abajo. Era noche de jueves y podía ver a los jóvenes que se dirigían a uno de los bares cercanos, ya completamente borrachos, riendo escandalosamente. Cuando Coti volvió a mirar el reloj, pensó que el tiempo se había detenido. Marcaba las dos y veintidós. Emiliano no decía una palabra. ¿Qué había pensando? ¿Que iba a sacar un anillo del bolsillo del calzón y pedirle que se casara con

él? ¿Que le iba a hacer una escena de celos y rogarle de rodillas que fuera suya y de nadie más? Qué ilusa había sido.

Coti se levantó y se vistió con desgano. *“Si no me querés, a este cuerpito no lo tocas más, forro hijo de puta”*, pensó. Estaba perdiendo la chaveta. Emiliano, a sus espaldas, la observaba. Ella tardó todo lo que pudo, tal vez porque esperaba que él la frenara antes de terminar y salir del departamento. Finalmente, lo miró una última vez y fue a agarrar su cartera. En ese momento Emiliano apagó en la baranda del balcón el pucho eterno, se acercó a ella rápidamente y la tomó del brazo.

-No te vayas, Coti... en serio. Quedate... -, dijo él.

El hielo se derritió... o eso fue lo que pensó.

18

Mientras tanto, Sol planeaba sacar provecho del hermoso día soleado ni bien pusiera un pie fuera del edificio. Sentada detrás de su escritorio, con su blusa rosada, la pollera negra por encima de las rodillas y las piernas cruzadas cuidadosamente debajo, los anteojos pequeños y rectangulares de marco oscuro, parecía una importante ejecutiva muy ocupada. En realidad, era una secretaria que tenía un aburrimiento atroz que la había llevado a jugar al Farmville y hacer tests de personalidad en Facebook. El teléfono sonó y pegó un salto. El viejo verde llamaba de nuevo. *“¿Ahora qué quiere?”*, pensó Sol.

-¿Sí?-, dijo.

-Bonita, tenemos una reunión importante en quince minutos, necesito que compres dos docenas de facturas de la panadería, y cuando vuelvas prepará mucho café. Mucho, ¿eh? Mirá que la otra vez preparaste de menos. Y asegurate que esté caliente el agua, que siempre está medio fría.-, dijo el viejo.

“Genial”, pensó. Al menos tenía algo que hacer. Esas reuniones le ponían los nervios de punta al viejo, además de ponerlo más perfeccionista que de costumbre. Se permitió el mal humor por unos minutos y se dedicó a hacer su trabajo. Una vez que tuvo todo preparado, lo llevó en un carrito con una fuente de plata muy brillante a la sala, donde absolutamente todos los viejos se babearon al verla inclinarse con su blusa rosa mientras servía el café. También obviamente sintió todos los ojos en su culo cuando se iba. *“De algo hay que vivir”*, pensó. Si no fuera porque hay viejos verdes en el mundo, probablemente ahora no tendría un trabajo que le pagara tan bien. Volvió a su escritorio, dispuesta a abrir el Facebook de nuevo, cuando vio entrar a un hombre

que aparentaba unos treinta y cinco años, maravilloso cabello rubio, traje negro con camisa blanca, clásico como muñeco de torta. Sol se bloqueó por un segundo mientras él se acercaba con una sonrisa... encantadora.

-Hola, buenos días-, dijo él, mirándola sonriente y con la cabeza ligeramente inclinada. Sol le devolvió la sonrisa mientras trataba de “ponerse en personaje de secretaria”, como le llamaba ella.

-Buenos días, ¿en qué puedo ayudarte... ayudarlo?-. Ya había quedado como una idiota. Lo que diferencia la vida real de la actuación es que no hay una segunda toma, ni corte comercial, ni edición que te salve.

-Por favor, llámame Iván-, dijo él guiñando un ojo. Sol tuvo ganas de tirarlo contra el escritorio y literalmente, violarlo ahí mismo. –Estoy buscando al señor Colucci-.

-Sí... dígame su apellido-, dijo Sol intentando concentrarse.

-Irazábal, Iván Irazábal-, contestó él, siempre sonriente, y siempre mirándola a los ojos. Ella no percibió que su mirada hubiera bajado al escote, como hacían todos. Un caballero.

Sol tomó el teléfono y avisó que el señor Irazábal estaba en recepción. El viejo le dijo que lo hiciera pasar. Sol se levantó de su silla lo más sensualmente posible (aunque los nervios la traicionaron y se volvió medio torpe, tropezando con la pata del escritorio).

-Sígueme-, dijo. Lo acompañó hasta una puerta que se encontraba al final de un largo pasillo. “¿Me estará mirando el culo? ¡Mové, mové! ¡Estás caminando mal, tonta!”.

Lo enfrentó y señaló la puerta con la palma de la mano -Por acá, señor Irazábal, lo están esperando-, le dijo. Él no estaba mirándole el culo, sino observando los cuadros que adornaban el pasillo. Al lado de él se sentía una nenita jugando a ser grande, sus trucos de *femme fatale* se sentían patéticos. Él sonrió de nuevo y la miró fijamente.

-Iván-, le corrigió él. Sol sonrió y dio media vuelta para volver. Él agarró el pomo de la puerta y antes de abrirlo dijo:

-¿Y tu nombre?-. Ella se volvió sorprendida.

-Sol-.

-Un gusto, Sol. Y gracias-. Iván entró a la sala... y Sol, de repente, flotaba en otra dimensión.

En el transcurso de dos semanas, Lara hizo volantes para entregar en la calle, en el barrio y en las escuelas cercanas, esperando conseguir alumnos. La llamaron cinco madres preocupadas, de las cuales tres finalmente arrastraron a sus hijos hasta su departamento para que aprendieran Inglés y aprobaran los exámenes de mitad de año.

Los lunes a las seis de la tarde (apenas media hora después de llegar a casa) recibía a Tomasito, de 9 años. Tenía el pelo rubio siempre revuelto y llevaba unos anteojos con un aumento atroz. Sospechaba que el nene tenía síndrome de déficit de atención, porque era una lucha mantenerlo concentrado. A Lara misma le costaba concentrarse cuando lo veía hurgarse la nariz con el lápiz. Una hora más tarde, era el turno de Ayelén, de 11 años. Era una nena muy nerviosa e insegura, que no parecía entender nada de lo que le explicaba, lo cual la ponía más nerviosa, haciendo que le transpiraran las manos. Tenía sentido, teniendo en cuenta la presión que su madre -una perfeccionista; una de esas cuarentonas llenas de colágeno y tetas postizas que solamente quería que la hija sacara un 10 para ser la envidia de sus amigas- debía tener sobre ella. Finalmente los miércoles, le daba clases a Federico, de 13 años. Federico entendía lo que le explicaba, hacía la tarea y no se hurgaba la nariz, pero cuando se iba, Lara siempre tenía la sensación de que a la noche y entre sus sábanas de pre-adolescente, se acordaba de ella.

Por suerte, sus clases habían dado buenos resultados, (salvo en el caso de Tomasito, que tuvo que rendir un recuperatorio después de las vacaciones de Invierno) y esporádicamente, sus madres los seguían mandando a estudiar con ella. El resto de los días, asistía a sus clases de Profesorado; este cuatrimestre se había anotado en dos materias más que las de costumbre. Además, estaba haciendo danzas contemporáneas una vez por semana, con lo cual había logrado llenar la agenda completa semanal desde las 9 de la mañana hasta las 9 de la noche. Como si fuera poco, empezó a tomar clases de francés los sábados a la mañana.

El fin de semana se ocupaba de la casa, las compras, las visitas esporádicas a la familia, sus amigas y el estudio. Sin dudas, al tener tan poco tiempo libre, era difícil ponerse a pensar tantas estupideces. Sin embargo, las estupideces siempre parecían encontrar el momento para cagarle la vida. Cuando viajaba; cuando estaba en la librería y no había nada que hacer; cuando estaba esperando a los alumnos; cuando luchaba por mantener la atención en lo que decía el profesor... tal cual le pasaba a Tomasito, se distraía. Cuando se bañaba, cuando comía, cuando se iba a dormir, cuando se despertaba, cuando cagaba. De vez en cuando, entraba al Facebook y vigilaba si Adrián

seguía de novio o no. De vez en cuando terminaba mirando sus fotos. De vez en cuando lloraba.

Había logrado pensar menos, por obligación, pero no había logrado superarlo. No lo había digerido, lo había negado.

Una de sus dos mejores amigas se acababa de poner de novia, y la otra acababa de conocer a alguien. *“Esto no da para más”*, se dijo. Se propuso de una vez por todas terminar con el sufrimiento y seguir adelante. Gonzalo tenía una buena teoría sobre la situación y la forma de resolverla, aunque era bastante difícil de llevar a cabo lo que le había propuesto, además de no cerrarle del todo. Ahora era el momento de probar otra cosa. Estaba sola, endemoniada recorriendo los pasillos de la librería. Nadie llegaba, y era mejor así. Sentía que la inspiración estaba por llegar, hacía varios días. Había algo en el aire, una sensación de estar al borde de cruzar una barrera invisible. Quizás la de la cordura.

Lara respiró hondo. Si había algo que se había repetido durante su vida era desear o querer a alguien que no sentía lo mismo por ella. Esta no era la primera vez, tampoco iba a ser la última. Siempre lo mismo: Conocía a alguien a quien no le daba importancia, porque decididamente, no le gustaba. Era irrespetuoso, por ahí tenía el pelo demasiado corto (¡PTUAI!), o era demasiado mujeriego, medio mentiroso, o simplemente inmaduro. Un día –lejano, o no-, él le hablaba de una de sus películas favoritas. Otro día, se daba cuenta que tenían un montón de gustos musicales en común. Ella empezaba a pensar en él como alguien especial, a pesar de sus defectos. Más tarde, él hacía un mínimo gesto de interés, o de ternura. Lara de repente lo veía distinto que antes: ahora sus imperfecciones le atraían, como si su rostro fuera de plastilina y se hubiera amoldado para serle irresistible a sus ojos. Como si todas las desventajas no tuvieran la menor importancia, como si no existiera un pasado en el que su *de-repente-chico-especial* no hubiera hecho nada malo.

Y ahí empezaba todo de nuevo.

Pensar en alguien era divertido, ocupaba la mente, la entusiasmaba, la motivaba. Pero después de Adrián se había vuelto demasiado doloroso. Se prometió tomar el control de la situación, del “enamoramiento”, el cual dicen, no es lo mismo que el amor. Lara sacó una hoja de un cuaderno aprovechando la inspiración y la soledad.

“Si el enamoramiento es como un hechizo, porque no es verdadero amor, entonces tiene que existir una fórmula para desenamorarse. Enamorarse es involuntario, pero cuando hay que olvidarse de alguien, no sirve solamente dejar pasar el tiempo, es un proceso interno voluntario”, pensó.

“Tengo que idear un plan. Un plan de verdad, como el programa de los 12 pasos que tienen los alcohólicos. Y seguirlo al pie de la letra. O al menos intentarlo.” En la hoja escribió:

“10 Pasos para desenamorarse:

- 1. Borrá todo. Absolutamente todo. Ni mensajería instantánea, ni fotitos, ni cartitas, ni conversaciones, ni número de teléfono, NADA. Ni hablar de seguir viéndolo. No se puede limpiar como corresponde si todavía quedan migas debajo de la alfombra.*
- 2. Sé objetiva. Convertite en otra persona por un momento mientras repasas toda la “historia”. Si alguien que no conocieras te contara esto, ¿qué pensarías de él? ¿Qué le aconsejarías?*
- 3. Creá en tu mente un hombre perfecto. Contestá sinceramente: ¿él encaja con lo que querés en tu vida?*
- 4. Quitale toda la culpa de encima a él, asumí la responsabilidad de tu situación. Aún si él hizo las cosas mal, tus sentimientos son solamente tuyos.*
- 5. No inventes excusas para verlo o llamarlo. Pensá en lo mal que te sentís cada vez que lo haces. No hables de él con tus amigas, ni tu familia, ni nadie. Hablar es repasar los hechos, y repasarlos es una forma de revivirlos.*
- 6. Aceptá que te equivocaste, que equivocarse está bien y que es hora de seguir adelante.*
- 7. Aceptá que él tiene derecho a ser feliz (sin vos). Acepta que vos vas a ser feliz también (sin él).*
- 8. Frená todos los pensamientos, fantasías e impulsos que surgen. Tenés que tomar el hábito de educar a la mente. Cada vez que te encuentres pensando en él, cortá el pensamiento abruptamente y distraete. Lleva tiempo y disciplina, pero se puede.*
- 9. No te rindas diciendo que “no podes”. Si no podes es porque no querés. El enamoramiento a veces resulta inevitable, pero el desenamoramiento es un proceso interno. Empezá a hacerlo cuanto antes.*
- 10. Por último, no vuelvas a cometer los mismos errores una vez que te sentís*

mejor. Toma tiempo educar a la mente y el cuerpo, pero sólo un segundo para tirar todo el esfuerzo que hiciste a la basura.”

Lara leyó lo que acababa de escribir. Se sintió realizada. Se sintió guiada. Esta era la forma en que había logrado superar y olvidar a los hombres que no la habían merecido, aunque no conscientemente. Gonzalo tenía razón, lo que le había dicho no era nada nuevo, ya lo había hecho antes.

¿Qué pasaría si realmente funcionara? ¿Qué pasaría si ésta fuera la fórmula y pudiera seguirla al pie de la letra? ¿Cómo sería su vida y la de sus amigas si ante el menor indicio de próximo-enamoramiento-de-un-hombre-equivocado, pudieran poner en práctica estos consejos?

Bueno, no le faltarían ocasiones para comprobarlo.

Parte II: GABRIEL

1

Gabriel observaba la gente corriendo bajo la llovizna a través de la ventana de su habitación. Llevaba una remera azul vieja y un jogging gris. Estaba descalzo, con el pelo castaño oscuro revuelto cayendo sobre su rostro, los brazos rodeando las rodillas y el mentón apoyado en ellas. Sus ojos celestes, casi transparentes, recorrían el río que se estaba formando en la canaleta. Estaba harto de la gente, necesitaba estar solo. A veces pensaba que los demás esperaban demasiado de él, como si estuvieran succionando sus energías de a poco. Como si él les debiera su presencia, su compañía, su cariño, su simpatía, como si fuera su payaso. Hoy quería estar mala onda y desaparecer del mundo. La noche anterior no había sido buena. No, no había sido para nada lo que esperaba. Pero a la vez, sentía haberse sacado un peso de encima... mentirse a sí mismo no daba resultado por demasiado tiempo.

Agustín, su amigo y compañero de departamento, se había dado cuenta que era mejor no insistirle en hablarle cuando vio la mirada asesina de Gabriel, indicadora de muy mal humor, y se fue a la cocina a tratar de estudiar. El horno no estaba para bollos. Que se arreglara solo, después de todo él estaba con una horrible resaca, en el departamento no había aspirinas y estaba demasiado cansado como para salir a comprar.

Gabriel miró el celular con asco cuando sonó nuevamente. Era Florencia, lo sabía. No iba a atender. Anoche ambos habían salido a buscar una sola cosa: coger. Florencia era una linda chica con un buen cuerpo, pero eso era todo. Lo aburría, lo irritaba, lo sofocaba... no había vuelta que darle. Hacía un mes que salía con ella, quizás para llenar un poco el vacío que sentía en su vida, esperando que el contenido llegara a ser tan bueno como el envase. Finalmente no fue tan grande la decepción al darse cuenta que forzarse a salir con alguien no iba a resultar en nada productivo. Hacía mucho que no lo hacía, y ahora recordaba el motivo.

Debía admitir que quizás también, había sido su culpa por estar mal predisposto. El día anterior había tenido la cabeza a punto de explotar después del trabajo en el taller. Le gustaba la madera, pero fabricar muebles meramente funcionales, no era su idea de diversión y creatividad. Más aún porque sus jefes y compañeros de trabajo eran gente mayor que le encantaba decirle como hacer las cosas, o marcar sus errores más que sus aciertos. Pero teniendo un alquiler que pagar, no le quedaba otra que apretar los

dientes, sonreír, y fantasear con bajarlos uno a uno con una gran escopeta (de las del tipo de *Rambo*, nada de revólveres comunes y corrientes, le gustaba fantasear en grande). Ese día llovía torrencialmente, así que se tomó el colectivo para volver a casa, en vez de irse en bicicleta como hacía siempre. Dentro había poca gente, como era de esperarse. Vio a una chica aparentemente de su edad, también empapada. Soñó despierto que ella se sentaba a su lado y a él se le ocurría alguna frase ingeniosa. Ella pasó de largo sin verlo, se sentó y apoyó la cabeza contra la ventanilla. Él la observó por un rato, preguntándose en qué estaría pensando. El pelo negro empapado caía sobre sus ojos tristes. Gabriel pensó que tal vez ella estaba sintiéndose de la misma forma que él en esos momentos; algo vacía.

Al llegar a casa, Agustín lo sorprendió con una propuesta: Había arreglado para salir los cuatro juntos a jugar al pool; Agustín con Lucía, y él con Florencia, en una especie de cita doble “para cambiar un poco la rutina”, había dicho. Gabriel se quedó pensativo apoyado sobre el umbral de la puerta del baño, mientras observaba cómo su amigo se arreglaba el pelo corto y rubio platinado con toneladas de gel frente al espejo. Era un poco más bajo que él, tenía ojos oscuros y cejas espesas, rasgos masculinos, una barba candado bien recortada y últimamente usaba remeras muy ajustadas mostrando sus nuevos bíceps (hacía poco más de un año se había vuelto adicto al gimnasio, después de una etapa de kilitos demás a la que nunca más quería volver). Tenía un aspecto de macho latino que él mismo nunca conseguiría. Gabriel pensó que su amigo parecía un Backstreet Boy. En cambio él, según le decían, parecía una especie de Billy Joe Armstrong de Green Day, aunque sospechaba que si se cambiaba el corte de pelo y se tapaba los tatuajes, no tenían absolutamente nada en común. Además no se delineaba los ojos.

Agustín lo sacó de su ensoñación.

-Venís, o venís. No podes decir que no-, dijo. Gabriel apoyó la frente contra el marco de la puerta, cerró los ojos y asintió con la cabeza. Agustín le pegó dos fuertes palmadas en el hombro izquierdo antes de salir del baño y después se frotó las manos como saboreando lo que estaba a punto de pasar.

Gabriel no quería saber más nada; ¿cuántas oportunidades se le pueden dar a una persona antes de decidir que no te gusta? Había salido con Florencia unas cinco o seis veces; la última “cita” había consistido en llevarla al cine a ver la nueva de Ben Affleck, una porquería que sólo a una hueca como ella podía gustarle. Ya era más que evidente que no había forma de que pudiera sentir algo por ella (al menos no más que ganas de llevarla a la cama un par de veces, con la boca bien tapada para que no dijera estupideces que lo sacaran de clima). Sin embargo, Agustín estaba con Lucía, y él no podía negarse; su amigo había estado ahí desde la primaria, y estaba escrito implícitamente en su contrato de amistad que cuando uno de los dos necesitara una mano, el otro se la daría.

El lugar era un antro extremadamente pequeño que casi parecía un largo pasillo, con apenas una mesa de pool, un tiro al blanco al fondo junto a los baños, y unas diez mesitas diminutas repartidas a lo largo de la barra. Era muy difícil ver, las luces estaban muy bajas.

Había muy poca gente, seguramente a causa de la tormenta que ya estaba amainando. Un par de parejas aquí y allá, un grupo de amigos que tomaban una ronda de tequila en la barra haciendo un escandaloso festejo cada vez que uno vaciaba su vasito y mordía el limón; dos mujeres bailando al lado de su mesa colmada de botellas de cerveza, y por supuesto, el amigable borracho solitario que se tambaleaba al volver del baño y pedía un whisky más, *on the rocks*. Gabriel se sintió incómodo; no tanto por él (había pasado por muchos lugares bizarros, sobre todo desde que vivía con Agustín), sino por las chicas, que parecían asqueadas. Solamente al Agus se le podía ocurrir llevar minas de éstas a un lugar *así*.

Florencia atinó a sentarse en una de las mesitas, mientras Lucía miraba con desconfianza al borracho del whisky, que empezó a cantar (o a gritar, mejor dicho):

“¡Y me gusta el rock, el maldito rock!

¡Siempre me lleva el diablo, no tengo religión!

¡Quizá éste no era mi lugar, pero tuve que nacer iguaaaaaaaaaa!”

Desafinaba agitando los brazos y sonriendo, animando a los demás a imitarlo. El barman se reía mientras limpiaba las copas. Las dos mujeres que bailaban (que también estaban borrachas) sacaron a bailar a dos de los chicos del tequila. Gabriel se rió. Los borrachos podían ser una mierda, pero la mayoría de ellos le divertían. Algunos eran capaces de alegrarle la noche cuando no podía ser él quien tenía permiso para hacer esas cosas con la excusa de estar ebrio. Había muy pocas cosas más graciosas que ver gente en ese estado. Aparentemente, Florencia no pensaba lo mismo, ya que buscó otra mesita que estaba más alejada del borracho y se sentó. Lucía la siguió. Gabriel se preguntó qué hacía saliendo con alguien tan diferente a él.

-¡Uuuh! Qué suerte, tenemos la mesita de pool para nosotros solitos-, dijo Agustín, guiñándole un ojo a Gabriel, quien solamente lo miró, divertido.

-Pero sentémonos a tomar algo antes-, dijo Lucía, mientras se acomodaba el pelo rubio y largo detrás de las orejas. Florencia ya estaba mirando la carta para elegir lo que iba a tomar. Se acomodó el vestidito impecable sobre la sucia silla. Su cabello largo y

perfectamente peinado en bucles, contrastaba con la gente desprolija del lugar. Tenía una expresión de asco e incomodidad que causó lo mismo en Gabriel. Ambas mujeres tenían tanta frialdad y arrogancia que por más lindas que fueran, le producían rechazo. Antes de que Agustín pudiera contestar que tenían suerte de encontrar el pool vacío, que en cualquier momento caían un par de motoqueros y no iban a poder jugar en toda la noche, Florencia agregó:

-Si quieren, jueguen ustedes mientras nosotras tomamos algo, y después nos unimos-.

Agustín, sin saber qué hacer, miró a Gabriel.

-Bueno, señoritas, tomen algo tranquilas que nosotros vamos calentando, hace mucho que no jugamos-. Les dijo Gabriel a las dos chicas, que lo miraron con desprecio. Haciéndose el tonto, agarró a Agustín del antebrazo y casi lo arrastró hasta la mesa de pool.

-¿Qué haces, boludo? ¡Mirá si se enojan las minas! ¿No viste la cara de Lucía?- dijo Agustín desesperado, poniéndose de espaldas a las chicas para que no lo vieran gesticular.

-¿Y?-, respondió Gabriel, tranquilamente, mientras agarraba un taco.

-Nos tendríamos que haber quedado con ellas, qué poco caballero que sos. Ahora me hiciste quedar mal con la rubia-. Agustín le dio una última mirada a Lucía, que estaba hablando con su amiga. No podía ver sus caras, el lugar estaba tan oscuro que ellas eran solamente dos figuras recortadas en las sombras. Agarró su taco, y acomodó las bolas en la mesa.

-Ya quedaste mal cuando la trajiste acá. ¿Cómo se te ocurre traer a dos chetitas huecas a un antro rockero bizarro?-, dijo Gabriel mientras se reía y negaba con la cabeza.

-Bueno, yo que sé. A mí me gusta, siempre traigo a las minas acá. No tengo un mango, el alcohol es barato y además estamos cerca de casa. Capaz les gusta la onda, ¿vos qué sabés?-, se excusó Agustín, sonrojado. Hizo el primer tiro, el juego había comenzado, y muy mal.

-Sí, seguro, Agus. Ya fue, son dos taradas. No sé qué hago acá. Bah, sí sé, estoy acá porque vos me lo pediste-.

-Ah claro, porque vos no querías salir con Florencia, ¿no?-

-No-, dijo Gabriel, muy seriamente.

-¿Y qué vas a hacer entonces? Yo pensé que estaba todo bien...-

-Estaba todo bien para coger, nada más. No la soporto.- Agustín lo miró con desaprobación.

-Ya sé, ya sé, soy muy intolerante con la gente. Pero ya pasé un mes tratando de tolerarla, ¿no es suficiente? Encima ya se me está pegando como una garrapata, me reclama si no le contesto... me está hinchando las pelotas.- dijo Gabriel, rascándose la cabeza.

-Bueno, agua y ajo, hermano. Me cagas, Lu se va a enojar conmigo ahora-. Agustín negó con la cabeza y suspiró. Su amigo no tenía arreglo.

-Vos me dijiste que le tenía que dar más oportunidades a la gente, yo solamente seguí tu consejo-.

-Mirá... olvidate de lo que te dije. Cogétela hoy, y ya fue. El amor no existe, es todo una excusa, una excusa para meter las bolas en el agujero- dijo Agustín, mientras hacía un gesto obsceno contra la mesa de pool. Gabriel soltó una carcajada y miró a Florencia una vez más. Habían empezado a tomar y podía escuchar sus risas histéricas y agudas.

-No sé... me la baja-, dijo Gabriel, con desinterés.

-¿Pero no te la vas a llevar si te dice que le asustan los truenos y quiere un hombre fuerte que la abraza? Mirala, está buenísima, no podes dejarla pasar-. Agustín sacó pecho, le hizo un puchero muy cómico y le tiró un besito. Las chicas seguían riéndose como hienas. -Pensá que está entonada ya, está "fácil".

-Entendé que yo pasé la adolescencia, amigo, no estoy tan desesperado-, dijo Gabriel. *"En serio... ¿qué te pasa? Tendrías que aprovechar"*, dijo una voccecita en su interior. Después de todo, era hombre, y un hombre tiene necesidades, necesidades físicas, por el bien de su salud mental. Pero sabía que eso tenía un efecto rebote peligroso; era como comer por gula, comer hasta reventar, sin sentir el gusto de las cosas, simplemente tragar y tragar, para después vomitarlo todo. Y más tarde, el vacío. Quizás se estuviera volviendo asexual. Quizás debía hacerlo, por una cuestión de hombría, al menos para probar si estaba equivocado o no. Pero simplemente no la deseaba. La veía tan frígida que pensaba que seguramente ni se le iba a parar.

Más tarde, se sentaron con las chicas en la mesa y empezaron a tomar. El alcohol había hecho su trabajo de suavizarlas y relajarlas. La música invitaba a bailar, y a las chicas parecía no importarles nada ya. Agustín se llevó a Lucía a uno de los rincones oscuros, y unos minutos después de intenso manoseos y besos de lenguas que se salen de las bocas, se fue con ella. Después de escucharla hablar y hablar por algo que pareció una eternidad, ella se le insinuó. Gabriel lo pensó por unos segundos, o tal vez más, porque ella se le tiró encima, apoyando sus firmes pechos sobre su espalda. Pero de repente sintió rechazo al sentir su aliento a alcohol y verla tan fuera de sí. No estaba un

poquito alegre, estaba completamente borracha. La charada de dama se le fue a la mierda, lo que lo llevó a pensar cuál de las dos Florencias –la seria recatada, o la perversa desesperada- era la verdadera.

Gabriel la sacó del bar como pudo. Florencia arrastraba los pies tambaleándose y riendo como una desquiciada. Gabriel tenía suerte de no haberse pasado de alcohol, que era exactamente lo que había pensado hacer, ya que lo último que hubiera esperado de Florencia, una chica tan delicada, educada y señorita, era que se descontrolara tanto. Tomaron un taxi hasta la casa de ella. Tuvo que ayudarla a abrir la puerta, no podía encajar la llave en la cerradura, apenas podía mantenerse en pie. Ni bien entró a la casa, Florencia tambaleó hasta el baño y vomitó en el inodoro. Gabriel quería irse corriendo de ahí, pero se sintió culpable. Esperó pacientemente en silencio, y la ayudó a acostarse cuando terminó de lanzar todo el alcohol que había tragado. Entonces ella hizo lo que él temía que hiciera: le pidió que se quedara a dormir.

-No, Flor, estás muy borracha. Mejor descansá... yo también estoy cansado, estoy despierto desde las siete...-

Entonces lanzó un grito y se puso histérica, probablemente porque se dio cuenta de que él no quería estar ahí.

-¿Entonces qué haces acá?-, le dijo. -¿Para qué fui a ese antro mugriento, me querés decir, Gabriel?-

Él no pudo prolongar más la farsa.

-Mirá, Flor... todo bien...pero me parece que mejor me voy a casa... vos descansá-

-¡¿QUÉ?! ¿No me vas a coger? ¡¿Me estás jodiendo?!- Le gritó, con los ojos desorbitados.

-¿Yo? ¿Por qué?-, contestó él, perplejo.

-Gabriel, ¡¿Me estás tomando el pelo o qué?!-. Ella estaba tan furiosa que no se daba cuenta de lo que decía. El aliento a vómito le revolvía el estómago.

-No, Flor... todo bien... es que tengo la cabeza en cualquier lado... además estás muy borracha y mañana tengo que... -, dijo Gabriel. ¿Cómo le explicaba que no quería saber más nada con ella? No se le ocurría qué podía decir sin herir susceptibilidades. Ella explotó.

-¡¿Pero qué sos?! ¿Puto? ¿Impotente? ¡Andate, querés!- Lo interrumpió.

Probablemente el golpe que sintió detrás de la puerta acompañada de un “PUTO” bien gritado, fue una zapatilla voladora que había salido en busca de su cabeza. “*Tiene razón, no sé qué mierda hago acá y debo ser muy puto*”, pensó.

La verdad es que Flor no tenía nada de malo (excepto por la locura que le desataba el alcohol y lo mal que se tomaba el rechazo). Era una mujer con los pies en la tierra, estudiosa, un poco cerrada, quizás no tan hueca como él pensaba. Era una mina que hacía el papel de mina y punto. No había salido con ella porque Agustín se lo había pedido solamente... habían razones, como por ejemplo, estaba buena, y parecía interesante. *“Parecía...”*. La más pura verdad es que no quería estar solo. Quería *creer* de nuevo. Ya se había cansado del “touch and go” y no le importaba lo que dijeran sus amigos. Por una vez en la vida, quería algo real, alguien que lo quisiera como fuera, y que pudiera mantener el fuego ardiendo por más de una noche. *“Alguien que no me tire con zapatillas voladoras y me agradezca por sostenerle el pelo cuando vomita, al menos”*, pensó.

A sus 24 años había aprendido muchas cosas sobre las mujeres; pero sobre todo, aprendió que el amor era lo que mejor le hacía. También había aprendido que aunque tuviera relaciones casuales con extrañas, el vacío no se iba. La sensación de estar completamente solo en el mundo se convertía en un abismo que quería tragarlo después de cada experiencia insignificante que tenía. *“La satisfacción instantánea lleva a la miseria a largo plazo. En el momento soy el rey del mundo, dos días después me siento simplemente satisfecho porque la puse, una semana después se abre un agujero en el suelo y soy el tipo más sólo y triste del mundo”*, pensó. Entonces el ciclo comienza de nuevo. Una mierda la vida de soltero, realmente. Habría que coger demasiado seguido o ser demasiado insensible como para no sentir el vacío.

Sólo una vez se había sentido realmente enamorado, con su primera novia, hacía unos siete años. Había sido el mejor momento de su vida, tal vez también por el hecho de estar en la secundaria sin la carga de las responsabilidades que vienen con los años. Jamás había podido revivir algo tan real como lo que sintió con Sofía. Pero a la vez, su relación había terminado horriblemente. Sofi, el amor de su vida y futura madre de sus hijos, terminó siendo la puta que se había acostado con la mitad del colegio. Entonces ¿qué era real? Había conocido tantas mujeres después de ella, y había tenido tan poco interés en volver a verlas, que creía que Sofía le había quitado su capacidad de enamorarse de nuevo, para siempre. O tal vez el problema era que estuvieran todas locas.

“El problema es que son todas psicópatas, putas, aburridas, o las tres cosas juntas. No hay un punto medio”, pensó, tratando de consolarse. De vez en cuando aparecía una compañera, con diferentes rostros, distintas manías. Lo entretenían un rato, lo

distraían. Le servían. Se descargaba en ellas. Pero al final siempre era lo mismo: más de nada.

Agustín no podía comprenderlo; él nunca había salido de la adolescencia. Para él, rechazar a Florencia era una señal de demencia, simplemente porque estaba “más buena que comer pollo con la mano”, y también estaba “servida”, según sus propias palabras.

Gabriel, con la mirada fría y fija sobre el celular, esperó que dejara de sonar. Después se levantó y lo puso en silencio. Se reprochó haber salido con Florencia, sobre todo porque ya había aprendido a no hacerle caso a lo que dijera Agustín. *“Vas a ver que te va a gustar, ¡tiene unas gomas!”*, había dicho. Él le preguntó si era divertida, si tenía buena personalidad, si le gustaba el Rock... *“Pero para Agus lo único que importa es eso, un par de tetas. Y tiene sentido, si nunca estuvo enamorado...para él las mujeres son juguetes, muñecas inflables con las que se masturba. ¿Importa la personalidad si son eso nada más?”*, pensó.

Prendió un cigarrillo. Realmente odiaba ser así, tan profundo. Ser un idiota superficial parece ser la fórmula de la felicidad para la gente.

No sabía exactamente cuándo se había vuelto tan... pesimista. Antes soñaba con una mujer perfecta, ahora estaba resignado a que si de hecho existía, no la iba a encontrar. *“O capaz la encuentro, nada más que con la mala leche que tengo, seguro está casada. O está soltera y me usa. Me enamora, se casa conmigo, tenemos hijos, después pide el divorcio, me saca toda la guita, me prohíbe ver a mis hijos y se va con algún hijo de puta con una pija de dos metros y una Ferrari.”*

Apagó el cigarrillo sin llegar a terminarlo porque le había revuelto el estómago recordar el aliento a vómito de Flor, y volvió a la cama. Cerró los ojos decidido a tomar una larga siesta. Hacía apenas una semana que las clases habían comenzado y ya tenía un par de trabajos prácticos que hacer, pero se convenció de que si era necesario, se pasaría todo el fin de semana encerrado para hacerlos. Ahora necesitaba dormir.

Se preguntó si detrás de cada tipo frívolo en apariencia, todos piensan y desean lo mismo. ¿O el secreto de la felicidad era simplemente la superficialidad?

4

El domingo, Gabriel se levantó a hacer todo lo que no había hecho el día anterior, que al parecer se lo había pasado durmiendo. Se sentó en el comedor, intentando leer los apuntes para la clase del día siguiente, aprovechando que Agustín había salido,

(seguramente a entrenar compulsivamente en el gimnasio), y se preparó unos mates. Mientras vigilaba la pava apoyado en la mesada de la cocina, pensó en Flor. Ahora mismo tal vez podría estar en su casa, teniendo sexo animal con ella, si no hubiera sido un idiota. Pensó que evidentemente, debía tener serios problemas. Había estado a solas en una casa con una mujer de puta madre casi rogándole que se acostara con ella... y sin embargo, había salido corriendo. Pensó, amargamente, que prefería hacerse una paja antes de soportarla un minuto más, y que Agustín le cortaría las bolas si pudiera escuchar sus pensamientos.

Sacó la pava del fuego y se cebó el primer mate.” *Hay una razón por la cual la gente no toma mate solo: porque es deprimente.*” Pensó que no tenía nada de malo querer tener, además del sexo animal, alguien con quien tomar el mate a la mañana.

Agustín decía que no, pero Gabriel sabía que tenía razón, que en el fondo, él también estaba buscando eso. Si no, ¿por qué se iba a calentar tanto por levantarse a Lucía? Nunca se esforzaba demasiado por conseguir chicas, lo consideraba una pérdida de tiempo.

Había comprobado durante años de observación tanto propia como ajena, que tarde o temprano todo el mundo quería volver a amar y ser amado. “*Ese es el problema: el amor*”, se dijo. Aunque no sería un problema tan grave si tuviera la capacidad de amar... ¿Era incapaz de volver a amar? No estaba seguro, pero mientras tanto necesitaba mantenerlas alejadas. Necesitaba ser libre... libre de mujeres que lo acercaran más al borde del vacío.

Necesitaba no pensar. Hay una razón por la cual los hombres no piensan demasiado, y es porque comprendieron que pensar trae problemas. La naturaleza del hombre es la de la acción, la mujer es la que se ocupa de pensar. Florencia evidentemente, se había puesto a pensar, por eso había llegado a tal frustración. Su relación en apariencia insignificante y superficial con Gabriel de repente había cobrado importancia en su mente. Por eso no dejaba de llamarlo. No, ni siquiera un domingo a la mañana. Tomó un mate mientras observaba el celular vibrando sobre la mesa. En algún momento iba a tener que contestar, pero no ahora. Se sentía un poco mal por ella, pero a la vez, no había nada que pudiera hacer. No corresponder a alguien es feo, pero peor es *hacerle creer* que le correspondes. Tenía ganas de tirar el celular por la ventana y ver cómo se rompía.

La historia de su vida había sido siempre la misma: cuando no estaba interesado, ellas lo perseguían. Cuando se enamoraba de verdad, ellas no lo notaban, se iban con otro, o lo usaban y lo tiraban. La no-correspondencia lo había llevado a alejarse de la gente que le interesaba, a causa del miedo al rechazo. Las pocas veces que se había arriesgado, todo había terminado mal. Claro que había tenido sus aciertos (como aquel noviazgo de verano que tuvo con Pamela, una vecina, antes de que se mudara y jamás

volvieran a verse), pero eran demasiado pocos para su gusto. Se enamoraba, y sufría en silencio hasta que se retiraba antes de llegar a la batalla.

“O será que tengo miedo. Es eso... tengo miedo de enamorarme, porque siempre termino mal... siempre me obligan a olvidar... estoy cansado de tener que olvidar...”.

Pensó que daba asco así, sucio, maloliente, y pesimista, tomando mates solo y pensando en su miserable vida amorosa, o la falta de la misma. Se esforzó por apartar todo pensamiento de su cabeza y se concentró en leer los apuntes.

5

Era noche de jueves, pero igualmente Gabriel y sus compañeros decidieron ir a tomar unas cervezas al bar que estaba a unas pocas cuerdas de la facultad, para festejar el éxito de un trabajo grupal que habían realizado la semana anterior a las apuradas, sin la menor esperanza de aprobarlo. Marcos pidió una cerveza a la moza (la cual, según Gabriel, le tenía ganas) y fue a sentarse junto a ellos. El bar estaba casi vacío, salvo por un par de señores que estaban tomando vino y fumando cigarrillos mientras miraban un partido de fútbol, refunfuñando por los gritos del grupo de jóvenes. Ni bien la moza les alcanzó las cervezas, Victoria propuso un brindis: -¡Brindemos, chicos! ¡Porque la zafamos de lo lindo!-, dijo.

-No zafamos, nos puso un ocho, estaba contento el profesor-, agregó Brenda, con su voz de locutora. Parecía una modelo con su vestidito estampado sobre unas calzas negras y su campera de jean.

-¡Brindemos porque algún día la moza me dé bola!-, dijo Marcos, agitando la cabeza llena de rulos desprolijos. Gabriel se rió y dijo -Te dije que la invites a tomar algo, se nota que sí te da bola-. -Mentira, me mira con cara de culo-, respondió riéndose.

-¡Brindemos porque Gabriel la ponga de una vez!-, insistió Marcos. Todos se rieron, incluido Gabriel. Eso le pasaba por haber contado su experiencia con Florencia.

-No, brindemos porque consiga una novia...-, dijo Brenda mirando a Gabriel por encima del vaso de cerveza con sus ojos verdes. Él se sonrojó un poco. -Eso sería mejor...-, dijo.

-¿Mejor que ponerla? ¡JA JA JA JA!-, se rió Marcos.

-Bueno, basta, ¡porque ya nos sacamos el trabajo de mierda de encima!-, dijo Brenda. Los chicos brindaron. Hacer ese trabajo práctico había sido un dolor de culo de dos meses, pero al menos había servido para empezar una amistad.

-¿Querés volver a estar de novio, Gabi?-, preguntó Victoria, cuando todos se sentaron. Se despertó la picardía en sus ojos, que se escondían detrás del flequillo castaño claro. A Victoria le encantaba hacer ese tipo de preguntas.

-Estaría bueno, sí...- dijo él, mirando distraídamente la espuma de la cerveza que vibraba en su vaso.

-¿Y por qué estás solo entonces?-, preguntó Victoria de nuevo.

-¡Porque es un salame!-, se adelantó Marcos riéndose. Lo dijo tan fuerte que uno de los señores que miraban la televisión le dio una mirada de desaprobación. Parecía un vago, con los rulos largos, la barba de dos días, la remera desteñida y las bermudas estilo pescador.

-No sé... mala suerte supongo-, respondió, quitándose el pelo de la frente con una mano.

-No cualquier chica se merece un chico como éste-, dijo Brenda, apretándole una mejilla con cariño.

-Eso es verdad. Gabi es bueno, no como vos-, le dijo Vicky a Marcos, pegándole en los rulos. -Tenemos que conseguirle novia urgente-.

-Sí es urgente, a menos que empieces a coger más seguido...-, dijo Marcos, haciéndole una palmadita en el hombro. Gabriel pensó que Marcos podría ser mejor amigo de Agustín... después de todo, pensaban igual.

-Osea que si coges seguido... ¿significa que no necesitas una novia?- preguntó Victoria.

-Lo único bueno de tener novia es que coges todos los días-, dijo Marcos.

-Sos un idiota-, le dijo Brenda. -No le metas esas cosas en la cabeza que después se piensa que su novio la quiere solamente para eso-. Victoria hizo una mueca.

-Mirá, Vicky, si hay algo que aprendí, es que por más que te la pases cogiendo, siempre terminas queriendo enamorarte-, le dijo Brenda.

-Es verdad...-, dijo Marcos, poniéndose serio de repente. -Se vuelve aburrido, como todo-.

-Se vuelve insípido-, agregó Brenda.

-¡Entonces te tenemos que presentar a alguien ya!-, dijo Victoria. Gabriel se puso a la defensiva. ¿Por qué carajo todos se la habían agarrado con él hoy?

-Las minas están todas locas...- dijo Gabriel, tomando un largo trago de cerveza.

-Vos las volves locas, te tiran con zapatillas, ¡inspiras su demencia!-, dijo Marcos, agitando los brazos.

-ESA mina estaba loca... -remarcó Brenda.

Marcos desvió la conversación hacia las cosas que le haría a la moza si ésta le diera la oportunidad. Después de un par de horas y unas cuantas cervezas más, Gabriel acompañó a Brenda a su departamento, ya que le quedaba de camino a casa. Ella lo observaba de reojo.

-Ay, Gabi, Gabi... Si yo conociera a un chico como vos, no lo dejaría pasar... mucho menos le tiraría con una zapatilla-.

Gabriel se rió. Percibía rara a Brenda, aunque no hacía mucho que la conocía. Siempre habían tenido clases juntos, pero nunca habían tenido tiempo de conversar solos.

-Bueno, tengo que doblar acá-, dijo ella, señalando a su derecha.

-Bueno, hasta mañana-, dijo Gabriel. Se despidieron con un beso en la mejilla.

-Hasta mañana...-, dijo ella. Luego de avanzar unos pasos, lo llamó. -Gabi...- Él se volvió.

-¿Qué?-

-Cuando quieras pasá a tomar unos mates... Vivo ahí. 4 B.- dijo ella señalando un edificio viejo. Gabriel observó lo que le pareció una sonrisa seductora, pero no pudo descifrar sus intenciones, y tampoco lo intentó.

Se quedó mirándola mientras se alejaba revoleando el culo. ¿Qué había sido todo eso?
¿“Si yo conociera a un chico como vos, no lo dejaría pasar”?

Esa noche se acostó muy cansado. Al cerrar los ojos, el culo bamboleante de Brenda empezó a desfilar frente a él hasta quedarse dormido.

-Gabi... Gabi... ¡Gabriel!- gritó Agustín indignado al ver que su amigo ni siquiera atinaba a moverse de la cama. Ya estaba perfectamente afeitado y con el pelo lleno de gel

como de costumbre, pero todavía estaba envuelto en una toalla blanca, recién salido de la ducha.

-¡Queeeeeeeeeeeeeee!- gritó Gabriel con voz ronca, todavía envuelto en las frazadas.

-¡Levantate hijo de puta! Son las ocho. Anoche te llamó un tal Marcos por un trabajo de la facultad. Y Flor también, anda preguntando por qué no atendes el celular. Llamala porque ya me llenaron las pelotas. Lucía también me mandó un mensaje preguntando por qué vos no le contestabas, pelotudo-.

-Ya voy...-dijo Gabriel, todavía dormido.

-Ya voy mi pija, tomá. Yo me voy a laburar.- Agustín arrojó el teléfono inalámbrico sobre la cama de su amigo, cerró la puerta de la habitación y agregó: -A ver si atendes el teléfono algún día, ¿eh?-.

"Linda forma de despertarse un lunes", pensó Gabriel. Si no lograba llegar a la facultad en una hora, iba a estar en problemas. Ya había faltado demasiadas veces.

Después de un desayuno que consistió en medio café negro y con tiempo apenas para lavarse la cara y recoger la mochila, estaba en el colectivo camino a la facultad de Diseño Industrial. Para no dormirse durante el viaje, hacía un juego: miraba mujeres y fantaseaba vidas alternativas. El colectivo frenó y esperó al semáforo en rojo más eterno de la historia, o eso le pareció. Miró por la ventanilla y vio una chica con unos pantalones cuadrillé blancos y negros y una remera roja. Tenía el pelo negro azabache, y un mechón rosa descolorido. Iba caminando casi con los ojos cerrados, quizás tenía tanto sueño como él. No sonreía pero Gabriel podía notar que había una diferencia entre ellos: ella estaba contenta. La amó por unos segundos, y comenzó el juego: *"Entonces decido que no voy una mierda a la facultad. Me bajo del colectivo. Empiezo a caminar detrás de ella. Entra en la panadería de la esquina, yo no tengo que comprar nada pero la sigo. La pierdo de vista porque hay mucha gente dentro y aparece al lado mío, casi nos chocamos, nos reímos. Ella me dice que está llegando tarde al trabajo pero que mataría por unos bizcochitos. Yo le digo que estoy ahí exactamente por la misma razón, y que se me hace tarde para la facultad. Ella se ríe... tardan mucho en atendernos, y cuando salimos de la panadería sin darnos cuenta estamos caminando juntos, y..."*

La chica de los pantalones ya se había perdido de vista. Como siempre, sus fantasías quedaban en la nada. Jamás actuaba heroicamente como en ellas. *"Porque soy maricón"*. Pero ¿no son todos los hombres maricones? En la vida real, nadie haría eso. Y si lo hicieran, lo más probable es que ella lo mirara con miedo y se fuera corriendo. Aunque se dio el lujo de creer que justo esa, no era así.

Al bajar del colectivo, decidió llamar a Flor por teléfono. Después de todo, había sido él quien la había invitado a salir, sin importar sus razones. Él había comenzado todo, y ahora él debía terminarlo. Su madre le había enseñado que las mujeres tienen una forma diferente de pensar y sentir, y que debía respetarlas ante todo. Ella no quería ser la responsable de haber traído al mundo a un hombre insensible que fuera por el mundo rompiendo corazones, *“porque sos tan hermoso que se van a morir todas por vos”*, le había asegurado. Él no se lo creía, pero sin embargo se prometió no hacer nunca lo que no le gustaba que le hicieran. Eran las nueve de la mañana, ¿estaría despierta? Quizás estuviera en la facultad también, probablemente no fuera buena idea llamarla a esa hora.

-Hola-. Tenía la voz apagada, seca, tajante.

-Hola, Flor... ¿cómo estás?-No sabía qué decir a continuación, pero se las rebuscaba para disculparse y asegurarse de que ella no siguiera buscándolo a la vez. Un trabajo difícil, pero posible.

-Qué te importa-, dijo ella. Gabriel se quedó helado.

-Ya es tarde. No me llames más, pelotudo-, dijo. Un click y luego, silencio.

Gabriel miró el celular incrédulo. Bueno, después de todo, se la había sacado de encima sin decir absolutamente nada. ¿No era eso lo que quería?

No, no era eso lo que quería.

Recordó una pelea que había tenido Sofía, antes de que él la desvirgara y ella continuara experimentando con todos sus compañeros las cosas que él le había enseñado. Al intentar disculparse, ella había reaccionado de la misma manera, tratándolo como una basura. Él estaba completamente desconcertado, pensando que la relación había llegado a su fin, o que se había vuelto loca. Recordó entonces, la explicación de su madre, la única mujer a la que había comprendido en su vida, porque era la única que se explicaba:

-Creéme, Gabi, aunque Sofía te diga que quiere que la dejes sola, significa todo lo contrario. Cuando una mujer te trata mal, no es porque está loca. Mucho menos significa que no le importas. Nos ponemos agresivas cuando estamos heridas, justamente porque nos importa, nos duele. La furia es la primera reacción. Después lloramos. Y después, necesitamos que nuestro hombre nos abrace, nos haga sentir únicas y nos diga que todo va a estar bien. Pero sólo si realmente lo sentís; si no lo sentís, entonces sí se terminó. Ella se cansó de perseguirte, y te dice que te alejes para ver si vuelves solo, si le importas; pero tené cuidado, porque si dejas pasar el momento, la vas a perder...-.

Como siempre, su madre tenía razón. Gabriel había ido a buscar a Sofía esa misma noche, y como si hubiera escuchado la conversación, ella le contó que había estado a punto de ir a su casa para cortar la relación.

Flor lo había tratado mal porque la había lastimado. Jamás había sido su intención, pero es fácil olvidarse de los sentimientos de la otra persona cuando uno es quien no los siente. Dudó unos minutos, parado en la esquina, si era mejor correr para llegar a la clase o llamarla nuevamente. ¿De qué le servía? Lo único que quería era no quedarse con el cargo de conciencia, pero el daño ya estaba hecho. Y un llamado más podía lograr el efecto contrario si no decía las palabras justas. Guardó el celular y empezó a caminar hacia la facultad, pensando que aunque no fuera su intención, había terminado haciendo lo que no le gustaba que le hicieran.

7

Brenda lo estaba esperando en la puerta de la facultad. Petisa, delgada y perfectamente combinada. Llevaba un vestido estampado con un saquito púrpura ligeramente desabrochado para mostrar un poco de escote. Se acordó de la invitación a tomar mates, y se preguntó si tenía chances con ella. Nunca lo había considerado seriamente, porque Brenda era una de esas mujeres que todos deseaban pero nadie nunca llegaba a conseguir. *“¿Qué había dicho el otro día?... algo de no dejarme ir...”*, pensó, intentando recordar los detalles.

Lo saludó con un beso en la mejilla mientras sostenía los libros contra su pecho. La clase estaba por comenzar pero todos estaban afuera charlando, estirando el momento en que inevitablemente tuvieran que escuchar a la profesora Corina con su voz de pito durante dos horas.

A la salida, Gabriel caminó junto a Marcos, Victoria y Brenda a la casa de la última, para estudiar intercambiando apuntes, a ver si entre los cinco entendían algo. Ahí era por si se atrevía a volver. El 4B.

-No entiendo nada-, dijo finalmente Marcos, rascando los rulos aparentemente sucios de su peluda cabeza. Victoria, que estaba sentada en un rincón lejos de los demás que estaban alrededor de la mesa, mordía una lapicera, preocupada.

-Me parece que estamos todos en el horno. No solamente nosotros, todo el curso-, dijo Brenda riéndose.

-Sí, ya fue-, dijo Gabriel, empujando los libros y enterrando la cabeza entre los brazos.

-Che Gabi, ¿vamos de putas?-, dijo Marcos. Gabriel se rió y negó con la cabeza. Victoria suspiró enojada. -Al final no se puede estudiar con ustedes che, no sé ni para qué vengo-.

-¿Querés que nos juntemos nosotras dos solas otro día mejor?-, le dijo Brenda, para calmarla.

-Sí, no sé. Estoy podrida de esta materia, me la quiero sacar de encima cuanto antes-, dijo Victoria, ya de muy mal humor.

-O mejor nos juntamos nosotros dos solos, más divertido-, le dijo Marcos, guiñándole un ojo. Victoria no pudo evitar sonrojarse.

Ojalá tuviera el coraje de Marcos para tirar chistes provocativos, pero no le salía. Además no veía que diera mucho resultado. Ya eran las tres de la tarde. El tiempo pasaba rápido, sobre todo cuando entre cada repaso que hacían por los libros, jugaban a la PlayStation, miraban la tele, tomaban mate, comían o hablaban de cosas sin importancia, pero que en el momento parecían mucho más interesantes que los apuntes. No pasó demasiado tiempo hasta que Vicky decidió irse a su casa, echarse una siesta y seguir estudiando. Marcos cursaba de nuevo en media hora, una materia que los otros tres ya habían aprobado el año anterior. Gabriel amagó a irse pero se quedó porque Brenda le pidió que le explicara una última cosa (de las pocas que él tenía claras). "Estoy en el 4B", pensó Gabriel, algo somnoliento.

Se sentaron en el sofá frente al televisor. Gabriel se puso a dibujar y hacer las cuentas correspondientes para explicarse mejor. Brenda se quedó mirándolo fijamente, lo cual le dificultaba concentrarse en matemáticas. El saco púrpura amenazaba con seguir desabotonándose misteriosamente, y ella estaba cerca, muy cerca, envolviéndolo en su aroma. También lo distraían un poco los muslos que se asomaban bajo el vestido. Brenda era una chica común y corriente, no había nada demasiado especial en ella... Pero mientras se inclinaba sobre el cuaderno que él tenía en su regazo, no pudo evitar notar cómo el pelo largo y castaño caía en cascada sobre sus tetas, haciéndole imaginarla desnuda, vistiendo sólo su cabello. Intentó concentrarse pero su cabeza de arriba empezó a hablar y su cabeza de abajo empezó a endurecerse. *"Se le ve el corpiño, es negro, el corpiño es negro, mueve las piernas, el vestido se le sube, no lo acomodó, se le sube y lo deja ahí, está casi en bolas, ¿qué dijo? Concentrate... una ninfa, eso parece, ninfa..."*. Ella estaba cada vez más cerca, no lo estaba alucinando. Le sacó el cuaderno de las manos. Sintió la tensión en el aire. ¿Era solamente él? ¿Hacía calor?

-Gabi... ¿sabés qué?-. Él se quedó perplejo, con la boca entreabierta. Se sonrojó por sus pensamientos. ¿Se habría dado cuenta de que estaba caliente? ¿Qué no podía soportar más ver como las piernas se movían bajo el algodón, que se le iban los ojos al

escote, que tenía ganas de verla desnuda? ¿Notaba la erección que había escondido el cuaderno?

-¿Qué?-, le dijo. Entonces los ojos se acercaron como los faroles de un auto que va a atropellar a un animalito inocente en una carretera y él se quedó inmóvil. Ella se acercó hasta quedar a dos centímetros de su boca. Él apoyó sus labios contra los suyos. Ella lo besó con fuerza, hasta que Gabriel cayó acostado boca arriba sobre el sofá. Ella era una locomotora y venía a matarlo, a terminar con él. De repente sus muslos lo rodeaban y sentía el calor de su cuerpo contra su entrepierna. Qué caliente que estaba. Hicieron el amor salvajemente, arrancando la ropa con violencia, como si hubieran estado guardando las ganas durante años.

Una hora más tarde, el corpiño todavía estaba en el suelo. Su espalda brillaba a la luz del sol mientras él la acariciaba, y en su cintura había quedado el vestido, cubriendo apenas la mitad su cola desnuda. Así le gustaba más. Él la miró mientras se dormía y pensó que ella era mucho más linda sin toda esa ropa puesta. Como debía, como una ninfa.

8

Brenda dormía a su lado plácidamente, mientras la presión del estudio viajaba por un túnel para esconderse en la parte de su cerebro a la que no le importaba ni tenía ganas de pensar en sus responsabilidades. Tenía demasiado en qué pensar: Finalmente se había acostado con ella. Ahora que ya había sucedido, podía admitir que la había deseado desde el primer momento, aunque lo reprimiera, aunque lo negara. Sus miradas, sus comentarios, los roces, las preguntas... eran reales.

Todo ese tiempo, Brenda había sido una muñeca en una caja de cristal a la que sólo podía adorar desde fuera, como observan los niños a través de la vidriera de una juguetería, aquel juguete tan caro que saben que nunca tendrán. Ahora estaba dentro de su cajita de cristal, y ella era tan cálida... la fragancia de su perfume no lo estaba dejando pensar con claridad, lo incitaba a quedarse a su lado perdiendo toda noción del tiempo.

Pero ella despertó para salvarlo de su ensueño. Se levantó del sofá rápidamente, se vistió sin decir una sola palabra y se encerró en el baño. Gabriel se estaba terminando de vestir, resignado a volver al mundo real, cuando ella salió del baño bostezando, y dijo que estaba muy cansada y necesitaba irse a dormir.

-Está bien, yo debería irme ya...- Gabriel se acercó a ella y la besó tiernamente. -Que descanses-. Ella cerró la puerta tras él, aún sin decir nada, dejando a Gabriel en el

medio del silencio de la noche, con algo que no sabía bien qué era zumbando dentro de su cuerpo.

Al día siguiente, la vio en la facultad. No estaba seguro de qué iba a pasar después, pero sí creía saber hacia dónde se dirigía. Ella actuaba igual que siempre, como si no hubiera pasado nada. Durante la clase, ella se sentó un par de filas delante suyo, con un par de compañeras. Él no pudo concentrarse en tomar apuntes. Se sentía nervioso. *“Nervioso, ¿yo? Siempre son ellas las que se ponen nerviosas, epa, Gabriel, ¿qué te está pasando? Tranquilo, tranquilo... si la pones de nuevo, la pones de nuevo, y si no, todo bien. Se la pusiste, no hay muchos que puedan decir eso.”* Se le dibujó una muequita de orgullo en la boca. Como si ella leyera sus pensamientos, se dio vuelta y lo miró fijamente. Él se sobresaltó y la saludó levantando un poco la mano. Ella sonrió y volvió la cabeza. Gabriel sintió que el calor subía a la cabeza y se sonrojaba. *“Parezco una colegiala enamorada, me falta dibujar corazones al costadito de la hoja. Pelotudo.”*

Al terminar la clase, prendió un cigarrillo y miró al otro lado, en un acto desesperado de recuperar el control sobre sí mismo. Brenda se acercó, lo saludó con un beso en el cachete y mordiéndose los labios rojos le preguntó: -¿Querés repasar lo de ayer de nuevo?-.

Gabriel exhaló el humo rápidamente y tosió un poco. Asintió con la cabeza, sonriendo incontinentemente. Se fueron caminando hasta su casa. *“Lo bueno de Brenda es que tengo de qué hablar. Tenemos cosas en común... intereses... gustos...”*, pensaba mientras ella hablaba de algo de lo cual él no tenía idea, pero asentía con la cabeza. Ni siquiera estando con ella podía dejar de pensar en ella. Eso era un grave problema. Llegaron al departamento, dejaron las mochilas en una silla y Brenda no dijo una sola palabra más. Era como si en la calle fuera una actriz interpretando un papel, y a partir del momento de cruzar la puerta, dejara de actuar. O al revés. Simplemente se paró frente a él y se sacó la ropa lentamente mirándolo a los ojos, haciendo que él cayera en sus brazos.

9

“Serás una amante en mi cama y una pistola en mi cabeza”, cantaba Billy Corgan de The Smashing Pumpkins en sus oídos mientras volvía a casa caminando por la avenida casi desierta.

Hubiera jurado que aquella última despedida había marcado el momento en que se había enamorado de Brenda, aunque hubiera sido muy apresurado decirlo. Sonrió mientras plasmaba en su memoria su silueta apoyada en el marco de la puerta, con una sonrisa radiante, saludándolo con la mano y vestida sólo con un pijama a rayas rosa y blanco y unas pantuflas en forma de conejo.

Quizás fue ese el momento en que se llenó el vacío. Cuando estar solo dejó de convertirse en soledad, llenando de un mismo aroma todos los espacios, los tiempos, las cosas.

Todo había empezado repentinamente. Durante las primeras semanas, Brenda lo había invitado a “repasar” siempre que podía. Y él no se podía negar. Pasaban el resto de la tarde cogiendo, y a veces él se quedaba a dormir. No había cuestionamientos, porque Brenda, de puertas para adentro, era de pocas palabras. Gabriel no estaba seguro de cuál de las dos era la verdadera, o si así era ella en realidad.

Desde que él había entrado en su mundo, no había querido salir. Ni siquiera sentía deseos de acostarse con otras mujeres. Y eso le daba miedo, mucho miedo. Eran cosas que no sentía hacía años. El deseo de serle fiel, de abrazarla después de coger, y lo nervioso que se ponía cada vez que la veía, como si no la conociera desde antes, como si tuviera miedo de abrir los ojos y despertar de lo que parecía ser un sueño.

Sentía que iba a mil por hora, y le encantaba la sensación de tener los pies flotando sobre el suelo como aquella noche, admirando la belleza de las estrellas en el cielo, soñando despierto con tener el futuro a un paso de distancia, con la esperanza de que las cosas finalmente estaban cambiando, y que el vacío estaba llenándose de nuevo. Pero a la vez, no creía que fuese seguro ir a tanta velocidad, sentir *tanto* sin correr el riesgo de estrellarse y romperse en mil pedazos.

Un bocinazo lo llamó a la realidad de nuevo y tuvo que correr para que no lo atropellara. La recordó de nuevo, metida en su pijama, con los ojos brillosos, su perfume, su boca.

“Estoy al horno”, pensó.

10

Agustín siempre le preguntaba si se iba a lo de su “novia”, aunque él le decía que no lo era. Y es que aunque de vez en cuando salían juntos, comían juntos, miraban películas juntos, se besaban, se abrazaban, se decían que se querían, se hacían regalitos... no eran novios. Eran novios sin serlo. Ella no lo presionaba para nada serio. Ella *seguía* sin hablarle de nada serio. Muchas veces, la llamaba y ella no contestaba. Muchas veces, él la acariciaba hasta que se dormía, pero ella jamás hacía lo mismo. Gabriel estaba siempre dispuesto a ayudarla para lo que necesitara, aunque no le pidiera nada a cambio, aunque lo deseara con toda su alma. Finalmente, después de seis meses de

lucha interna, se admitió a sí mismo que se había enamorado. *“Y ya que estamos en el baile, vamos a bailar... y que sea lo que el de arriba quiera.”*

Él se sentía feliz la mayor parte del tiempo, pero su inestabilidad lo frustraba. Las mujeres siempre lo habían apurado y casi obligado a tener una relación seria... pero Brenda era diferente. Ella podía, tranquilamente, no llamarlo por una semana entera (lo cual a él le parecía una eternidad, porque quería verla todos los días). Había dejado de cursar las dos materias que tenían en común así que ya casi no se cruzaban en la facultad. Era una relación soñada, sin compromisos, pero con todo lo bueno que podía tener una relación. Libertad... tranquilidad... Sin embargo a Gabriel la situación estaba empezando a molestarle. Había empezado a sentir celos irracionales. Había empezado a observar la forma en que ella se comportaba con otros chicos... inclusive un par de veces, le había revisado el celular mientras ella se bañaba. Nunca descubría nada, pero había algo que no le cerraba de ella y estaba dispuesto a averiguar por qué.

¿Cuánto tiempo más necesitaba ella para darse cuenta de que él era lo que ella buscaba, y viceversa? ¿Era necesario decirlo? ¿Cuándo iba a cambiar su forma de pensar? Claro que, también tenía que tener cuidado; ella había salido muy lastimada de su última relación, y no había pasado demasiado tiempo desde la separación. Cuando hablaba de su ex, él notaba cierta melancolía y tristeza en su voz. También sospechaba que seguían viéndose de vez en cuando... y eso lo llenaba de rabia e impotencia.

Por suerte, la época de parciales en la facultad había terminado (Marcos como de costumbre, había desaprobado la mayoría, y los demás habían aprobado, pero por un pelo) y llegaron las vacaciones de invierno. Gabriel se tomó la libertad de imaginar todas las cosas que podía hacer con Brenda con todo ese tiempo libre. Claro que todavía tenía que trabajar seis horas durante la tarde, pero podía disfrutar de toda la noche y toda la mañana con la ninfa. Pensó que, al tener tiempo libre, todo iba a cambiar. Que prácticamente, iba a vivir con ella durante esas dos semanas... y entonces ella no vería más a su ex o a quien fuera, y finalmente él no tendría que preocuparse más por eso. Sin embargo, ella se comportó como siempre... por momentos cálida, y otras veces no sabía ni siquiera en dónde estaba.

En vez de sentirse libre, contento y vivir el momento, (y tal vez por el exceso de tiempo libre) empezó a cuestionarse qué estaba pasando: vivir el momento no le estaba sirviendo demasiado, porque se pasaba el resto del tiempo pensando en lo que iba a pasar después. Lo que más le molestaba a Gabriel no era solamente que ella pudiera estar con quien quisiera, sino que aunque él podía hacer lo mismo, no quería. Quería estar con ella y con nadie más. Entonces ¿por qué ella no sentía lo mismo? ¿Por qué tenía que coquetear con todos? De repente un sábado que ella no lo llamara ya lo hacía sentir miserable. Pensar que estaba cogiendo con otro, sobre todo si era su ex, le revolvió el estómago de la bronca. Las cosas ya no estaban tan bien como estaban,

pero Gabriel creía que aunque ella no estuviera enamorada de él, no significaba que no pudiera enamorarse en un futuro. Sabía que Brenda sentía algo por él, aunque estuviera confundida. Sabía que apurarla era arriesgarse a perderla.

11

No le sorprendió cuando finalmente ella atendió el teléfono, a las nueve de la noche, algo agitada y molesta.

-Hola, Gabi. ¿Cómo estás?-.

-Bien... ¿vos?-, dijo él, intentando escuchar más allá de su voz. Se estaba volviendo paranoico.

-Bien... perdoname que no te contesté. Me fui a casa, a Pilar, ¿sabes? Estoy acá con mi familia, me voy a quedar hasta la semana que viene.

“Si, estás con tu familia. Pero fuiste a ver a tu ex. ¿Por qué no me lo decís de una vez?”, pensó.

-¿Hasta la semana que viene? Osea que pasas todas las vacaciones allá....- dijo Gabriel, más para sí mismo que para ella.

-Sí...- contestó ella. Aparentemente no tenía más nada que agregar.

-Bueno... nos vemos la semana que viene entonces... besos-, dijo él, y cortó.

12

-¿Estás listo, papá?-, dijo Agustín mientras se peinaba. Tenía una manía con el pelo. Gabriel simplemente se despeinaba, y ese era su peinado.

Gabriel agarró la billetera y las llaves que estaban sobre la mesa del departamento y le hizo un gesto hacia la puerta.

Era una noche de viernes más en la ciudad y todos querían salir a divertirse. Gabriel solamente tenía ganas de estar con Brenda (creyó que el enojo se le había pasado ni bien ella le dio un gran abrazo al ver que él la había pasado a buscar por la estación), pero se sentía un poco irritado. Brenda había invitado al resto de los chicos de la facultad, y Agustín se había prendido a último momento. Gracias a Dios, Lucía- con quien increíblemente seguía saliendo-, no podía ir (se habían visto unas cuantas veces después de lo de Florencia, y había comprobado que ella no tenía ningún problema en mirarlo con cara de culo toda la noche, de parte de su amiga).

Llegaron a La Cueva a eso de las once y veinte. Juntaron dos mesas porque eran muchos y pidieron cervezas. Brenda se sentó frente a Gabriel, aunque él le había guardado un lugar a su lado. El resto del grupo aún no sabía nada sobre ellos, querían mantenerlo en secreto para evitar las bromas, las metidas de pata... pero sobre todo, el compromiso. La gente empieza a pedir casamiento e hijos ni bien se entera que dos personas se gustan, como si siempre tuviera que ser así, *“¿y por qué no puede ser así?”*. Oh sí, estaba enojado todavía.

Brenda lo miraba insinuante por momentos, apoyando el mentón sobre los dedos entrelazados y los codos apoyados en la mesa. Gabriel quería llevarla al baño y desnudarla ahí mismo. Cogerla con odio. Estaba seguro de que había llegado cubierta del semen de su ex. Por eso la urgencia de bañarse.

-¡Por el rock!-, gritó Marcos alzando el vaso cuando terminó de tocar Siniestros y los aplausos inundaron el bar.

-¡Por el culo de Brenda!-, dijo Marcos, ya borracho. Brenda se rió moviendo la cola de un lado al otro, y Gabriel sintió ganas de acogotarlo- no por el chiste, si no por la reacción de ella- pero se contuvo.

-¡Por los amigos!-, dijo Agustín, e hicieron tintinear los vasos varias veces, entre risas. Sus sospechas de que Marcos y Agustín se podían llevar muy bien, se confirmaron. Poco tiempo después hablaban de fútbol animadamente y chocaban los vasos como si fueran viejos amigos.

Gabriel no tenía ganas de hablar. Se concentró en tomar todo lo que podía para adormecer la furia que venía conteniendo. Miró a Brenda por un largo rato, mientras ella bromeaba con los chicos. El disimulo le salía bastante bien, parecía que no le importaba ni un poquito. ¿Y por qué le molestaba? No tenía por qué sentir nada... él... bueno, él era sólo un *amigo*. Ella le tocaba el pelo a Marcos, lo enrulaba en uno de sus dedos, como si nada. Como si... como si Marcos tuviera derecho a eso. Cuando los chicos de la banda pasaron cerca de la mesa, ella los miró y les sonrió. Después cuchicheó algo con Victoria y se rieron.

“Está como si... está coqueteando, seduciendo. A todos. ¡A todos! ¿Y yo qué hago acá? No aguanto más esto, ¿por qué no querés ser mía?...”. No sabía si sus celos eran justificados, pero ahora sentía la carga, ahora sentía lo pesada que era esa caja de cristal, lo difícil que era mantenerla ahí adentro, porque ella era un animal salvaje que quería andar suelto.

Brenda seguía cruzando y descruzando sus piernas, mojando sus labios gruesos, echando miraditas pícaras aquí y allá. No se dio cuenta de lo callado que estaba Gabriel y de la expresión de tristeza en su cara hasta que lo vio levantarse de la mesa.

-¿A dónde vas?-, le preguntó ella, interceptándolo. Los chicos estaban entretenidos mirando cómo Marcos se ponía dos sorbetes en las fosas nasales y aspiraba cerveza con ellos.

-¿Te importa si me voy?-, dijo Gabriel, en voz baja.

-¿QUÉ?-, dijo ella. No lo había escuchado, la música estaba demasiado fuerte.

-Me voy a casa... -, respondió.

-¿Ya? ¿No querés esperar hasta que se vayan los demás y...?-. Jamás había rechazado ninguna de sus invitaciones, coger con ella era increíble. Lo dudó por un momento, pero estaba demasiado borracho y confundido. Tenía miedo de largarse a llorar como una nena y pedirle de rodillas que lo quisiera. *“Quereme, yo te quiero, yo te quiero y vos no me querés... vos sos el hombre y yo la mujer, cambiamos el papel, yo quiero que me ames, estoy enamorado, me enferma que le toques el pelo, quiero matarlo, sos mía, mía...”*

Gabriel negó con la cabeza y se fue sin saludar a nadie. Los chicos estaban tan borrachos que ni se dieron cuenta de su ausencia hasta mucho más tarde.

Sus ojos explotaron cuando salió de La Cueva y casi tropezó con una chica que estaba en el mismo estado que él y subió torpemente al taxi que se iba a tomar. ¿A quién intentaba engañar? Se había enamorado de Brenda, las cosas habían ido demasiado lejos y ya no podía volver. El presente estaba bien, pero podía ser mucho mejor si ella se daba cuenta de cuánto la quería. Se lo había dicho varias veces, y ella había respondido “yo también”. A veces sentía que solamente se lo decía para quedar bien, o para no hacerlo sentir mal. Las cosas habían sido muy repentinas; un día eran compañeros, amigos de la facultad, y al otro día eran... algo. Quizás él no se había enamorado antes porque no le había prestado suficiente atención. O porque nunca había visto su lado salvaje, ni lo fácil que era estar con ella. Pero eso ahora no importaba. Él se había confundido, se había enamorado y se lo había negado a sí mismo.

¿Podía enamorarse de él algún día? No lo sabía, no podía estar seguro de nada. El corazón le latía violento bajo la campera negra. Caminaba rápido con la cabeza inclinada hacia abajo, con las manos en los bolsillos, pensando, intentando contener lágrimas que no le hacían caso. Estaba furioso. Por el coqueteo de ella, por las miradas que Agustín le había echado a su escote, por el toqueteo con Marcos, por la miradita a los músicos. Porque se sintió usado y tirado. Porque la amaba.

13

El día estaba horrible. Una densa capa gris cubría el cielo y el viento congelado agitaba las copas de los árboles. El noticiero anunciaba que había probabilidades de que cayera aguanieve si la temperatura descendía un par de grados más. Gabriel miraba por la ventana del departamento de Brenda mientras ella traía dos cafés con leche. Él había ido a hablar seriamente con ella sobre sus sentimientos, su futuro... pero en vez de eso, habían terminado haciéndolo, como siempre. No sabía cómo decirle que en los últimos meses se había sentido más vivo que hacía mucho tiempo. No sabía cómo hacerle entender que no quería que nadie la toque ni la mire excepto él, sin quedar como un psicópata. Mientras la observaba mirando la televisión y soplando el café con la taza entre las dos manos, no pudo soportar más.

-Gorda...-, dijo con un hilo de voz. Ella lo miró sin dejar de soplar el café. Él murió de ternura y sonrió.

-¿Me querés?-, le preguntó tímidamente, enrulando uno de sus largos bucles castaños en su mano derecha.

-Claro que te quiero, idiota-, dijo ella riéndose un poquito.

-No, vos no me querés-. Ella pareció intrigada, dejó el café sobre la mesa y lo miró, esperando la respuesta a una pregunta que no sabía formular. Gabriel hizo una pausa.

-...Lo suficiente-, agregó, como si eso aclarase las cosas.

-No entiendo... ¿a qué querés llegar, Gabi?-, dijo Brenda.

-Osea, nunca me vas a querer más que esto, ¿no?-, dijo Gabriel. Bajó la vista y tomó un sorbo de la taza. Ella seguía mirándolo sin entender. -¿Qué somos? ¿Qué es esto?-, preguntó repentinamente indignado.

-¿Qué somos? Vos y yo. ¿Qué importa? Los títulos son para lo demás, ya hablamos de esto, Gabi...-, dijo ella algo molesta. Se produjo un silencio incómodo.

-No me importa el título, quiero saber qué estamos haciendo...- dijo Gabriel.

-Está bien. Somos amantes. ¿No es un título eso?-, dijo Brenda riéndose. Sin embargo se notaba su incomodidad con el tema de conversación.

-Está bien... no puedo seguir así, Brenda-. Estaba aterrorizado porque sabía que todo el sueño se estaba derrumbando. Sí podía seguir así, podía mucho más, pero el sueño ya se estaba convirtiendo en pesadilla de todas maneras.

-¿Así cómo?-.

-Así. Yo te veo y... no sé... no quiero que nadie te toque, ¿entendés? No quiero que me hables de tu ex. Me puse como loco el otro día en La Cueva, le tocabas el pelo a Marcos y...-

-Te pusiste celoso-, lo interrumpió ella. -Me pareció...-

-Sí-, dijo avergonzado. Ella se quedó callada. El viento golpeaba contra la ventana y en la televisión había una pareja feliz contrastando con la situación de ellos: cada uno a un extremo del sofá, tomando un café que parecía no terminarse nunca.

-Me pareció que te había pasado algo, pero no pensé que fuera eso-, dijo Brenda finalmente.

-Me di cuenta de un montón de cosas, Brenda... me cayeron las fichas... yo estoy con vos, pero vos no estás conmigo... y por momentos soy muy feliz, pero a veces me haces sentir tan solo que... no sé-, dijo Gabriel.

-Ya sé... te entiendo... Gabi, no es un buen momento. Sabes que me acabo de separar de Nahuel y que todavía...-

-Todavía estás enamorada de él-, continuó él.

-No... sí... no sé... siento que en este momento no puedo, ¿me entendés?-.

-Sí... está bien. Ya fue. Son celos nada más, no sé qué me pasa-, contestó él.

Pero sabía exactamente lo que le pasaba. También sabía que lo que estaba haciendo estaba mal, y que esa conversación tendría que haber sido el final de su no-relación con Brenda. Pero la amaba... en el fondo, muy en el fondo, tenía esperanzas de que con la ayuda del tiempo y un poco de suerte, ella sintiera lo mismo por él. Algún día.

Fue como un viento, o una luz cegadora apuntando directamente a sus ojos, cuando se dio cuenta.

Gabriel estaba sentado en el comedor dibujando unos borradores para el trabajo práctico que debía entregar en la facultad dentro de dos días y que recién había empezado. Debía crear una silla para bebés útil, liviana e innovadora, pero a la vez segura. Sentada a su lado observándolo con sus ojos de vidrio azules, estaba la muñeca más realista que había conseguido. Cuando la bebotita empezó a llorar en el momento en que la tomó del cuarto de su hermana allá en la casa de sus padres, se pegó un susto bárbaro. Después de eso la llevó cuidadosamente sentada en su regazo durante todo el viaje en colectivo; prefería que la gente lo observara por unos segundos con desconcierto pensando que estaba loco antes de que el juguete empezara a chillar y absolutamente todos se dieran cuenta. Lamentó no haberla metido en una bolsa, o una mochila. Imaginó qué pensaría él si viera un tipo con un bebé de juguete en el colectivo y se rió por dentro. Simplemente tenía la cabeza en otro lado desde la conversación con Brenda, y por esa misma razón había ido a buscar inspiración para poder crear y concentrarse. Pero a pesar de la vergüenza que había pasado, *Fiorela* (así le había puesto su hermana a la bebotita) no lo ayudaba, de hecho, lo estaba irritando. Estiró el brazo y le tapó la cabeza con una gorra negra.

La voz de pito de Lucía no lo dejaba concentrar. Agustín estaba junto a ella en la cocina, riendo y conversando mientras cocinaban tortas fritas. Al final, él había buscado algo pasajero pero había encontrado una novia. *"Y yo busqué una novia y encontré... algo pasajero..."*, pensó Gabriel.

Tenía que concentrarse. Si no lo lograba, no iba a poder dormir más que un par de horas hasta la entrega del trabajo. Generalmente, las ideas venían con facilidad y no tenía problemas para lograr una buena presentación en poco tiempo, pero ahora se sentía bloqueado. El lápiz daba vueltas sobre el papel en blanco haciendo garabatos. Cuando lograba empezar a dibujar, inmediatamente lo tachaba. Necesitaba una buena nota para repuntar: el profesor lo tenía de punto después de haber reprobado el último examen oral sorpresa. Su mente volvía a Brenda.

Las risitas habían parado. Gabriel miró hacia la puerta de la cocina de nuevo. Agustín besaba a su nueva novia dulcemente. Todo había pasado muy rápida y naturalmente para ellos dos. Se habían conocido por medio del primo de él, habían salido unas cuantas veces, ella lo invitaba a su casa, él disfrutaba de su compañía... luego empezaron a acompañarse a todas partes, tomar mate todos los días, y ahí estaban hoy: haciendo tortas fritas juntos. No necesitaron analizarlo demasiado. No hubo histeriqueos, ni idas y vueltas, ni sufrimientos. Ella al parecer era mucho más cálida de

lo que Gabriel había pensado. Agustín se notaba cada vez más contento y con menos ganas de salir de joda. De repente un día eran novios, y estaban felices. *“Cuando se tiene que dar, se da... sin vueltas... fluye, no hay obstáculos, no importa cómo, ni dónde, ni cuándo, ni por qué, pasa...”*, pensó.

Entonces se dio cuenta. Su relación con Brenda no estaba fluyendo como él pensaba. Tomárselo con calma y esperar que el tiempo hiciera lo suyo tampoco iba a resultar como él quería. Cuando dos personas están destinadas a estar juntas, no necesitan tiempo para saber que es así; no hacen falta palabras para entender que uno quiere estar solamente con el otro y viceversa. Es natural, como un río sigue su curso o como cambian las estaciones. *“Debería ser fácil...”*, pensó Gabriel.

Fue ese el momento en que lo entendió. *“Fácil”*, esa era la palabra clave que no había tenido en cuenta. Él estaba luchando contra la corriente de un río que inevitablemente lo iba a llevar por otro camino, quisiera o no. Podía seguir nadando hasta agotar las fuerzas que le quedaban y rendirse; o aceptar su destino, subirse al botecito y recostarse a mirar el cielo y soñar.

Estaba mordisqueando el lápiz con la mirada perdida y la cabeza apoyada en una mano cuando se dio cuenta que Lucía lo miraba despectivamente mientras le ponía azúcar a las tortas fritas. ¡Qué mina más rencorosa! ¿Cuándo lo iba a perdonar por no enamorarse de su amiga? Se enderezó. De repente se sintió mejor. Ya no había vueltas que darle al asunto, ya no servía pensar, ni nadar. Quería navegar en el botecito del destino, por más que le doliera sentir la distancia crecer entre Brenda y él. Todavía no entendía cómo era posible que algún día pudiera olvidarla, pero sí comprendió que ella no era para él. *“Porque no es fácil”*.

Sintió el impulso de llamarla. Agarró el celular, y esperó. Brenda *siempre* atendía el teléfono, siempre que estuviera desocupada. Inclusive lo atendía en la facultad, y se lo llevaba al baño mientras se bañaba. *Corría* a atender o devolvía el llamado enseguida. Era bastante obsesiva con eso. Había sólo dos razones por las cuales ella dejaba el celular sonar: o bien, porque no quería hablar con la persona que la llamaba... o estaba cogiendo. Lo había comprobado con sus propios ojos, cientos de veces. Después de todo, la conocía lo suficiente como para saber que mientras estaba en la cama, era el único momento en que el celular no le importaba. Finalmente lo atendió el contestador.

Agustín y Lucía decidieron irse de picnic, no sin antes dejarle algunas tortas fritas para él solo. Después de todo, tal vez Lucía no lo odiaba tanto como pensaba: seguramente Agustín se estaba ocupando de eso.

Su cabeza parecía haber vomitado todo lo que necesitaba pensar, analizar, y razonar; al menos por el momento. Logró terminar la presentación a tiempo, y aunque el profesor lo había mirado con desaprobación al ver su diseño, la nota que le dio al trabajo indicó lo contrario: tenía un 9.

Ese mismo día había visto a Brenda por primera vez desde la última conversación. Aunque habían estado ocupados con la facultad, ambos sabían que no se habían visto en ese último fin de semana porque ninguno de los dos quería. La observó por la ventana del aula. Ella se mostraba indiferente, sentada en la tercera fila en una clase que jamás le había interesado. A la salida, Gabriel se quedó observando la gente pasar mientras fumaba un cigarrillo. Pensaba en cómo decirle –si es que necesitaba explicar algo más- que necesitaba alejarse de ella. No importaba cuál fuera la razón por la cual ella a veces se escapaba de él, había tomado una decisión. Brenda se acercaba en ese mismo instante, seguida de Victoria.

-Hey, ¿cómo te fue en la presentación, Gabi?-.

-Bien. Un nueve.-, contestó él, sin mirarla.

-¡No! Te voy a matar, nene, ¡yo empecé a prepararlo hace dos semanas y me saqué un seis nada más!-, dijo Victoria, alegre como siempre. Gabriel la miró y le dedicó una mueca, encogiendo los hombros. Luego pensó en cómo sería coger con ella, y cómo se sentiría Brenda al enterarse.

-Nos vamos a casa a tomar mate, ¿venís?-, dijo Brenda, tocándole el brazo izquierdo. Gabriel tiró el cigarrillo al suelo y lo pisó.

-No... me tengo que ir-, contestó.

-Ah... bueno... nos vemos, entonces... -dijo Brenda, dándole un beso en la mejilla. Se notaba en su voz que estaba ofendida.

Por su cabeza pasaron miles de ideas para retractarse. *“Ah, no, no me tengo que ir, me confundí de día”* o *“bueno, me puedo quedar un ratito”*, pero guardó las palabras en la garganta. Moría por estar con Brenda, aunque ahora entendía que no importaba cuánto tiempo le dedicara: sus sentimientos hacia él nunca iban a cambiar. Pensar en lo confusas que habían sido sus respuestas cuando él había intentado aclarar en qué dirección iba la relación, le dio bronca. Tampoco le había importado demasiado lo que

él sentía: lo había invitado a la casa, de nuevo. También podría suponerse que quería hablar sobre el tema, pero Gabriel no quería hacerse más ilusiones. Prefirió hacer cualquier otra cosa que seguir gastando su tiempo en ella. Entre el amor y el odio hay una fina línea y Gabriel estaba parado sobre ella.

16

Gabriel dio un portazo al entrar al departamento, sobresaltando a Agustín, que se encontraba –por una vez en la vida- estudiando en la cocina. Vio los ojos inyectados de lágrimas, el cabello más despeinado que de costumbre, y la boca contraída en una mueca de furia. Sintió miedo, ya que nunca lo había visto en ese estado, Gabriel era un tipo muy centrado y tranquilo la mayor parte del tiempo. Finalmente se animó a hablarle asomándose desde el marco de la puerta de la cocina, por si acaso se le antojaba revolearle algún objeto.

-¿Qué pasó?-, preguntó Agustín.

-Nada-, contestó con la voz quebrada, mientras revolvía la habitación en busca de algo, o tal vez en busca de sí mismo.

-Dale... tranquilízate...-, insistió Agustín. Gabriel respiró hondo, se rascó la cabeza y se desplomó en el sillón con los ojos enterrados en las manos. Su amigo esperó pacientemente y a una distancia prudente, hasta que finalmente Gabriel descubrió los ojos celestes y el rostro pálido. Se veía peor que nunca.

-Fui a buscarla... para decirle...-

-Ajá, seguí. ¿Discutieron?-, preguntó Agustín.

-No. Fui a decirle que no puedo... que no me llame, que basta...-, dijo Gabriel haciendo un gran esfuerzo por mantener la compostura.

-Está bien, es lo que tenías que hacer. Te estaba matando esto-.

-Estaba con otro-, dijo Gabriel, apretando la mandíbula bien fuerte y limpiándose la punta de la nariz con la manga del buzo verde oscuro. Agustín esperó hasta encontrar las palabras adecuadas. ¿Qué podía decirle para hacerlo sentir mejor? Después de muchos años, se había vuelto a enamorar, y no sólo resultó que la mina no sentía lo mismo, sino que ya se había conseguido otro para reemplazarlo, como si fuera un par de calzones.

-Bueno... es una mierda, ya sé. Pero eso te demuestra que esto no iba más. Ahora a seguir adelante, papá-, dijo Agustín, dándole una palmadita en el hombro a su amigo mientras se levantaba para ir a buscar una botella.

Gabriel sentía náuseas. Creía haber dado una piña a la pared con la mano derecha al salir del departamento de Brenda, y recién ahora se daba cuenta que los nudillos le estaban sangrando y los dedos le temblaban. Sentía que se los había roto y que la mano le estaba por estallar del dolor.

-Los escuché, ¿entendés? Me paré frente a la puerta...-Ahora se estaba frotando los nudillos contra los pantalones sin darse cuenta.-estaban cogiendo, la puta de mierda estaba cogiendo, como siempre...- Agustín agarró a su amigo del brazo derecho para que dejara de llenar de sangre su ropa. Estaba completamente fuera de sí.

17

Odiarla se hacía muchísimo más fácil que intentar olvidarla, o aceptar que otra vez se había equivocado. Odiarla era mejor que sentir lástima por sí mismo, mejor que llorar porque ella no lo amaba, mejor que recordar sus gemidos e imaginarla con otro, mejor que cualquier cosa. Y se sentía mejor.

El odio mismo lo llevó a salir con Agustín el sábado a la noche y emborracharse hasta el punto de no recordar casi nada de lo que había hecho. Tenía vagos recuerdos de varios shots de tequila, muchísima gente, la vibración de los parlantes subiendo por su cuerpo y la imagen de su amigo sacando a bailar a dos chicas, una para cada uno. Agustín había engañado a Lucía esa noche, a pesar de lo enamorado que parecía. Recordaba haber pensado que la gente que no estaba sola en realidad estaba más sola que él mismo. Gabriel bailó con la amiga de la petiza que había agarrado su amigo; y unas horas más tarde estaba en un albergue transitorio con ella. No recordaba mucho más que sus labios gruesos de color carmín, y unas caderas anchas. Seguramente su performance no había sido buena. Las lagunas mentales no permitían enlazar los hechos ni mucho menos describir los detalles; pero allí estaba, acostado al lado de una mujer desnuda y dormida, con la luz anaranjada de la calle bañando la habitación desconocida. La misma luz que tan mágica le había parecido aquel día que la había visto a ella, tan radiante en su pijama a rayas y sus pantuflas de conejo. Había pensado en Brenda todo el tiempo; de eso estaba seguro.

Se escapó de la habitación sin despedirse, pagó, y regresó a casa en taxi, apenas consciente de lo que hacía y a dónde iba. Lo único que entendía era que lo que debía divertirlo no lo divertía.

18

Gabriel miraba televisión sin prestarle atención recostado en el sofá del living, con una botella de vodka en una mano y un cigarrillo en la otra. Ya no sentía deseos de hacer otra cosa que autodestruirse, y pensar... tenía que pensar. Otra noche de sexo borracho con una desconocida no iba a hacer que las cosas mejoraran. Ninguna podía hacerlo sentir mejor, ninguna podía lograr llenar el vacío. Si había algo en lo que Brenda se diferenciaba en las demás era en ser capaz de apagar la parte de su cerebro que le recordaba lo solo que estaba. Brenda lograba lo opuesto a las demás: lo hacía sentir bien. *“Ya no me hace sentir bien”*, pensó Gabriel amargamente. ¿Y qué puede hacerse una vez que lo único que te hacía sentir bien empieza a crear el efecto contrario? Gabriel no pensó tener demasiadas opciones: 1. Seguir lamentándose encerrado en su cuarto o, 2. Acostarse con quien pudiera hasta olvidarse de ese cuerpo.

Tomó el último trago que quedaba en la botella de vodka y la dejó rodar por el suelo frío de baldosas. En el cenicero habían tantos cigarrillos que el departamento estaba apestado. Se quedó parado en el medio de la habitación con los ojos desorbitados, el pelo revuelto y la camisa a cuadros arrugada, observando la botella, los cigarrillos, el paquete de papas fritas abierto, la ropa tirada. La voz de su madre sonó clara en su cabeza: *“Nunca hagas lo que no te gustaría que te hagan a vos, Gabi. No seas como ellos... no tenes que ser como nadie, tenes que buscar lo que VOS querés.”*

Imaginó que sus neuronas finalmente estaban absorbiendo todo el alcohol que había ingerido. Un suave dolor de cabeza se apoderó de él y sintió que se iba de sí mismo. Se acostó y se empezó a adormecer.

Gabriel tomó un cuaderno con manos temblorosas y comenzó a escribir lentamente. Sabía que una vez que pasaran los efectos del alcohol no se entendería la letra ni mucho menos recordaría los pensamientos que había tenido. Quería *querer*, quería todas esas cosas más que nada en el mundo. Si era necesario volver a pasar por momentos de mierda como ese mil veces más antes de que llegara ELLA, entonces al final todo valdría la pena. Solamente tenía que *creer*... o reventar.

Escribió “creer o reventar” y se quedó dormido con la televisión prendida y la boca abierta.

Ya habían pasado cinco días enteros de verlo autodestruyéndose cuando Agustín se cansó de ver el mismo espectáculo deprimente.

-Vestite. Vamos a salir-, le dijo a Gabriel, o lo que quedaba de él. Estaba en calzoncillos, rodeado de basura, mirando el Discovery Channel. Tal cual lo había encontrado después de su crisis, aunque pareciendo diez años mayor.

Gabriel no pareció escuchar nada. Tenía la boca semi abierta y los ojos entrecerrados. *“Este está fumado de nuevo”*, pensó.

-Dale, levántate y vestite que salimos, papá-, le dijo, tirándole una zapatilla encima. Era su forma de expresar cariño sin quedar gay.

-No me rompas las pelotas-, contestó Gabriel en voz baja. Se revolvió el pelo y se pasó la mano grasienta por toda la cara, como intentando borrar su expresión. Después se rascó los huevos por encima del calzoncillo celeste desteñido y con un par de agujeros.

-Me das lástima, dale que te saco a pasear, vamos de putas-, dijo Agustín riéndose. Él no habría tenido problema en hacerlo, (aunque amaba a Lucía, ella no se la sabía chupar), pero sabía que a Gabriel las putas le daban asco. No sabía lo que se perdía.

-Dejame de romper los huevos, Agustín, la concha de tu madre-, gritó Gabriel, tirándole la zapatilla de vuelta, la cual aterrizó en las costillas de su amigo, quien pegó un grito de dolor.

-¡Aaaaah, hijo de puta! Está bien, pudrite acá solo. Y yo acá tratando de subirte el ánimo como un pelotudo, anda a cagar, forro-. Agustín se metió en su cuarto dando un portazo. Gabriel se sobresaltó.

Nunca, en año y medio de convivencia, habían tenido una discusión así. *“Pero tiene razón, soy un asco.”* Se olió las axilas. ¿Cuánto hacía que no se bañaba?... El Discovery Channel anunció que el próximo programa era “En Cámara Lenta”. *“Programa de mierda”*, pensó, y apagó el televisor. Revolvió la pila de ropa que había arrugada en el suelo. Agarró una remera, la olió y la volvió a tirar. Agarró otra, la olió: esta al menos no apestaba. Encontró unos pantalones y la hermana de la zapatilla voladora. Ahora necesitaba la campera. *“Veamos, la última vez que salí de casa fue...”*. Había sido al volver de la casa de Brenda. Al otro día había llamado al trabajo diciendo que tenía gripe. En una de esas, lo despedían, y le ahoraban tener que seguir haciendo ese trabajo de mierda.

“Putade mierda, todo esto es culpa tuya”. Corrió el sofá y encontró la campera detrás, en el suelo. La agarró, la sacudió un poco y se la puso. Pasó por el espejo y pensó que era una buena idea mirarse, por las dudas. Tenía la barba muy crecida y el pelo grasoso. *“Da igual. Quiere que salga, voy a salir”*. Agarró la billetera y las llaves, que

por suerte todavía estaban en sus bolsillos, y golpeó la puerta del cuarto de Agustín. No hubo respuesta. Golpeó de nuevo.

-Andate a la concha de tu madre, pelotudo-, se escuchó.

-Me encantaría, pero la concha de mi madre me expulsó hace 24 años y no pude volver más. Ojalá pudiera volver, yo siempre le dije, *“mamá, ¿puedo volver a tu útero? Vivir es demasiado difícil y no quiero crecer”*-. Silencio del otro lado. Generalmente sus estupideces lo hacían reír, pero esta vez no había funcionado.

-Dale, perdoname. Estoy cansado de mirar porno y me duele la mano de tocarme-.

Qué increíble, creía haber perdido la capacidad de hacer chistes o tener sentido del humor. Agustín abrió la puerta. Lo miró seriamente y finalmente sonrió. Se puso la campera que estaba en el perchero y le dijo guiñándole un ojo: -mañana no te vas a acordar de nada-. Gabriel asintió.

19

“Ya intenté creer. ¿Adiviná qué? No resultó. Voy a reventar”. Fue su último pensamiento sobrio. Más tarde estaría en la barra de algún bar, tomando shots de tequila con Agustín y dos chicas de escotes prominentes que se habían acercado a ellos después de la segunda ronda. Gabriel se sentía mejor, mucho mejor. Últimamente, estar sobrio era una tortura, pero no pasaba demasiado tiempo en ese estado.

-Nosotras vamos al baño, ¿nos esperan?-, dijo una de las chicas, agarrando del brazo a Gabriel.

-Obvio, hermosa-, le dijo él, guiñándole un ojo. Apenas podía articular las palabras y mantener los ojos enfocados. Las mujeres se fueron al baño juntas. *“¿Por qué siempre van juntas al baño?”*, pensó.

-¿“Obvio, hermosa”? ¿Desde cuando usas esa palabra? ¿Dónde está mi amigo y qué le hiciste?-, dijo Agustín, riéndose.

-Murió-, dijo Gabriel, revoleando un vaso con whisky y derramando un poco sobre sus pantalones. -No existe más. Lo maté-, dijo tomando un largo trago y haciendo una mueca después.

-Bueno, rescatate un poco con el whisky, que no quiero tener que arrastrarte hasta casa, viejo-, dijo Agustín. Sentía náuseas. Una chica pasó cerca de ellos y Gabriel la miró alevosamente de arriba abajo.

-Chau colorada qué linda que sos-, le dijo, medio gangoso. Se secó la boca con la manga de la campera y eructó. Su amigo se reía.

-¿Qué te reiiii...?- preguntó Gabriel. Las chicas acababan de volver del baño. Gabriel rodeó con los brazos a ambas y dijo:

-Hola de nuevo, herrrrrrmosas. ¿Qué les parece si seguimos en casa?-. Una de las chicas (que había estado más interesada en Agustín), se zafó del brazo de Gabriel y se acercó a su amigo. Agustín no reaccionó. La morocha con un lunar arriba de la boca a lo Marilyn Monroe, le dio un beso a Gabriel, o mejor dicho, un lengüetazo. Salieron tambaleándose y riendo y empezaron a caminar agitando los brazos y gritando "*¡taxiii, taxiiii!*". Agustín estuvo tentado de hacer lo mismo pero no iba a poder soportar la culpa, no de nuevo. Explicó que él en realidad tenía novia, a lo cual ella contestó poniendo una mano en su entrepierna.

-¡Eh! ¿Qué haces?-, le dijo, y se apartó. Salió corriendo atrás de Gabriel y la morocha, que habían conseguido un taxi. No podía dejarlo solo en ese estado, quién sabía lo que podía hacer. Se subió con ellos y pagó el taxi al llegar al departamento. Gabriel se cayó al bajar del auto. El conductor lo miró con mala cara antes de arrancar y la morocha no paraba de reírse mientras intentaba levantarlo. Agustín hizo equilibrio como pudo y lo ayudó. Él tampoco estaba en buen estado. La parejita borracha entró a la habitación. Él apenas había entrado al baño para mear cuando empezó a escuchar los gemidos. "*Ojalá se haya acordado de usar forro*", pensó Agustín. De todas formas, el espectáculo no duró demasiado, lo cual tenía sentido. Probablemente se hubieran desmayado en la mitad del asunto.

20

Al día siguiente, todos tenían una resaca horrible. La morocha se había ido al despertarse a la una de la tarde, haciendo equilibrio en sus altos tacos. Gabriel no sabía dónde vivía ni cuál era su nombre ni si iba a llegar bien a casa, pero no podía ocuparse de eso. El dolor de cabeza era insoportable y ya había vomitado dos veces: una en el suelo de su habitación (probablemente justo antes de que la morocha se fuera casi corriendo), y la otra en el inodoro (a la segunda vez había llegado, gracias a Dios). Agustín estaba en el sofá mirando televisión tapado hasta el cuello. Se había tomado dos aspirinas y medio litro de agua, para limpiar el sistema. Así los encontró

Lucía una hora más tarde, cuando llegó con su pasta frola recién salida del horno. Agustín pensó en decirle que estaba enfermo, pero eso no iba a justificar el estado del otro borracho, así que le dijo la verdad. La casa era un desastre, estaba todo tan sucio y desordenado que quería salir de ahí corriendo. Pero después de sermonear a Agustín y ver a Gabriel en el suelo del baño, semidesnudo y dormido, decidió que era ella quien tenía que poner orden ahí.

Lucía se pasó el resto de la tarde limpiando el vómito, y recogiendo del piso ropa y envases vacíos de galletitas, snacks, cervezas, vodkas, gaseosas y golosinas.

-Amor-, le dijo a Agustín, que ya se estaba quedando dormido de nuevo. –Me debes una. Una bien grande. Sacá a Gabriel del baño, bañate, buscate ropa limpia y te venís a casa conmigo-, le dijo. Él asintió. Aunque ella había limpiado bastante, estaba podrido de estar en ese basurero. Gabriel no iba a hacer más nada después de lo de la noche anterior y la resaca que tenía. Lo arrastraron hasta la habitación, mientras él se quejaba, pero ni bien se acostó, se durmió de nuevo.

Dos horas más tarde se despertó desorientado; ya era de noche. Miró el celular para fijarse la hora: las 10 p.m. Tenía un malestar terrible. Se levantó, se duchó y se puso ropa limpia después de varios días. Eso se sentía mejor. Se preparó un huevo frito y dos hamburguesas; parecía que no había comido por años. Después de comer todo a grandes bocados, sentía náuseas. La cabeza le zumbaba y se moría de sed. No recordaba demasiado de la noche anterior, pero sí que la había puesto. Sobre todo porque había visto un preservativo tirado al lado de la cama. Se sentía tan sediento que era capaz de tomar un tanque entero de lo que fuera. Abrió la canilla y se acercó para tomar agua, pero tenía un sabor a cloro asqueroso. Buscó algo para tomar en la heladera. Había cerveza nada más. *“Bueno, la cerveza casi no tiene alcohol, no pasa nada”*. La sensación fresca en la garganta lo resucitó un poco. Una hora más tarde y con la botella vacía, daba vueltas por la casa. No sabía qué hacer para sacarse los efectos de la resaca, cuando pensó en lo único que siempre lo hacía sentir bien sin efectos secundarios: un porrito. Se armó uno con manos temblorosas y después de un par de secas, decidió salir a dar un paseo. Ya no hacía tanto frío y el aire fresco siempre hacía bien. Caminó sin rumbo por un buen rato y cuando se dio cuenta, había llegado hasta el bar donde habían estado la noche anterior. Terminó de fumar la tuquita que quedaba y entró sin pensarlo. Era sábado a la noche, tenía ganas de hacer locuras, ser impredecible, hablar con desconocidos. ¿Por qué no ir a buscar esa colorada, esta vez? Miró sus bolsillos y se fijó cuánta plata tenía. Había un billete de 100 pesos. Tendría que arreglárselas con eso. Se sentó en la barra y pidió un whisky. No había llegado a tomar ni siquiera la mitad cuando una chica alta y esbelta, como una modelo, se le sentó al lado.

-¿Te dijeron alguna vez que te pareces un poco al cantante de Green Day?-, le dijo. *“Y vos te pareces a quien me voy a llevar a la cama esta noche”*, pensó Gabriel, perversamente.

-Sí, me lo han dicho. ¿Te parece lindo?-.

-Más lindo me pareces vos-, dijo ella.

Cuatro tragos y un taxi después estaban en el departamento. Agustín no había vuelto todavía, todo estaba bien.

Mientras la cogía, pensó que esto no estaba nada mal. Podía acostumbrarse a esto. Le gustaba su nuevo “yo”. Le gustaba tener sexo borracho y que no le importara. Le gustaba ser descarado, como si nunca hubiera sido tímido y le costara chamuyar. Sentirse “normal” por un rato, era refrescante. Además, mantenía a Brenda fuera de sus pensamientos. Y si al día siguiente se sentía un poco solo, bueno, siempre podía ir a buscar alguien nuevo. Gracias a Billy Joe por la facha y a su madre por darle los ojos celestes, se dio cuenta que nunca le iban a faltar las chicas.

21

Pasó el domingo entero durmiendo. Cuando se levantó descubrió que la mina le había dejado una nota:

“Llamame, 4565579. Ro.”

Lo pensó por unos instantes; luego lo rompió y lo tiró a la basura. *“Así empieza todo. Llamame. Vení a casa. Te hice pasta frola. Cogeme. Y después... te enamoran, te atrapan. No, nunca más. Son todas putas”*.

Al día siguiente finalmente volvió al trabajo. Tuvo que hablar con su tío para que hablara por él a su jefe y no lo despidieran. De cualquier forma, ya estaba en problemas. Y que llegara con los ojos rojos y aliento a alcohol a las 10 de la mañana, no ayudaba demasiado. Hizo su trabajo lo mejor que pudo, aunque en ese estado, lo mejor que pudo fue cometiendo muchos errores que después debía corregir. La cabeza le estallaba. Era una resaca constante. *“No importa, salgo de acá y me prendo uno”*, se dijo.

Efectivamente eso hizo mientras andaba en bicicleta yendo a la facultad. Había llegado tarde, y no podía encontrar a sus compañeros así que se sentó atrás de todo. Después de veinte minutos de intentar prestar atención, no tenía idea de qué hablaba el profesor, solamente podía pensar en comida. Comida, eso es. Se fue de la clase, sacó

lo último que quedaba del sueldo del mes pasado y se lo gastó en comida en el almacén. Compró hamburguesas, huevos, leche, queso, snacks, golosinas y agregó dos botellas de fernet.

No aguantó y antes de irse a casa, abrió un paquete de papas fritas que comió en un banco en la calle. La gente que pasaba lo miraba de forma extraña. *“A mi nuevo yo le chupa tres huevos lo que diga el profesor. Se emborracha ni bien sale del trabajo, fuma porro todo el día y se coge a cualquier chica que esté dispuesta. Y come papas fritas en el banco. Sí, qué miras, vieja puta.”*

Pensó que la noche era joven todavía y que tendría que haber guardado el teléfono de la tal Ro. ¿Romina? ¿Roberta? Tal vez revisara su celular más tarde, y llamara alguna de sus viejas amigas que hacía años que no veía.

22

Se había convertido en un deja vu constante de vaivenes y mañanas sofocantes. Había arrancado los cables para tirar el teléfono contra la pared, repetidas veces. Más tarde se dio cuenta de que tenía celular y lo arrojó desde un puente. Lo vio hundirse y desaparecer en el agua, sin que nadie se diera cuenta, sin que nada se alterara, y la vida siguiera. Caminó sin saber a dónde iba, caminó por lugares que nunca había recorrido, en busca de cosas que nunca hubiera sentido. Es que se había entumecido, ya nada le importaba, la motivación de hacer cualquier cosa parecía una cosa irreal que nunca había existido. Tenía ganas de desaparecer en el agua, sin que nadie se diera cuenta, sin que nada se alterara. Quería desaparecerse, y hacer desaparecer el tiempo. Entró en un bosque con su botella y después de un rato, oscureció, mientras tomaba sentado sobre un gran árbol talado y escuchaba el ruido del viento moviendo las hojas. Sintió el olor a la madera, y tuvo el impulso de agarrar la navaja que siempre llevaba, por si le daban ganas de tallar. No fue mucho lo que pudo hacer con ese troco viejo y un instrumento tan primitivo, pero fue suficiente para que tuviera un torbellino de ideas. Pensó en sacar del banco todos sus ahorros e invertir sólo en las mejores maderas, en los mejores instrumentos. No importaba nada, ¿qué podía perder? Pronto iba a estar bajo el agua. Mientras tanto, iba a hacer todo aquello que le faltaba. Empezó a caminar nuevamente, inspirado. Veía formas en los árboles, y tomaba notas mentales. Veía cosas. Veía ninfas.

Parte III: Reflejo

1

Comportamiento básico de una mujer desenamorada

Fase 1: Desencantada

Está desencantada pero no se siente nada mal. Ha sufrido, ha llorado, ha pataleado, pero al fin está en paz. Se da cuenta que sola está mejor, le gusta estar con ella misma, nadie más. Ahora hace lo que quiere cuando quiere, cada pequeño paso que da es su propia elección, y está consciente de ello. Llega al éxtasis de no necesitar de nada ni nadie para ser feliz. Ya no piensa tanto en el futuro, se siente despierta, atenta, bastante optimista.

Está encantada del desencanto.

Se sentía por primera vez limpia de verdad. La noche anterior -como todas las noches desde hacía varios meses ya-, había dormido plácidamente. El sueño venía fácil, su mente se había acostumbrado a no divagar en cuestiones que no valían la pena y simplemente se callaba cuando ella cerraba los ojos. Adrián ya no estaba ni en sus sueños. Cuando despertaba, miraba el cielo a ver si estaba despejado o no, preguntándose si haría frío o calor, se ocupaba de limpiar, hacer el café y comprar facturas para desayunar con Gonzalo más tarde. Mientras caminaba hasta la librería, escuchaba las canciones sin asociarlas con nada ni nadie. Oía por primera vez cada detalle en canciones que había escuchado mil veces antes. En la facultad prestaba atención, hacía los trabajos, y antes de ir a dormir, miraba una película o leía un libro muy concentradamente. Inclusive cuando se perdía, podía ver una escena o leer un párrafo dos o tres veces, para asegurarse de haberle sacado todo el jugo. En fin, era libre. El dolor de alguna forma se había disipado como si nunca hubiera estado ahí. Sentía que la historia con Adrián había sido tan irreal, insignificante, y lejana como un sueño. Se había despertado, muy lentamente, pero lo había logrado: se sentía bien por primera vez en mucho tiempo.

El amor no correspondido trae tanta miseria que no deja ver todo lo bueno que uno ya tiene: Lara tenía trabajo. Tenía amigos. Tenía sueños por cumplir. Tenía libertad y paz mental, al fin. Le había costado conseguirlo, pero había encontrado la fórmula. Comprendió el propósito de cada pequeña cosa que había vivido, y aceptó el presente,

tal como se le presentaba. Cuando se termina una etapa, inevitablemente empieza otra. Ella estaba contenta; no creía que nada pudiera ser peor que lo que ya había vivido, estaba convencida que lo mejor estaba por venir... y que era más fuerte que nunca. Tenía ganas de salir, de conocer gente y ser impredecible; hacer cosas a las que nunca se había animado. Por Solange le organizó una cita a ciegas. Creía tener al candidato apropiado para ella. Se llamaba Demian y estudiaba actuación con ella. Era uno de los pocos compañeros que nunca la habían avanzado; Solange agradecida, ya que no le gustaba para nada. Demian ya tenía una novia: la marihuana. Tenía mucho en común con Lara.

-Está siempre en cualquiera y tiene esa cosa rara de artista que a vos te gusta. Vas a ver que te va a encantar-, había dicho Sol.

-Pero ese tipo de chico es el que te gustó toda la vida y nunca resultó, Lara.- siguió Coti-. Tenés que probar algo completamente diferente, un chico normal, para variar. Un hombre inteligente, culto, caballero. Eso necesitas-.

-Pero Lara no quiere todo eso, ella necesita un flaco que le mueva el piso, que fume porro y que le guste hacer cosas bizarras como a ella-, dijo Solange. Lara las observaba, divertida.

-Yo también te voy a tratar de presentar a alguien, Lara. Pero vos tenes que ser positiva y tratar de que te guste alguno-, dijo Coti.

Tratar. Tratar de encontrar aspectos positivos. Algo le tenía que gustar, y tenía que confiar en los gustos de sus amigas, porque sino ¿en quién podía confiar?

Se repitió que debía aprender a divertirse una y otra vez para no entrar en pánico y querer suspender todo. Diversión, nada más que diversión.

2

“Diversión, de eso se trata la vida. De divertirse. Y eso voy a buscar”.

Si bien intentaba sacarse la presión de encima, realmente esperaba que la próxima cita a ciegas diera mejores resultados. Confiaba más en el gusto de Solange, por lo que ella le había contado de Demian. Como su amiga le había asegurado que él era desarreglado y que al parecer le gustaban las chicas simples, Lara no dio demasiadas vueltas al prepararse: se puso su atuendo común *“jean, remera de The Doors, zapatillas y campera. Y se acabó”*. Así era más fácil la vida.

Sol había arreglado que se encontraran en un bar donde tocaban bandas. Demian prácticamente vivía ahí, así que iba a estar más cómodo jugando de local. *“Siempre tiene puesta una camisa toda rotosa azul y verde, y usa boina”*; esas eran todas las indicaciones de Solange para encontrarlo. *“¿Y si justo no se pone esa camisa ni la boina?”* había preguntado Lara, desesperada. *“Confía en mí”*.

Efectivamente, ni bien llegó al bar, vio un chico con boina de cuero marrón, muy gastada, jeans y una camisa que le quedaba grande, bajo un chaleco marrón. Una banda estaba tocando en el escenario improvisado que había en un rincón al lado de la barra. Tuvo que gritar para hacerse escuchar.

-¿Demian?-

-Lara-, dijo él con una sonrisa amplia y borracha. -Cómo estás, sentate, te voy a pedir una cerveza, ¿quieres? Mozaaaaa... cerveza en la 2-.

-Gracias-, dijo Lara y se sentó. Sentía su aliento a alcohol desde el otro lado de la mesa de madera.

Demian la miró de arriba abajo y finalmente dijo:

-Sos muy linda. Y te gusta The Doors. Sol es una grosa-.

Después de conversar un largo rato sobre su amiga y tomar varias cervezas, Lara se sentía bastante relajada. Demian era lo que ella denominaba un feo-lindo. Osea, de esos hombres que no tenían demasiadas características de galán, pero que podían conquistarte fácilmente por su personalidad, lo cual era más peligroso. Demian no hablaba demasiado salvo para hacer chistes, lo cual era un gran alivio.

No sabía si le gustaba, o si le daba igual. Pero Demian no estaba nada mal, y tenía que probar. Tomó coraje, lo invitó a su casa y tuvo una refrescante noche de sexo borracho. Justo lo que recetó el doctor.

3

Llegó a la librería tarareando sin darse cuenta. Gonzalo le tenía un abrazo preparado, como siempre. A su lado estaba Cristian, que llegaba de vez en cuando, llevaba cajas al depósito, y se iba enseguida a hacer alguna entrega a domicilio, pero siempre se tomaba recreos para tomar unos mates con Lara y Gonzalo, y por supuesto, para hacer de las suyas en la librería. Su relación con Cristian no se parecía en lo más mínimo a la que tenía con Gonzalo. La charla más profunda que había tenido con él era sobre las vacaciones , o alguna anécdota de la infancia. Pero realmente, era imposible no

quererlo. Lara no había tenido muchas oportunidades de hablar seriamente con él, pero siempre había pensado que era una persona interesante, tal vez por sus aires de músico, su facilidad para hacerla reír, su banda de rock o su desfachatada forma de vivir.

-Ah, siempre lo abrazás a él. A mi nada. Claro.-, dijo Cristian, haciéndose el ofendido. Lara sonrió y estiró los brazos hacia él. -No, ahora no quiero nada, forra. Me voy, tengo entregas que hacer, no como vos que te rascas todo el día. Dame un mate antes- le dijo, con una mirada pícar.

-Cebatelo vos, acabo de llegar-, dijo Lara, mientras se iba para el fondo del local. Era habitual en ellos este tipo de trato, un poco histérico, juguetón, peleador. Cuando Cristian se fue, Gonzalo esperó que Lara se acercara y la miró riéndose entre dientes, con una mano apoyada en el mentón.

-¿Qué me mirás así?-, dijo Lara, intrigada.

-Nada. No entiendo cómo es que todavía no se encamaron ustedes dos-, respondió Gonzalo.

Lara abrió los ojos y la boca muy grandes; después se rió.

-¿Por qué me decís eso?-, le preguntó.

-Se la pasan histериeando, me tienen podrido, vayan a un telo y déjense de joder-.

Lara, riéndose, se ponía de todos los colores.

-Dale... Es obvio que él te tiene ganas. Y vos le seguís el jueguito...-

-Sí, pero igual, no significa nada, es por diversión. Aparte ya sabes como es Cristian, se la pasa jodiendo con todo, no dice nunca nada en serio.-

-Sí, jode, pero detrás de todo chiste hay algo de verdad. No me vas a decir que no te diste cuenta...-

-¿De qué tengo que darme cuenta?-, dijo Lara. Sentía que la cara le hervía. Le había dado mucha vergüenza que Gonzalo fuera tan directo... quizás porque ni ella misma había asumido que Cristian... bueno, la atraía un poco. No se lo permitía, no debía, no debía ceder...

-Nada, dejá-, dijo Gonzalo. Se fue sonriendo. Lara le dijo que era un idiota, algo que decía cuando no sabía bien qué decir.

A lo largo del día, su cabeza empezó a darle vueltas al asunto. Bueno, ¿tan grave era que le resultara atractivo? Era humana, por el amor de Dios, podía permitirse ser humana por una vez.

Estaba acomodando los libros de psicología cuando una alarma sonó en su cabeza: estaba pensando mucho. Estaba pensando demasiado en algo que no tenía importancia. Eso no podía ser bueno. Cortó el pensamiento.

Horas más tarde, la librería estaba desierta. Gonzalo se había ido a comprar comida porque se habían quedado sin nada para acompañar el mate. Lara estaba distraída escuchando música cuando Cristian entró a la librería con anteojos de sol, se plantó justo frente a ella, empezó a revolear el pelo largo y a tocar una guitarra imaginaria. Lara sintió que le quemaba la piel cuando se acercó al mostrador haciendo la mímica de la canción, como desafiándola a resistirse: *“Dame tu boca, pendeja. Dame tu lengua de nena”*.

4

Comportamiento básico de una mujer desenamorada

Fase 2: Desmotivada

El encanto del desencanto dura poco tiempo, porque necesita llenar el agujero que dejaron el amor y el drástico cambio que hizo en su vida. Necesita una pasión, algo en qué pensar, y en qué poner todas sus energías. ¿Quizás una carrera nueva? ¿Un curso? ¿Aprender a tocar un instrumento? Nada de amores nuevos, no. Solamente algo en qué enfocarse, eso es lo que necesita. Emprende actividades en la búsqueda de cumplir sus sueños. Busca algo en qué pensar.

El desencanto la termina aburriendo.

Cristian le cantaba, acercándose lentamente. Le guiñó un ojo y le pidió que le ayudara a llevar unas cajas al depósito. Le dijo que estaba muy linda. Miraba cómo se sacudían sus caderas mientras caminaba tras ella. Entraron al depósito, él cerró la puerta, le sacó la caja de las manos y la puso en el suelo. Ella quedó petrificada. La miró intensamente por unos segundos. Entonces la agarró de la cintura apoyándola contra la pared y la besó....

Estaba acomodando libros, distraídamente, cuando se sorprendió fantaseando. Se descubrió al verse reflejada en la vidriera, en el medio de la librería, con cara de boluda

“HEY! ¿Qué hacés? ¿Otra vez con eso?”. Se le subían los calores a la cabeza de sólo pensarlo. ¿Qué haría hoy cuando cruzara la puerta? Con él nunca se sabía... *“¡Basta, Lara!”*

Claro que ahora no tenía tanto tiempo para pensar como antes. Además de tomar la facultad mucho más en serio, había empezado las clases de francés. Ya no tenía más tiempo libre que el que le quedaba los fines de semana. No se permitiría quedarse ni un solo viernes más en su casa, tenía que disfrutar de su juventud mientras pudiera. Basta de lamentos, hola aventuras.

Sin embargo, a pesar de los cambios que había logrado introducir en su vida, cuando en la librería no había clientes y Gonzalo estaba ocupado, su mente divagaba, y no podía detenerla. Pensar en alguien siempre había sido divertido, entretenido. Eso era lo que necesitaba hacía tiempo, y pensar en Cristian en este momento de vacío, no tenía nada de malo. Después de todo, por más atracción que pudiera llegar a sentir, no era el tipo de hombre que buscaba, mucho menos el que merecía. No era el tipo de hombre del cual se enamoraba, tampoco. Estaba caliente, sí. Podía llamar a Demian de nuevo, pero no tenía ganas...

5

Eran las cuatro de la tarde. Había sido un día bastante agitado, pero divertido a la vez. En un momento de aburrimiento, Gonzalo la había desafiado a hacer una carrera de carritos –juego que había inventado Cristian el día anterior, al terminar de descargar las cajas que llevaban-. Tuvieron suerte de que ni Martha ni los clientes los interrumpieran. Cristian no había aparecido en todo el día. No en la vida real, al menos.

Cuando Lara lo vio cruzar la puerta, inmediatamente apartó la vista y se puso tensa. Se puede ser natural con alguien que te gusta, hasta que *te das cuenta* que te gusta. Cristian la vio, se quedó parado y esperó que ella lo mirara de nuevo.

-Estas en pollera. Turrita.-

-Hola, ¿no?-, dijo Lara. Por dentro se felicitó por haber dado en el clavo. Sabía que la pollera le iba a llamar la atención. No que se hubiera vestido para él, claro...

-Hola-, dijo Cristian con una sonrisa en los labios gruesos, y le dio un beso ruidoso en la mejilla. Lara se alejó rápidamente, intentando terminar lo que estaba haciendo, "*¿qué estaba haciendo? Me olvidé. ¿Qué estab...? Qué lindo que está*".

Cristian se acercó al mostrador, agarró un pilón de papelitos con post-it, y escribió algo. Lara se volteó e intentó no prestarle atención mientras él le hablaba.

-Uuuh, no sabes como me duele el culo desde ayer, boluda-. Lara se rió.-Sonó mal eso, ¿no?-.

Lara asintió con la cabeza. –Nunca más hago carrera de carritos, me caí feo-, dijo Cristian con un gesto de dolor.

-Hoy jugamos un rato con Gonza, pero no nos caímos-, dijo Lara, con una sonrisa. Cristian abrió los ojos y enseguida bajó la vista, negó con la cabeza y se puso serio.

-Ayer no quisiste jugar conmigo pero con Gonza sí, okey, quedamos así. Estoy ofendido con vos, Lara. Siempre lo mismo. Chau, me fui-. Se puso serio y se alejó. Lara se rió. Cuando volvió al mostrador, vio un post-it amarillo pegado al monitor que decía: *“Mi amor: te espero hoy 23hs en La Cueva”*. Intentó disimular su sorpresa. Buscó a Cristian con la vista. Ahí estaba, en el pasillo de Ciencia Ficción, haciéndole señas obscenas a Gonzalo, que estaba atendiendo a un cliente. Gonzalo estaba tan acostumbrado a sus estupideces que pudo mirarlo de reojo y contener la risa como todo un profesional.

Lara se fue al baño y se miró al espejo. Otra vez, cara de boba. *“¿Qué necesidad tiene de hacerme esas escenitas de celos? ¿Para qué la invitación? ¿Qué significa eso de “mi amor”? Si lo único que quiere es coger, ¿por qué? Qué hijo de puta... como le gusta hacerme esto, como le gusta histerizarme con esas co...”*. Un grito la sacó del enroscamiento.

-¡Lara!-.

-¡Voy!-.

Cuando salió del baño vio un montón de gente haciendo la cola en la caja. Parecía que se habían puesto de acuerdo para comprar en el momento más inoportuno. Cristian estaba de nuevo junto a su computadora. Evidentemente, estaba muy aburrido. Ella suplicó que no hubiera hecho nada nuevo, necesitaba concentrarse y trabajar. Él miró el post-it, que seguía pegado al monitor, y luego le dio una mirada cómplice. Ella no pudo hacer más nada que devolverle la sonrisa tímidamente y ponerse a trabajar.

Esto era peligroso. Grave. No era inocente. ¿Y si cada vez se le hacía más imposible disimularlo? ¿Y si él se daba cuenta? ¿Y si terminaba en su cama? Bueno, ya fue. Tenía ganas.

6

Estaba tan emocionada que el momento en que había decidido ir estaba algo borroso en su memoria. Solamente sabía que había llegado a su casa y había comido una pizza fría del día anterior. Se bañó, se depiló, se maquilló, se vistió, se peinó, se perfumó. Cuando se miró al espejo se rió pícaramente. Estaba a punto de mandarse una cagada, y no le importaba. *“Bueno, no... me depilé por las dudas... en realidad no va a pasar*

nada, no. No es la primera vez que salimos juntos. Pero, ¿Y si me avanza? Yo me meo encima, ya fue... que me haga lo que quiera.”

Era una mezcla de sensaciones: sabía que lo que podía pasar era algo de lo que se iba a arrepentir tarde o temprano. A la vez, hacer algo en lo que se pudiera equivocarse, la motivaba. Se hicieron las once y cuarto de la noche y Lara llegó a la puerta de La Cueva.

El lugar estaba tan oscuro que casi se tropezó al bajar los escalones. La Cueva era, bueno, una especie de sótano. No llamaba la atención desde afuera, simplemente había una puerta que daba a unas escaleras bajo un cartel viejo y oxidado. Las escaleras estaban iluminadas con luces rojas, azules y violetas. Al fondo había un pequeño escenario decorado con lucecitas de navidad. Delante de él, se extendían varias mesas redondas de madera. Del techo, colgaban lámparas de papel de estilo japonés de diferentes colores. El lugar no estaba lleno, pero había suficiente gente como para no distinguir a nadie. Se pidió una cerveza en la barra y se sentó incómodamente en un banco. Vio entrar un chico de ojos muy claros, cara un poco triste, y el pelo despeinado, como le gustaba a ella. *“Mil millones de años luz mejor que Cristian, seguramente más interesante también... y claro, ahí llega la novia, como no podía ser de otra forma”*, pensó al ver la chica que venía detrás suyo, vestida perfectamente a la moda y sin un pelo fuera de lugar. Entonces alguien se acercó por atrás haciéndola saltar del susto. Era Gonzalo.

-Viniste-, le dijo, contento.

-¡Me asustaste!-, le dijo, riéndose. — ¿En dónde están sentados?-

-¿Están? Soy yo nada más-

-¿Y Cristian?-

-Ahí- contestó Gonzalo, señalando el escenario.

¡Claro! ¿Cómo no se le había ocurrido? Cristian iba a tocar con su banda, Siniestros. En ese momento se dio cuenta que de la emoción que tenía se había preparado demasiado; esa noche no iba a pasar nada. Era solamente un compañero de trabajo invitando a los suyos a ver un recital.

¿Cómo podía arreglárselas para ser tan estúpida? Siempre encontraba una forma de deformar las cosas, malinterpretarlas y desilusionarse al final. Se sentó en una de las mesitas con Gonzalo mientras lo observaba a él, con el pelo largo por los hombros revuelto y la guitarra colgada bien baja a lo Slash. La frustración y el pesimismo se empezaron a apoderar de ella.

La banda tocó unos cuantos temas, entre ellos un cover de Nirvana. *"Rape me, rape me my friend"*. No era excelente, pero lo suficientemente bueno para que Kurt no se revolcara en su tumba. Cuando terminaron de tocar, Cristian bajó del escenario y saludó lo que pareció al menos la mitad de la gente que estaba ahí. Muchas chicas. Muchas chicas muy pero muy lindas. Lara se sintió un poco insignificante. Un poco no, muy. Ya estaba pensando en irse poniendo alguna excusa estúpida que nadie se iba a creer, como un dolor de cabeza, o que no quería tomar demasiado porque al otro día se tenía que levantar temprano, cuando Cristian se acercó a ella.

-¡Hey! ¿Les gustó?-, dijo.

Tomaron unas cervezas tranquilos, mirando la banda que empezó después, y cuando volvió del baño (debía mirarse al espejo para asegurarse estar presentable), Gonzalo ya no estaba. Si iba a pasar algo, este era el momento.

Quizás, sólo quizás, después tuviera algo de qué arrepentirse.

Cristian tomaba de la botella mientras la observaba detenidamente.

-¿Qué me miras así? ¿Qué tengo?-, dijo Lara. Agradeció que hubiera luces rojas en el lugar así disimulaban el color de su piel.

-Nada. Estás perra-, dijo Cristian.

Lara se había puesto un vestido corto, negro, con los hombros al descubierto. No era demasiado revelador, pero suficiente para voltear algunas cabezas por la calle.

Lara lo miró con una sonrisa.

-¿Te pone celoso que esté perra?-, le dijo.

-Sí, mucho. Te voy a tapar con algo así no te miran-, respondió él, mirando alrededor con los ojos entrecerrados.

Mientras le contaba viejas anécdotas de la banda, él se sentó al lado suyo, poniendo un brazo en el respaldo de su silla. Charlaron, tomaron y rieron un rato largo. Lara era consciente de que cada vez estaba más cerca, que le miraba la boca cuando hablaba, y que ella ya no estaba tan nerviosa porque el alcohol había surtido efecto. Ella estaba rendida; sabía que podía pasar cualquier cosa.

Mientras ella tomaba un último sorbo del vaso, él le corrió el pelo del hombro, se quedó mirándola por un instante y cuando ella subió la vista, él la besó. A Lara se le aflojaron las piernas. ¿Las piernas? ¡Todo! ¡Estaba pasando! Al fin, al fin tenía al menos UNA cosa que deseaba.

Besos que no eran dulces, no eran tiernos. Eran calientes, mojados, lentos, profundos. Todo su ser transpiraba sexo. Ahí no había amor, Lara lo tenía muy claro. Sin embargo un rinconcito de su mente podrida quería eso y más. No podía conformarse nunca con tener el deseo de un hombre simplemente, siempre terminaba queriendo más. Pero eso no iba a pasar, nunca. *“Disfrutá, estúpida, cállate y disfrutá”*, se dijo mientras lo agarraba de la nuca y lo apretaba contra sí misma.

¿Qué pasaría el lunes cuando llegaran a la librería? No lo sabía, no importaba. Bueno, sí le importaba, pero quiso olvidarse. Necesitaba dejar de pensar un rato, la satisfacción de obtener lo que quería cuando lo quería. Otra frustración era más de lo que podía aguantar.

7

Un poco impaciente y mal humorada por la situación, le hizo frente al resto de la semana. Cristian no hizo absolutamente nada fuera de lo normal, excepto por pasar el menor tiempo posible dentro de la librería. O eso le pareció a ella. Atribuirse a sí misma la responsabilidad por los actos de Cristian era un poco egocéntrico, pero no sabía de qué otra forma explicárselo a su propia mente. Gonzalo parecía no saber nada. Mejor. No tenía ganas de fingir indiferencia mientras se lo contaba.

Una semana es una franja de tiempo relativamente corta, pero ésta había parecido una eternidad. Cada semana que pasaba, se creaba expectativas de que algo cambiara, de que él la invitara a salir, o le diera un beso. Algo. Lamentablemente Cristian le gustaba, y estaba volviendo a los viejos hábitos de pensar demasiado en cosas que no debía pensar.

“Así era aquella historia, como un estornudo que amenazaba con salir pero al final quedaba atrapado”, había leído en una novela de Stephen King. ¿Qué mejor frase para descubrir la sensación que tenía? Habían pasado meses de crearse expectativas de algo que al final no sucedía, o sucedía a medias. Después de lo acontecido en la noche de La Cueva, Cristian ya no era como un estornudo que no quiere salir, si no como un ataque de estornudos. Cuando uno piensa que ya terminó, aquí viene otro, en el momento menos esperado.

Martha estaba ocupada, o eso había dicho. Quizás había decidido irse de vacaciones hasta el lunes. Gonzalo se había ido corriendo a las cinco en punto, jugaba Boca en quince minutos y como era de esperarse, se juntaba con sus amigos para ver el partido (picadita y cerveza de por medio, por supuesto). Ahora tenía que esperar que llegara

Cristian, que quedaría a cargo de la librería el resto del día. Ella sola, esperando a Cristian. De nuevo.

Afuera estaba lloviznando. Quizás tardara un poco más por eso. El corazón le iba a mil. No sabía bien por qué. Simplemente tenía que esperar que llegara, darle un par de indicaciones de las cosas que no había llegado a terminar, e irse elegantemente por la puerta, moviendo bien el culo para que viera lo que se estaba perdiendo por no apurar los trámites. Nada del otro mundo.

Pero cuando lo vio, no pudo evitar que le temblaran las rodillas. Estacionó la moto afuera. Se sacó el casco, y a pesar de eso, tenía el pelo mojado. Se lo echó para atrás con una mano. Entró a la librería y Lara bajó la vista a la computadora, poniendo su mejor cara de concentración.

-Lara-lalalalaaaa!-, cantó Cristian.

Lara sonrió. Lo miró brevemente y volvió los ojos a la computadora, intentando controlarse.

-¿Y Martha?-, preguntó él.

-No vino, te quedas solo-, dijo Lara en voz muy baja.

-¿Se fue otra vez a Pinamar o algo así?-, dijo Cristian.

-No sabría decirte... es muy probable-. Lara actuó como si hubiera terminado de hacer algo y se levantó. -Bueno, ahí en el cuadernito te dejé todo anotado. Me voy a casa, a empaparme... nos vemos-. Lo saludó con un beso en la mejilla, salió de la librería de a grandes zancadas y se quedó en la puerta, bajo el techito, intentando recuperar el aliento y a la vez, pensando cómo mojarse menos. Tomar el colectivo o tomar un taxi, esa era la cuestión.

De repente sintió un ruido seco y chirriante. La persiana que cubría la vidriera de la librería estaba bajando. Se acercó e intentó mirar adentro, pero no pudo encontrar a Cristian. ¿Qué estaba haciendo? Tenía que trabajar hasta las ocho, no tenía derecho de cerrar el local solamente porque Martha no estuviera. ¿Cómo le iba a explicar después si alguien veía que...? Lara se quedó petrificada, imaginando toda la escena. Lo único que faltaba era que alguien la delatara, entonces ella también tendría problemas. El vecino era un viejo chusma, que prácticamente vivía en la puerta, y le encantaba hablar con Martha cada vez que podía. Gonzalo creía que el viejo le tenía ganas. *“¡El vecino! Vio que Cristian está cerrando, y yo acá sin hacer nada, el viejo está mirando por la ventana, no lo veo pero está ahí, y se habla con Martha, va a saber que nos fuimos, que...”*

Cristian salió y cerró con candado la puertita de la persiana. La miró con una sonrisa pícara. Lara no sabía qué hacer. Enseguida se acercó a ella, la tomó por la cintura y la besó.

8

La besó largamente.

Ella se sintió indefensa, como una presa agarrada del pellejo. Estaba indignada todavía, un beso no compensaba por la frialdad con que la había tratado durante todo ese tiempo. Sin embargo se dejó llevar. Su barba de dos días rozando su piel, su perfume, su pelo mojado contra sus mejillas. Sentía que no podía respirar, no podía luchar contra él. Era magnético.

Separó los labios de los suyos lentamente. La miró a los ojos por un segundo. Su sonrisa pícara resurgió. La agarró de la mano y sin una palabra la llevó hacia la moto, que estaba estacionada a un par de metros. Lara simplemente había perdido el habla. Se dejó llevar como se dejan los niños cuando están cansados de caminar y su madre los obliga a seguir. Le puso el casco cuidadosamente en la cabeza y se lo prendió por debajo del mentón, mientras la miraba a los ojos.

-Vamos a terminar lo que empezamos...-, dijo él. Se subió a la moto y Lara hizo lo mismo. Él agarró sus brazos y se rodeó la cintura con ellos.

¿A dónde iban? ¿Qué estaba pasando? Lara estaba muy ocupada pensando como para hablar. Sabía que Cristian había cerrado la librería imprevistamente, que la había besado y ahora estaba en su moto, agarrada de su cintura, con la lluvia mojándole la cara suavemente, yendo a alguna parte.

Llegaron a una pequeña casa, con una puerta y una ventana de madera con rejillas negras. La pintura blanca de la pared estaba descascarada y el día gris le daba un aspecto algo tétrico. Él abrió la puerta y le dijo que pasara.

El interior era totalmente opuesto al exterior. El living estaba decorado con colores cálidos que contrastaban con la madera oscura. Del techo colgaba una gran lámpara que al encenderla inundó la habitación con un tono anaranjado suave. Había un enorme sofá beige con un montón de almohadones de diferentes colores a tono. A un costado, estaba la guitarra eléctrica blanca y negra que tan linda se veía colgada de su hombro. Sobre ella, se extendía un cuadro enorme con una mujer curvilínea recostada sobre terciopelo rojo, rodeada de leopardos que la vigilaban pasiblemente. En la esquina derecha inferior, vio la firma. Lo había pintado él.

Él siguió su mirada.

-¿Te gusta?-, le preguntó.

-Sí, mucho-.

Cristian se acercó por detrás y la tomó de la cintura. Ella quedó inmóvil, mirando fijamente el cuadro. De repente sintió que esa mujer representaba a todas las mujeres; y los felinos, todos ellos, eran él.

Cristian apoyó el mentón en su hombro derecho. Pasó lentamente la mano izquierda por su estómago, después por su pecho y por su cuello. Ella volvió la cabeza y se encontró con su boca.

9

Había sido un día largo. En la veterinaria había un gato siamés nuevo que no paraba de maullar. Como si fuera poco, cuando quiso limpiar la jaula donde lo habían puesto temporalmente hasta que viniera el dueño a buscarlo, se había escapado y trepado por los estantes, causando un alboroto delante de varios clientes. Una señora que llevaba un Caniche en los brazos, esquivaba al gato diabólico que no paraba de correr y saltar por el local, mientras su perro ladraba descontroladamente. Un hombre de traje que compraba un hámster para su hija, se asustó y rápidamente puso sus brazos alrededor de la jaula, pensando que el gato podía comérselo. Coti atendió a los clientes vigilando al siamés de reojo, hasta que solito se acercó al mostrador y pudo alzarlo.

Más tarde se reprochó haberse distraído así. Había dejado la jaula abierta para echar un vistazo –de nuevo- al celular. Pero no había ningún mensaje ni llamado de Emiliano. Claro que no tenía por qué mandarle nada, ni llamarla, él estaría trabajando también, allá en el restaurante... *“Allá con la moza esa. No, no lo voy a llamar. Tengo que demostrar que ahora confío en él... pero... ¿no puedo llamarlo simplemente porque lo extraño? Un llamado no tiene por qué significar que desconfío... ya fue, lo llamo”.*

Ya había terminado su turno hacía 15 minutos. Lara estaba en la casa de sus padres, Sol no salía del trabajo hasta tarde y ella, a pesar de lo mucho que tenía para hacer para la facultad, no podía concentrarse. Decidió que en vez de llamar, simplemente iba a pasar por el restaurante a saludar a su “novio”. Le encantaba decir y pensar en esa palabra: novio. Una palabra que significa que amas a alguien, y que ese alguien además, te ama a vos. Decir “tengo novio”, es decir que sos amada, que sos feliz, que tu vida va bien, que nadie te puede molestar porque estás ocupada, que tenés

planeado un futuro. ¿Tenía planeado un futuro? No importaba. Poder decir “tengo novio” significa que todo va bien. Después de pronunciar esas palabras mágicas, la gente de ninguna manera pensaría que vos sentís que no sos amada, ni que sos infeliz, ni que nada va como esperabas. Nadie piensa que tu novio te engaña, o que estás segura de que no existe un futuro con él a pesar de cuánto lo ames. Coti se encontraba en un estado de negación del cual ella era consciente. Sin embargo, su corazón la invitaba a soñar, y ella no lo quería despertar.

Caminó hasta el restaurante pensando con tristeza si llegaría el día en que pudiera confiar en Emiliano. Intentó espantar esos pensamientos, recordando sus caricias, la primera vez que le había dicho que la quería, el día en que le había dicho que no quería perderla. ¿Tan difícil era sentirse amada? Nunca había tenido problemas de autoestima; los hombres siempre la habían perseguido para intentar enamorarla. Era común en ella, tener uno o dos “pretendientes”, como diría su abuela. Pero Emiliano parecía ser el primero que había logrado dar vuelta la cacería, logrando que ella fuera tras él. Quizás por eso no se sentía querida...

Mientras se acercaba al restaurante, empezó a sentirse agitada y nerviosa. Supo que no era por ansiedad, sino por miedo. Estaba aterrorizada de volver a verlo coqueteando con la moza, o de que él se enojara por ir sin avisar, o... Pero estaba ahí, trabajando, como debía, acomodando dos tazas de café en una mesa donde dos hombres mayores bien vestidos discutían negocios. Nada fuera de lo común, nada sospechoso. Coti se dio cuenta que había estado conteniendo el aliento y exhaló suavemente. Emiliano la vio a través de la vidriera y sonrió.

Coti esperó afuera hasta que él terminó de atender tres mesas; a esas horas de la tarde no había demasiada gente. Emiliano salió y la abrazó fuerte.

-¿Qué haces acá?-, le preguntó. Coti sintió cómo sus dudas y sus miedos se evaporaban del cuerpo una vez que estuvo entre sus brazos.

-Te extrañaba... ¿hoy a la noche hacemos algo?-, dijo ella. Se habían visto muy poco durante la semana a causa de la facultad y el trabajo, y creía que seguramente, él había estado ansiando tanto como ella que llegara esa noche de viernes.

-¿Hoy? No... me junto con los chicos...-, dijo él, sin la más mínima muestra de culpa. *“¿No se supone que un viernes a la noche uno está con su novia? ¿No es parte del contrato tácito? Bueno... respira, Coti. La noche de sábado será...”*, pensó ella intentando calmarse.

-Ah... bueno... ¿entonces mañana?-. Esta vez tenía que decir que sí. Una salida con los amigos, y una salida con su novia. Era perfectamente normal y aceptable, más allá de lo que pensara que podía llegar a hacer estando borracho, con los amigos, en algún bar lleno de mujeres.

-Puede ser-, dijo él, dubitativo.

“¿Puede ser? ¡¿PUEDE SER?! Eso debería estar en el contrato; un novio jamás puede dudar, mucho menos cuando se trata de estar con su novia. ¿Puede ser? ¿No es como decir ‘si me dan ganas, capaz nos vemos’? ¿No se supone que tiene que tener ganas de estar conmigo todo el tiempo?”. Coti tenía cortocircuitos en el cerebro, cada impulso indicándole que sería una buena idea partirle una silla en la cabeza. Sin embargo solamente miró por encima de su hombro y esperó que él escapara. Porque iba a escapar.

-Tengo que volver adentro porque me van a matar sino... después te llamo, ¿sí?-, dijo él. Le dio un beso corto en la boca. Coti solamente atinó a decir “chau” en voz baja.

10

Desde la llegada de Iván a la oficina, el trabajo se había vuelto un poco más emocionante. Sol día a día desenfundaba su ropa más provocativa, sin olvidar siempre de combinarla con tacos aguja o botas altas. Sabía muy bien cómo hacer babear a los hombres, y a pesar de lo caballero que fuera, Iván seguía siendo uno de ellos. Ella supo desde el momento en que lo vio que algún día iba a ser suyo; cuando se ponía un objetivo no había quien pudiera frenarla hasta conseguirlo. Si bien él llevaba su anillo de casado todavía, las malas lenguas decían que estaba en el medio de un divorcio (a pesar de tener un hijo de 4 años) un momento en el que seguramente estaba vulnerable y con la necesidad de tener sexo desenfrenado con la primer mujer que se le cruzara; y esa mujer debía ser Sol.

Logró manipular la situación para quedarse a solas con él en la oficina después de una importante reunión. Con la excusa de terminar un papelerío que en realidad no necesitaban hasta la próxima semana, esperó pacientemente como cuando una leona observa a su presa escondida entre los pastizales esperando que esté lo suficientemente distraída, mientras el personal de limpieza de la empresa y los últimos empleados se iban poco a poco. Sol sabía que los jueves Iván se quedaba en su oficina haciendo trabajos extra, ya que los viernes se iba temprano para ir a buscar a su hijo al colegio.

Las luces de las oficinas estaban apagadas y reinaba un silencio absoluto en el edificio, excepto por sus pasos contra el suelo bien lustrado, y el sonido del teclado de la computadora de Iván; todo iba como lo había planeado. Sol se asomó hacia adentro, apoyándose en la puerta entornada. Lo vio en la penumbra frente a la computadora,

con apenas una lámpara iluminando su escritorio, y la corbata suelta. Él alzó la vista del monitor para mirarla y dedicarle una de sus sonrisas encantadoras. Sol tuvo que esforzarse para ponerse en el personaje de secretaria sexy, porque Iván la ponía demasiado nerviosa.

-Ya me iba... quería ver si necesitabas algo-, dijo ella, procurando moverse lo más sensualmente posible, mientras se acercaba a él. Llevaba botas altas, una minifalda ajustada hasta la cintura y una camisa negra a través de la cual se transparentaba su corpiño de encaje. Iván la miró de arriba abajo sin querer e intentó simularlo volviendo la mirada al monitor. Ella supo que el atuendo había cumplido su propósito.

-Te agradezco. No, estoy bien. Quería terminar esto así mañana no tengo tanto que hacer... pero tengo una contractura que me muero...-, dijo él, masajeándose el cuello con un gesto de dolor. -Podrías hacerme unos masajes antes de irte, si quieres-, agregó, sonriendo.

Sol rodeó el escritorio lentamente, se puso atrás de él y empezó a masajearle la espalda.

-¿Así? Yo te hago masajes, pero solamente si me prometes que me los vas a devolver-.

Iván suspiró, cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás. -Cuando quieras-, dijo. -Ahora-le dijo Sol susurrando sobre su oreja.

Iván abrió los ojos, se dio vuelta, sentó a Sol sobre su regazo y le arrancó la camisa.

11

“Lo conseguí”, pensó Sol. “Lo conseguí. Lo deseé y lo tuve. Fue mío, sexo desenfrenado en la oficina, no pudo resistirse. ¿Por qué no estoy contenta?”.

Esta vez era distinto; pero no estaba segura por qué. Quizás porque no se había sacado las ganas. Quizás porque lo que tenía no eran solamente “ganas”. *“¿Qué me está pasando? Debería estar... bien”.* Pensar en Iván y en cómo manipularlo para su propio placer había sido divertido, así como había sido divertido volver a hacerlo casi todos los jueves en la oficina a partir de ese día; pero ahora se sentía triste, vacía. Compartir el tiempo a solas con él era increíble, podía pasar horas simplemente escuchándolo, porque Iván sabía de todo, y hacía que una conversación en apariencia superficial, se volviera sorprendentemente interesante. Pensó en todos sus amantes anteriores;

hombres a los que generalmente no quería volver a ver, y si volvía a verlos, prefería que estuvieran bien callados. No eran interesantes, no la trataban tan bien como Iván.

-Chicas-, dijo Sol, mientras caminaba en medio de Coti y Lara, -me lo tengo que sacar de la cabeza, ya parezco una de ustedes-.

-¿Viste Lara? ¡Sol tenía sentimientos también! ¡Es increíble!-, dijo Coti riéndose. Lara sonrió. -Lástima que te enamoraste de un hombre casado... -, dijo.

-No me enamoré-, dijo Sol, frunciendo el ceño. -Además dicen que no está bien con la esposa-.

-¿Y por qué piensas tanto en él? -, preguntó Coti. -Eso, ¿Qué lo diferencia de los demás?-, agregó Lara.

-No sé chicas, no sé qué me pasa. Es un tipo grande, que sabe cómo tratarme, es diferente a todos. Lo conozco, puedo hablar con él, es gracioso, es tierno...- dijo Sol, suspirando.

-Es un caballero, es un hombre de los de “antes”. Salvo por el hecho de cagar a la esposa, claro-, concluyó Lara.

-¿Cómo de los de antes?-, preguntó Coti.

-Un hombre de verdad. De esos que te piden el teléfono y te invitan a salir de una, con huevos. Ahora los tipos te piden el Facebook o el Whatsapp, después se hacen los interesantes y no te hablan, y en vez de invitarte a comer, esperan cruzarte de casualidad en algún lado -, contestó Lara. Sus amigas se rieron.

-¿De esos que te dejan pasar primero y te abren la puerta?-, preguntó Coti.

-Y que lo hacen de caballeros, no para mirarte el culo-, dijo Sol.

-De esos que se peleaban por conquistar a una mujer para que fuera su esposa, en vez de hacer apuestas para ver quién se la coge más rápido-, dijo Lara.

-Sí... de los que te dicen cosas románticas en vez de guarangadas-, dijo Sol.

-De los que se casan a los dos años de noviazgo en vez de seguir viviendo con sus padres a los 35 años-, aventuró Coti.

-Es de los que te preguntan cosas profundas para conocerte mejor, en vez de hacerse los gatos y hablar sobre sí mismos, ¿no?-, preguntó Lara.

-Sí, es todo eso. Es un hombre de “antes”.- contestó Sol.

-No se consiguen más de esos- suspiró Coti.

-Bueno, tampoco lo subamos a un pedestal. ¿Se acuerdan de esa canción?... *"Pero es que sólo tienes un defecto... que no eres sooolteeeeeeroooooooooo"*- cantó Lara. Coti se rió, y Sol hizo una mueca.

-Exactamente. Será que no importa si es de "antes" o de "ahora", todos son tramposos-, dijo Sol.

-Si vos no lo incitabas, ¿crees que hubiera intentado acostarse con vos?-, preguntó Lara, pensativa.

-Por ahí no; pero estoy segura de que lo pensaba todo el tiempo-, dijo con una mirada pícara a sus amigas.

-Seguro que sí-, dijo Coti. -Pero Sol... no te sirve de nada seguir con esto. Me asusta verte enganchada, no pareces vos-.

-Lo sé-, suspiró.

-No quieres terminar como nosotras dos. Somos unas estúpidas que nos la pasamos pensando en tipos que no valen la pena. Y no importa lo caballero que sea, él tampoco vale la pena. Frenate de una vez, tratá de controlarte...-, dijo Lara.

-Pero... no tiene por qué ser tan bueno conmigo. Ayer me regaló flores, chicas. Yo me derrito. ¿Y si él también siente cosas? ¿Y si se separa de la mujer porque está enamorado de mí?-, dijo Sol. Al ver la mirada de desaprobación de sus amigas, se sonrojó.

-Podes vivir esperando a que eso pase, y ponerte peor cuando no pase-, dijo Lara.

-Che, ¡pero tampoco es imposible que se enamore de Sol!-, dijo Coti. -No seamos tan negativas-.

-No dije que fuera imposible... yo no sé nada con seguridad, nadie sabe nada. Pero lo que sí sé, es que el amor es simple-, dijo Lara.

-Tenés razón. Es que es tan difícil encontrar justo lo que quieres y dejarlo ir...-, dijo Sol.

-No es justo lo que quieres, solamente está cerca-, dijo Coti.

-Claro... un hombre fiel, compatible, interesante y que te vuele la bombacha. Conseguir las cuatro cosas es sacarse la lotería. Vos conseguiste uno que es compatible, interesante y que te vuela la bombacha. Adrián por ejemplo, me volaba todo, me resulta interesante, pero no somos compatibles, y creo que es la antítesis de fiel.

-Creo que Emiliano no me vuela la bombacha, chicas-, dijo Coti, con un puchero. Sus amigas estallaron en risas.

-Hablo en serio... tampoco confío en que sea realmente fiel, estoy todo el tiempo esperando enterarme que estuvo con otra... creo que es solamente interesante, no sé si somos compatibles-, dijo Coti, tristemente.

-Coti... entonces ¿qué haces con él?-, preguntó Sol, rodeándola con un brazo. Ella se quedó en silencio.

-Lo mismo que hacemos todas; perder el tiempo-, dijo Lara.

12

Coti recordó las palabras de Lara mientras esperaba con el celular en el oído durante varios minutos, escuchando nada más que el “tuuu-tuuu-tuuu” en el silencio de su cuarto. *“Guardarte el globito para alguien que lo sepa inflar sin pincharlo al final”*, había dicho su amiga. Sin saberlo ni darse cuenta había inflado un globo aerostático, el cual su novio más tarde se encargó de pinchar, en repetidas ocasiones. A pesar de todo, y quién sabe cómo, ella había logrado llenar de parches su globo para volver a remontarlo, una vez más. Pero como era de esperarse, Emiliano era incapaz de siquiera mantenerlo como estaba, con todas las ilusiones, los deseos, las fantasías que llevaba dentro, y mucho menos, de seguir inflándolo para algún día hacerlos realidad. Coti cortó la comunicación cuando de nuevo, la atendió la contestadora automática.

Al cabo de unos minutos se encontraba acurrucada en un rincón abrazando las piernas, con la cabeza apoyada contra la pared y la mente en blanco. Entonces recordó lo que había hecho Tatiana, su hermana mayor, al cortar con su primer novio, cuando ella todavía estaba en el colegio. Era casi inconcebible en su mente que Tati se separara de *Chacho* como le decía ella. A pesar de que en ese entonces, Tati tenía la misma edad que ella tenía ahora, la veía como toda una adulta. Considerando que Chacho y Tati habían estado juntos por casi cinco años, le parecía más que lógico que pronto se mudaran juntos, se casaran y tuvieran hijos. Sin embargo la lógica escapa al destino, y un día en que Coti ayudaba a Lara a estudiar para el examen de matemáticas, Tati llegó a casa con los ojos rojos e hinchados. Ambas quedaron perplejas cuando escucharon las noticias que salían en palabras ahogadas y llenas de tristeza. Cuando le preguntaron por qué se había separado de Chacho si lo amaba tanto, si eran el uno para el otro, como todos pensaban, ella respondió:

-Porque me di cuenta, chicas. Me di cuenta que estaba más triste que feliz-. Tatiana miró la calculadora que estaban usando las chicas para estudiar, y agregó: -Si hiciera un cálculo del porcentaje de las cosas que me hacen bien y las cosas que me hacen mal

de estar con Chacho, les puedo asegurar que no es un 50 y 50; ni siquiera un 70 y un 30... me pone triste mucho más seguido de lo que me hace feliz, y eso... está mal-.

“Está mal”, se dijo Coti. No importa cuánto lo amara, no importa la cantidad de tiempo que había compartido con Chacho; lo dejó porque estaba *mal*. Y lo importante es estar bien, ¿no? Al fin y al cabo, todos llegamos a este mundo solos, y todos nos vamos de la misma forma... un amor es como un compañero de ruta en la vida; si no es un buen compañero, nos retrasa, nos desgana. A veces, es mejor seguir viaje solo hasta encontrar un compañero más adecuado. Mientras tanto, hay un largo camino y millones de kilómetros que recorrer mucho más que suficientes para lograr olvidarlo.

Coti hizo una lista de razones por las cuales, a pesar de lo mucho que amaba a Emiliano y las cosas maravillosas que sentía estando a su lado (aunque no siempre), él no la hacía feliz, o mejor dicho, la hacía infeliz. Una hora más tarde, se horrorizó ante la lista, y sintió que ya tenía demasiadas razones para dejarlo. Fue al baño para lavarse la cara, ya pegajosa de lágrimas secas manchadas de maquillaje y volvió a su habitación, decidida a hacerlo. Marcó las teclas de su celular con dedos temblorosos, respiró hondo y se dijo que era por su propio bien. Estaba preparada a dejar un mensaje en la contestadora automática si era necesario, con tal de terminar con esto cuanto antes y empezar finalmente a hacer su duelo, en paz. ¿Él no tenía tiempo para verla? Bueno, la obligaba a hacerlo por teléfono. La sorprendió escuchar la voz de Emiliano del otro lado del aparato, con un somnoliento *“hola”*.

-Hola-, dijo Coti, secamente.

-... ¿Pasa algo?-, preguntó Emiliano.

Silencio.

-¿Qué pasa?-, insistió.

-Se terminó... Esto no da para más. Tenías razón en todo. Ya fue-, dijo Coti. No podía creer que esas palabras salieran de su propio cuerpo, pero lo había logrado. Por una vez le había hecho caso a su mente en vez de su corazón.

-¿Qué?-.

-Se acabó... chau, Emi-, dijo Coti, y cortó.

Lara repasaba mentalmente lo que había pasado durante los últimos tres meses desde aquella primera noche, con una sensación de irrealidad en el estómago. Al lado de Cristian, no hacían falta palabras, ni explicaciones, ni planes. Un día simplemente la había tenido, sin decir nada, sin pedir permiso. En la librería las cosas transcurrían con normalidad, salvo por una mirada cómplice perdida entre turno y turno, un beso robado en el depósito, un susurro indecente en la puerta. Pero fuera del trabajo... era otra cosa. Cada cual vivía su vida normalmente... hasta que de vez en cuando, él volvía a buscarla y ella accedía.

Cualquiera que observara la situación desde afuera, hubiera creído que Lara había sido manipulada por él. Una chica tan dulce, tan tierna, con un payaso mujeriego como él, tenía que haber sido un accidente. Cualquiera hubiera pensado que él estaba jugando con ella y esperaría el desenlace inevitable: otro corazón roto. Pero siempre hay más de lo que los ojos ven, y la realidad estaba lejos de ser esa. Ella lo había deseado, ella había logrado volverlo loco –o al menos, eso pensaba-. Ella lo había conquistado primero, y ahora estaba disfrutando de su triunfo. Sabía que Cristian no podía darle lo que ella más quería, ese “alguien que me quiera”, pero mientras cogieran, podía obviar ese detalle. De vez en cuando se quedaban charlando, fumaban porro, se reían. Lara lo veía cuando él se lo proponía; proponer era arriesgado: no quería enterarse de lo que él hacía cuando no estaba con ella. No había compromisos, no había arreglos... y estaba bien. No se sentía tan sola, o quizás su compañía no le dejaba tiempo de pensar en eso. Era como un día con temperaturas de primavera en medio del invierno: reconfortante pero efímero. Sabía que cuando llegara la noche volvería a sentir el frío.

“No importa que se termine. Tengo que disfrutar del momento, el presente es lo único que existe”, se intentó convencer. Cristian le gustaba de una forma extraña: no se parecía en nada al amor adolescente que había sentido por Leo, ni la obsesión-adicción que había tenido con Adrián. A veces deseaba que él la valorara, que se diera cuenta de quién tenía al lado.

“Vamos, Lara, no sos gran cosa, ni vos misma te creés esos ataques de autoestima”, pensaba. Sin embargo en un rincón de su mente había una vocecita que le decía que ella merecía mucho más. La vocecita era bastante oportuna, hablándole cuando veía que Cristian le miraba el culo a alguna. *“Mirá, mirá lo que te hace, vos no te merecés esto, ¿por qué no lo mandas a la mierda? Estás perdiendo tiempo. ¡No estás saliendo con nadie más porque te la pasas con un pelotudo que le mira el culo a otras adelante tuyo!”.* Pero no tenía ningún derecho sobre él. Tampoco era su culpa que ella no tuviera ganas de estar con nadie más en ese momento.

El día en que todo empezó a molestarle realmente fue cuando llegó Pía, más tarde rebautizada “Ar-Pía” por Sol. –Para mí que tiene las tetas hechas, no son gigantes pero son demasiado grandes para el cuerpito que tiene-, le había dicho a Lara con bronca.

Es que Pía era lo que todo hombre quiere: una mina normal. Bueno, normal, y con tetas más grandes que las suyas. Vestida a la moda, con su pelo con reflejos perfectamente lacio hasta los hombros. Tenía el flequillo recto sobre los ojos claros de pestañas muy largas. Nariz respingada, labios gruesos, voz de pito, 1.60 m de perfección. Una chica linda, linda y normal. Cristian la vio ni bien empezó a trabajar en el local de lencería de en frente de la librería. Pía –se enteraría de su nombre a través de nada menos que los chicos, ya completamente obsesionados con ella y sus dotes físicos- había llegado para quedarse, no sólo con la atención del barrio, sino la de Cristian.

14

Es gracioso cómo a veces la vida da y quita; cómo se equilibran las situaciones, las relaciones y las emociones. Todo lo que sube, baja. Si llega hasta al fondo, no queda más que subir.

Hacía varias semanas ya que Cristian se distanciaba cada vez más de Lara. Ya no la llamaba, ni la histeriqueaba. “*No me va a llamar hasta que no tenga nada mejor que hacer... o capaz, ya fue*”, pensaba ella. Al principio, no le importaba demasiado dejarse usar; después de todo, ella también estaba usándolo a él. Pero cuando apareció Pía junto a sus celos y la tristeza de saber que él podía enamorarse de ella... (“*¿Por qué de mí no? ¿Por qué?*”), resurgieron todos los deseos que venía reprimiendo hacía tiempo. Deseos de amar y ser amada.

La impotencia le causaba bronca que se acumulaba en la boca de la garganta, esperando ser vomitada en un ataque verborrágico que por suerte todavía era capaz de controlar. Fue en ese momento de furia y vuelta a un estado de soledad mental insoportable cuando reapareció Adrián.

Estaba en la librería con un aburrimiento atroz, hojeando una revista de las que traía Martha, esas que muestran fotos de las celebridades sin maquillaje, saliendo del supermercado acosados por los paparazzis. Era un día de los tranquilos, con un cliente acá y allá, mirando, leyendo las primeras y las últimas páginas de los libros. Como de costumbre, se perdía en razonamientos incoherentes: “*¿Por qué la gente lee el principio y el final? ¿El desarrollo no les importa? ¿Tan ansiosos son que necesitan saber el final antes de comenzar? Si la vida pudiera leerse como un libro, empezando*

por el final para sacarse la ansiedad, ¿no perdería el sentido vivir? La incertidumbre de qué te vas a encontrar cuando das vuelta la página, la emoción que te deja no saber cómo va a empezar el próximo capítulo después del gancho que te deja el autor... no les importa, solamente quieren saber el final... ¿Y si el final no les gusta? ¿No compran el libro? ¿Y si pudiéramos leer el final de nuestras vidas, elegiríamos vivirlas a pesar de todo?...”.

El celular sonó en medio de la divagación. Ciertamente, jamás se hubiese imaginado este punto de giro en su historia. Lo sacó del bolsillo del pantalón holgado distraídamente y leyó. Tuvo que entrecerrar los ojos y leer cuidadosamente, letra por letra, la A seguida de la D, de la R, de la I... “Adrián. Es él. ¿Es él? ¿O le robaron el celular y...? No”. El mensaje era tan simple y casual que casi no lo comprendía:

“Laraaa, princesa, ¿Cómo va tanto tiempo?”

El corazón empezó a golpear fuerte ni bien sus neuronas conectaron el nombre de Adrián, con sus recuerdos de él, con los sentimientos que le producía, con el mensaje, y finalmente con éste recibido en su propio celular, no meses atrás (verificó que la hora y la fecha efectivamente fueran las actuales), sino en ese mismo instante. Una clienta de las que habían estado leyendo el final de los libros, tuvo que sacarla de su trance. Tenía la mirada tan clavada en el aparato, en las letras, en la textura de los botones, y la mente tan lejos de todo lo que la rodeaba que no la había notado delante suyo esperando que le cobrara.

Si existen los momentos en los que el mundo parece parar y el tiempo deja de existir, este era uno.

Adrián se había “acordado” de ella. Por suerte su turno en el trabajo había terminado y tendría tiempo... tiempo para pensar. Cuando un acontecimiento de este tipo ocurría, necesitaba escaparse de todo para poder pensar. De alguna forma, digerirlo, analizarlo, desmenuzarlo, hacer una autopsia, sacar conclusiones, tomar evidencias, atar cabos, deshacer nudos, armar rompecabezas. Volverse loca.

Cristian entró al local tarareando alguna canción, saludó brevemente, dejó la mochila en una silla cerca del depósito, se asomó por la vidriera y vio a Pía en la vereda de enfrente con su impecable bronceado, sus pantalones blancos bien ajustados en la cola y el escote en V. Lara sintió una nueva oleada de bronca.

Cristian salió disparado en cuanto la vio, y Lara miró toda la escena sin sorprenderse. Y en ese momento, no le importó nada. Adrián después de todo, no era otra cosa que un idiota. Pero él nunca había tenido la culpa de nada de lo que ella había sentido por él. Y ahora que estaba libre de esos sentimientos, ahora que había alguien más que estaba causándole daño, él había vuelto... tal vez para salvarla de cometer el grave error de obsesionarse con Cristian.

El cerebro estaba a punto del cortocircuito, quizás por el shock. *“¿Le contesto? No, no le contesto, ¿qué se cree? ¿Qué puede venir así como así, aparecer después de tanto tiempo? Sí, puede... está en su derecho, ¿qué tiene de malo? Le contesto, casualmente, claro. Nada de arrastrada, solamente lo políticamente correcto... Bah, ¿a quién quiero engañar? Mataría por acostarme con él de nuevo... me haría olvidar de todo... Creo.”*

Vio a Cristian cruzar la vereda mientras salía de la librería. Por un segundo sintió bronca, antes de recordar el rostro de Adrián... Lo que hacía Cristian ahora dolía un poco menos. Al irse, lo saludó indiferentemente, por primera vez en mucho tiempo, y empezó a caminar con una sonrisa estúpida en la cara.

Cuando quiso darse cuenta ya había pasado casi una hora y media. La clase de danzas (otra excusa para no estudiar) había sido algo accidentada, por su falta de atención. Entre giro y giro, se perdía imaginando lo que pudiera pasar. ¿Por qué le importaba tanto idear una respuesta perfecta para un simple mensaje de texto? ¿Qué diferencia hacía? Ya no sentía amor por Adrián. Ya no necesitaba que él la quisiera, o construir una imagen de una persona que él querría, porque no servía, porque las cartas ya estaban echadas en la mesa desde hacía tiempo.

Él la quería para una sola cosa, para lo mismo que la había querido siempre. Ahora ella lo quería para eso mismo, para lo único que tendría que haberlo querido desde un principio.

15

La noche todavía era joven cuando Adrián estacionó su auto bajo el edificio donde vivía Lara. Ella había estado un rato largo observando la calle ansiosamente desde el balcón. Había salido corriendo del trabajo, con una mezcla de emoción, picardía, nervios, y miedo. No era para menos: iba a ver al último hombre del cual se había enamorado, y al que *creía* haber superado, por primera vez desde aquella vez que había huido de ese bar. Esta vez no habría otra mujer, esta noche era suyo como tantas otras veces en el pasado y nadie podría hacerla sentir mal. Cristian se colaba en su mente y lo echaba, puteándolo para que se fuera con Pía, si tanto le gustaba.

Aunque había intentado relajarse tomando un largo baño, nada daba resultado; el corazón se le salía del pecho. Se preparó muy rápidamente pensando que no tenía tiempo, pero el tiempo sobraba. Demasiado. Dio vueltas por el pequeño departamento como una loca en un manicomio hasta que decidió calmarse por las buenas: tenía una botella de vodka en la heladera. Se sirvió un trago y esperó en el balcón, imaginándolo llegar. ¿Realmente iba a pasar? ¿Iba a llegar? ¿Adrián era... real? Sí lo era. Era un chico

cualquiera, lo único que lo había hecho especial era verlo a través de sus propios ojos y sentimientos. Los lentes rosas, le dicen.

Cuando lo vio pegó un salto. Se había relajado pensando que la hora no llegaría nunca, o que en cualquier momento recibiría un mensaje de texto cancelando el encuentro. Pero ahí estaba. El auto gris se estacionó suavemente junto a la vereda. Por varios meses, ver un auto de esos le había dado escalofríos. Pero este era el *suyo*. Se bajó, cerró la puerta y se acercó caminando tranquilamente hasta el portero con las manos en los bolsillos. Lara se quedó hipnotizada por unos segundos casi sin creerlo, hasta que sonó el timbre y se levantó torpemente. Corrió por el departamento, asegurándose que todo estuviese en su lugar. Una última mirada en el espejo y finalmente, tomó el portero eléctrico.

-¿Sí?-, dijo casi con un hilo de voz.

-¿Princesaaa?-, dijo Adrián, con su voz más perversamente tierna.

-¡Hola! Subí...-, contestó ella.

“Me dijo princesa, ahh lo mato, no lo puedo creer que esté acá, qué lindo, me muero, me muero.” Lara soltó una risita nerviosa al darse cuenta que estaba algo mareada y que Adrián seguramente iba en el ascensor, con su remera negra, sus jeans rotos y cinturón de tachas. Lo había observado solamente unos segundos pero bastaban para clavar a fuego la imagen de su cuerpo en su memoria. También se dio cuenta, mientras preparaba dos tragos con hielo, uno para cada uno, que Cristian había quedado completamente fuera del mapa, aunque sea por un rato. Aunque pensar en que no estaba pensando en él, era seguir pensando en él. Se escucharon dos golpecitos en la puerta de madera blanca. Lara respiró profundamente y la abrió.

Sonrieron y se abrazaron.

-¿Cómo estás? ¡Tanto tiempo!-, dijo él.

-Demasiado tiempo-, contestó ella, mientras sentía el derretimiento interno, apoyando el mentón en su hombro.

Él volvió la cabeza para mirarla a los ojos, y sonriendo le dio un beso suave en los labios.

Los ojos verdes que la quemaban ni bien se posaban sobre ella. Los brazos de Adrián, un lugar en el que había deseado quedarse por siempre. El perfume de Adrián, una fragancia que inmediatamente asociaba al sexo, al calor. La boca de Adrián, un agujero negro por el cual caías para nunca regresar... y tampoco te importaba.

Él puso música en la computadora (una selección que, para el gusto de Lara, era excelente para lo que estaban a punto de hacer). Tomaron unos pocos tragos ya que la

conversación fue bastante corta. Con Adrián, no importaba actualizarse sobre el trabajo o el estudio, ni contarse cómo se sentían con los cambios, ni hablar del clima, ni de la gente que los rodeaba. Él sabía cómo hacer de cada pequeña cosa un chiste, haciendo que se riera y muriera de ternura a la vez. Sólo existían ellos dos, y ese momento.

Ella se sentía succionada por él, por su energía. Todavía era magnético, todavía la atraía de formas que nadie más podía, aunque a la vez, tenía una sensación extraña, como si estuviera fuera de sí misma. Ella recogió los vasos una vez que terminaron de tomar para llevarlos a la cocina, y los puso en la mesada. Él se levantó tras ella. Sintió su respiración en la nuca. La agarró firmemente de la cintura, la giró enfrentándola a él, la besó lenta y profundamente... Lara sintió dispararse la dopamina. Adrián la alzó y la sentó en la mesada, presionando su cuerpo contra ella. Sabía exactamente cómo volverla loca, *paso a paso*.

16

Los primeros rayos de sol amenazaban con entrar a la habitación. Sus ojos se habían ido adaptando a la oscuridad y podía verlo perfectamente. A pesar del cansancio, no tenía sueño, no quería perderse ningún detalle, no quería dejar de acariciarlo. Pasaba los dedos suavemente sobre su pecho, que subía y bajaba mientras él dormía cada vez más profundamente. De nuevo tenía a su amor imposible a su lado, a un hombre que era perfecto de mil maneras, pero que irónicamente, jamás hubiera podido hacerla feliz. Un hombre que la lastimó sin tener la intención, sin saber. Él seguía siendo el mismo de antes: gracioso, perverso, impredecible, tierno, e increíblemente sensual a la vez. Si alguien hubiera visto su rostro de piel tersa y blanca como porcelana, durmiendo pacíficamente bajo la luz del amanecer, nunca hubiera imaginado que hacía tan solo unas horas, había alzado a Lara contra la pared hasta hacerla gritar de placer. Tenía un aspecto tan angelical y sensual a la vez... Lara posó sus labios suavemente contra su mejilla derecha y acarició su cara, su barbilla y sus labios.

Era la creación más perfecta que había visto en su vida. Todavía lo veía así. Sin embargo, no se asustó. Sabía que ya no estaba enamorada. Quizás sí de su cuerpo, de las pocas cosas que él le había mostrado de su personalidad, pero no de *TODO* él. No estaba enamorada de su apetito interminable por las mujeres, ni extrañaba verlo con otras. Ya no fantaseaba que él le decía las cosas que ella quería escuchar, tampoco quería que lo hiciera: jamás hubiese confiado en él sabiendo lo que sabía. Pensó que seguramente él no volviera a llamarla hasta un tiempo después, o quizás volviera con su reciente ex, pero no le importó.

Desde que lo había conocido, Lara se había dejado ahogar miles de palabras en la garganta. Palabras que él jamás iba a escuchar, porque no las merecía, y porque no tenía sentido decirlas sabiendo que la única posible respuesta de su parte hubiese sido salir corriendo. Después había llorado tanto por él que tal vez las lágrimas habían limpiado su discurso... y ahora solamente sentía alegría, porque lo único que quería decirle era una sola palabra: Gracias.

Es que siempre había querido convencerse de que el hecho de que ella conociera a Adrián aquella vez en el boliche, era algo que tenía que pasar, como una experiencia de aprendizaje. Aprender qué, no lo sabía. Tampoco estaba segura de que fuera así, pero era la única explicación y consuelo posibles en aquellos tiempos. Ahora se sentía agradecida por cada momento, sentimiento y emoción que había tenido por él. Adrián le había enseñado a perder el control, a empujar los límites, a convertir todo en un juego. Antes de conocerlo, todavía le importaba tanto lo que pensarán los demás que no se permitía divertirse o aventurarse a cosas nuevas. Él veía a las personas como criaturas misteriosas en las que siempre había más por descubrir; sabía muy bien que las apariencias engañan, y que solamente vemos la punta del iceberg. Gracias a él y su curiosidad, había descubierto partes de sí misma que nunca hubiera pensado que existían.

Mientras lo acariciaba, le dijo mentalmente: *“Si no me hubiera enamorado de vos, hoy no sabría exactamente qué quiero en un hombre y qué no. Si logré dejarte ir a vos, que fue lo más difícil que hice en mi vida, puedo dejar ir a quien sea... vos me diste fuerzas, vos me enseñaste... y esta noche, aunque para vos fuese como cualquier noche... para mí fue como una revelación... sos tan hermoso... es tan hermoso disfrutarte sin lastimarme, comprender esto... estar feliz, con lo que fue, con lo que es y lo que será...”*, pensó.

Cerró los ojos y deseó recordar ese momento cuando se despertara. ¿Quién iba a pensar que iba a descubrir tantas cosas? ¿Quién iba a pensar que iba a terminar queriendo agradecerle a un hombre por romperle el corazón? Sorpresivo y agradable. Encajar las piezas del rompecabezas finalmente era alucinante. Él se dio media vuelta y la abrazó. Ella le acarició el pelo con ternura, atesoró ese momento como la despedida que jamás había esperado... y se durmió.

-A que no saben quién apareció-, dijo Lara, entrelazando las manos sobre la panza, recostada en la cama de Sol. Sus dos amigas la miraron curiosas.

-No me digas que Leo-, dijo Coti.

-No, por suerte no me volvió a molestar después de no contestarle las últimas veinte veces que me buscó-.

-¿Adrián? ¿En serio? ¡No te puedo creer!-, dijo Sol. No sabía cómo reaccionar; Lara estaba demasiado contenta y no era una buena señal.

-Sí, el mismo. Parece que se separó de la novia, o después de todo, era una cornuda, como sospechaba-, dijo Lara, con una sonrisa amplia y tranquila.

-¿Cómo reapareció? ¿Qué hizo?-, preguntó Coti. A ella no se le podían obviar los detalles, contarle algo desde el medio o desde el final no le salvaba de empezar desde el principio.

-Me mandó un mensaje preguntando cómo andaba, como si no hubiese pasado el tiempo. Yo le contesté, me llamó por teléfono, y una cosa llevó a la otra...- Lara hizo una mueca y levantó y bajó las cejas varias veces. Sol la hubiera felicitado al escuchar eso en otro momento, pero sabía que con Adrián la historia era diferente: no tenía ganas de ver a su amiga sufrir por el mismo tipo de nuevo.

-Pero... sabes que va a volver a pasar lo mismo... digo... ¿cómo te sentís? ¿No te revolvió todo verlo de nuevo?-, preguntó, mientras compartía una mirada de preocupación con Coti.

-No... la verdad es que la pasé muy bien. Sabía que al otro día no podía esperar que él me llamara, ni nada por el estilo. Osea, lo conozco, sé como actúa, porque sigue siendo exactamente igual que antes. No espero nada de él... entonces ya no me puede hacer mal. Es genial. Estoy muy bien, en serio-, dijo Lara.

-Bueno, mientras estés segura...-, dijo Coti, dudosa.

-Estoy segura. Ya no estoy enamorada de él, ni podría volver a sentirme así. Sería estúpido de mi parte volver a enamorarme de un mujeriego después de todo lo que aprendí... como Cristian-.

-¿Pensas que no da para algo más serio con Cristian?- preguntó Coti.

-No... primero, yo no estoy enamorada de él. Mucho menos él de mí. Segundo, es otro mujeriego, nunca podría confiar en él-, dijo Lara, indignada. Se le vino la imagen de él atrás de Pía como un perrito faldero y le dio bronca.

-Es casi igual a Adrián-, dijo Sol. Lara hizo una mueca de disgusto al entender cómo había repetido la historia.

-Bueno, pero no sé, siento que Adrián es distinto. Es más como un nene en una chocolatería, quiere probar todo por simple curiosidad... Cristian... no lo entiendo... a veces puede ser tan frío... Además, ¿no son todos un poco así? Emiliano también era así-, concluyó Lara.

-Emiliano te hizo creer que te quería, ese era peor-, le dijo Sol a Coti.

-¿Y Cristian no hizo lo mismo?-, contestó Coti, ofendida.

-No, la verdad que no. Me parece que el problema somos nosotras, chicas... no ellos. Ellos... sí, creo que ellos son todos unas putas-, dijo Lara, riéndose.

-Iván no hizo nada para hacerme creer que me quería... y me enamoré igual-, dijo Sol, suspirando.

-Vamos, te histeriqueaba. Te buscaba. ¿Ya te olvidaste de las flores que te regalaba? Ese tipo es una mierda-, dijo Lara. -Pero aunque sea uno en un millón, me niego a creer que sean todos así. No puede ser-.

-Yo pensaba que era una cuestión de edad, pero con lo de Iván, quedó comprobado que no-, dijo Sol.

-Creo que está bien que tanto hombres como mujeres se acuesten con quien quieran cuando quieran. Creo que el problema es la histeria-, dijo Lara.

-Pero si te vas a enamorar, te enamoras, con o sin histeria de por medio, Lara-, dijo Coti.

-Bueno pero si no hay histeria entonces es más fácil tomar la responsabilidad, hacerse cargo de que si te enamoraste fue culpa tuya y de nadie más. Si te van a coger y nada más, deberían limitarse a hacer eso. Nada de palabras. Nada de compartir cosas, salir juntos. Solamente hola, coger, y chau. La estúpida que se enganchó sin fundamentos, siempre fui yo-, dijo Lara.

-Debería ser más fácil. La gente debería poder decirse “quiero coger con vos y nada más”. Y si es mutuo, para adelante. Si alguno de los dos se enganchara, entonces se jode porque había un acuerdo previo, coger y nada más-, dijo Sol.

-No sé si se puede encasillar tanto todo-, dijo Coti. -Puede haber un acuerdo previo y que se termine mezclando todo también-.

-Yo pienso que si hay vueltas, no es natural. Si no es natural no es fácil. Si no es fácil, no es amor-, dijo Lara.

-¿Y quién te dijo que el amor es fácil?-, dijo Coti.

-Si dos personas dan vueltas, no significa que no se quieran... significa que dan vueltas...-, reflexionó Sol, mirando el techo concentradamente.

-Y dan vueltas porque no dicen la verdad...-, dijo Lara.

“El amor fácil... pero no hay amor sin verdad”.

18

A veces parece que los hombres pueden oler que estuviste con otro, porque el lunes siguiente luego de ver a Adrián, Cristian estaba como loco.

Lara estaba radiante; no sólo por la “revelación”, ni el sexo, ni la satisfacción de haber vuelto a tener a Adrián en sus brazos: había logrado despejar su mente de Cristian, que era lo único que la tenía un poco alterada, desde que se había dado cuenta que estaba repitiendo la historia, acostándose con otro hombre al cual no le importaba en absoluto.

Pero claro, la paz no iba a durar mucho más, porque Cristian no paraba de acosarla, haciéndola olvidar lo que había aprendido. Gonzalo, muy observador, notó el incremento de histeriqueo repentino.

-¿Qué le pasa a éste?-, le preguntó a Lara una vez que Cristian se fue de la librería.

-¿Qué le pasa con qué?-, dijo Lara distraídamente mientras hojeaba un libro con fotografías de paisajes australianos. Gonzalo la miró hasta que ella subió la vista.

-¿De qué hablas?-, preguntó Lara, poniéndose nerviosa. ¿Sospecharía algo? Habían pasado cinco meses ya desde que Cristian y ella habían dejado de ser simples compañeros de trabajo. Los primeros cuatro meses no habían perdido tiempo, pero sin embargo habían logrado mantener el secreto de los demás. A pesar de que Lara moría por contárselo a Gonzalo (después de todo, se había convertido en un amigo), tenía miedo de lo que pudieran hablar entre ellos dos- quién sabe qué detalles gráficos podían llegar a contarse entre hombres-, y de arruinar lo poco que había conseguido. No se acostaban desde hacía más de un mes ya; Cristian se mantenía ocupado con Pía. O vaya una a saber con cuántas. Lara sospechaba que sus miedos, finalmente se estaban convirtiendo en realidad: se estaba enamorando de otra. Lo que más le dolía era pensar si nadie se enamoraba de ella, nunca, debía tener serios problemas.

Gonzalo tomó un sorbo de café, lo dejó sobre el mostrador, miró alrededor (sólo había una mujer al fondo de la librería) y le dijo en voz baja: -Decime la verdad, Lara... ¿pasó algo con Cristian?-. Lara abrió los ojos como platos, bajó la mirada, se rascó la frente y suspiró.

-Lo sabía-, dijo Gonzalo, sonriendo.

-Sí, no sabía si él te había contado...- empezó Lara, sonrojándose.

-Está bien. Me di cuenta. Además, los dejé solos mil veces, ya te dije, me cansa que anden histriquéando acá, no los soporto-, dijo Gonzalo soltando una risita. Lara sonrió. -También me di cuenta cómo te pusiste cuando empezó a andar atrás de Pía... no estarás enamorada de él ahora, ¿no?-, preguntó frunciendo el ceño.

-¡No!-, contestó Lara, sorprendida. -No estoy enamorada... yo sabía cómo es él... si fuera un poquito diferente con respecto a las mujeres, en una de esas...-, dijo Lara.

-Pero te pusiste celosa-, dijo Gonzalo. -Algo te pasa, te enganchaste-.

-No... bueno... no sé. Me confundí supongo. Estaba todo bien y de repente llegó esta chiruza y empezó a andarle atrás como perro en celo. Me dio bronca, obvio-, dijo Lara, mirando a través de la vidriera el local donde trabajaba Ar-Pía con recelo.

-Y él se dio cuenta. Me preguntó si sabía qué te pasaba que estabas tan cortante... pero se ve que ya se cansó de Pía porque hoy no te dejó en paz-, dijo Gonzalo. -Todo lo viejo vuelve a ser nuevo, tarde o temprano-. Lara no había pensado en esa posibilidad.

-Para mí que está enamorado de Pía-, dijo Lara. Gonzalo se rió y casi escupió el café que acababa de tomar.

-¿Qué?-, preguntó Lara, enojada.

-Si no se enamoró de vos, ¿por qué se va a enamorar de *esa*?-.

-¿Por qué no?-

-¿Y por qué no de vos?-

-Porque yo repelo a los hombres. No sé, capaz huelo mal, o soy aburrida, o me río muy fuerte... o ronco. No se enamoran de mí. Nadie-, dijo Lara, cruzando los brazos.

-Sos una estúpida. No entiendo por qué pensas eso... pero no pienso decirte todo lo contrario para subirte la autoestima. Estoy seguro que no está enamorado de Pía, ni un poquito. La gente no cambia-, dijo negando con la cabeza.

-Pienso eso porque es lo que me pasa todo el tiempo, Gon. Los tipos no se me acercan. Cuando se me acercan, es porque me quieren coger. Nunca se acercan a conocerme, nunca se toman el tiempo. Siempre vienen con histeriqueos, se hacen los vivos... o me miran pero no intentan nada. Los atraigo y enseguida los repelo-, dijo Lara, suspirando. Otra vez cruzó por su mente que las cosas deberían ser fáciles, como lo eran para el resto de la gente. Ya no se sentía tan bien.

-No los repeles. El problema es que a vos solamente te encaran los cara rota, y es entendible...- dijo Gonzalo.

-¿Qué es entendible?-dijo Lara. La frustración había vuelto. Estaba bien mientras no se ponía a pensar en estas cosas, pero una vez que empezaba no podía frenarlo. Necesitaba comprender para dejar pasar las cosas, y este asunto del “repelente”, como le decía ella, era tan frustrante que la ponía nerviosa. Si algunos se babeaban cuando la veían pasar, si era tan simpática, divertida, y tierna como le decían sus amigos, si no era una de esas mujeres desesperadas que acosan a los hombres, y tampoco se regalaba con moño a cualquiera... ¿por qué nadie se enamoraba de ella?

-Es entendible que se te acerquen los tipos equivocados. Tipos como Cristian, que se la pasan de minita en minita. Como no les importa nada, se las encaran a todas, total no tienen nada que perder. Y no es que no se enamoran de vos... no se enamoran de nadie. A veces se confunden, eso no te lo niego, pero también se confunden con las minas equivocadas, porque generalmente son exactamente igual a ellos... histéricas, y putas-

-Pará, pará-, dijo Lara, interrumpiendo. -No me respondiste por qué es entendible que se me acerque solamente esa clase de tipos.-

-Porque sos una mujer que... da miedo-, dijo Gonzalo, riéndose, como si fuera gracioso.

-Ah, gracias-, dijo Lara irónicamente. En vez de aclarar las cosas las embarraba.

-Sos demasiado linda, Lara. Y tenés una personalidad que no cualquiera tiene. Vos decís que sos tímida, pero desde afuera se ve otra cosa; hay que tener los huevos bien puestos para encararte, o ser muy cara rota.-

Lara se sonrojó, aunque le dio bronca. Otra vez ese discurso de “sos demasiado”. Qué estupidez. Cada vez que escuchaba eso, pensaba lo mucho que sus amigos la querían.

-Aunque tuvieras razón en eso, que no la tenés...-, empezó ella, y Gonzalo la interrumpió.

-Vos preguntaste, yo te respondí. Como hombre, te puedo asegurar que es así, está en vos si me crees o no. Tu autoestima de mierda me tiene las bolas llenas-, dijo Gonzalo, haciendo una mueca.

-Bueno, aunque tuvieras razón... ¿por qué hay que ser tan “valiente” para encararme? ¿Tengo cara de mala persona?-, preguntó Lara.

-No... tenés cara de ser inalcanzable. Los hombres, a menos que seamos como esos que te buscan a vos, generalmente buscamos una “presa” fácil. ¡Imaginate la cantidad de rechazos que nos comemos desde que somos chicos! Llega un momento que o te convertís en un autito chocador, o bajas un poco los ideales y te conformas con lo que haya-.

-Pero ni que fuera una modelo, soy una piba normal ¿de qué me estás hablando?-, dijo Lara, enojada.

-Es así, Lara. Si estás en un boliche, y para la mayoría de los hombres vos sos... no sé, un 9... y el tipo se considera un 5... ¿de dónde saca los huevos para encararte?-

-Es cualquiera eso de enumerar a la gente por el aspecto físico-, contestó ella. Jamás hacía eso al ver a un hombre, qué costumbre más fea.

-Bueno, es un ejemplo... te tenes que poner en el lugar del otro-

-Ya sé, yo también les tengo miedo a los tipos demasiado lindos. Me cuesta creer que yo dé esa impresión... pero qué triste que se estén conformando con lo que consiguen... no se dan cuenta lo solas que estamos...-

-Las chicas más lindas son muchas veces las que más solas están. Sin ir más lejos, la petiza de acá a la vuelta, la de la panadería, ¿cómo se llama?-

-¿La Mechi?-

-Esa. Fijate... no tiene un cuerpazo, de cara es bastante...- Gonzalo hizo una mueca de asco. Lara lo interrumpió. -¡Ay! Qué malo que sos-.

-No soy malo, está a la vista. No digo que sea fea, pero no te llega ni a los talones. Y ¿alguna vez la viste sola?-

-No... tuvo como tres novios seguidos desde que la conozco... uno atrás del otro -. “*En serio, ¿cómo hace la gente?*”, pensó una vez más.

-Bueno. Ustedes dos, vos y la Mechi, tienen una linda personalidad, son divertidas y simpáticas. Pero la diferencia es que la Mechi no da miedo-.

-¿Entonces? ¿Me tengo que poner un cartel de “acérquese, no muerdo”?-

-No... pensalo así: si todos los que te ven atractiva intentaran conocerte, te acosarían todo el tiempo. Tomalo como una ventaja, tenés un filtro... así sabes quién tiene huevos y quién no-.

-Pero también están los cara rotas, dijiste-.

-Bueno, los cara rota a veces también tienen sentimientos, no todo es tan blanco o negro. Lo que parece a veces no es lo que es...-, dijo Gonzalo distraídamente, mirando a Cristian a través de la vidriera.

-Vas a tener que aprender a distinguir entre forros y boludos-.

19

Comportamiento básico de una mujer des enamorada

Fase 3: Desilusionada

Está ocupada. Completamente ocupada haciendo cosas que en realidad no quiere hacer. Ya no tiene ni tiempo para estar consigo misma, su persona favorita. El cansancio la obliga a dormir. Fue un día largo, hizo demasiadas cosas para su gusto. El 95% de las cosas que hizo no la entusiasmaron, ni la llenaron, a pesar de que mientras las hacía una vocecita en su cabeza -que se iba apagando como si se le acabaran las pilas- le repetía que nadie la obligaba a estar ahí, que esto había sido su propia elección. Se da cuenta que ocupar su tiempo no significa ocupar su mente, y que la pasión surge sola, no se la puede forzar a venir cuando uno quiere. ¿Dónde está la pasión?

El desencanto la preocupa.

Su cabeza giraba entre los dos. Por primera vez en su vida, no era uno si no dos hombres los que la distraían de las cosas en las que *debía* pensar. La facultad iba bien, pero no la apasionaba. Los hobbies de a poco se hacían monótonos, insulsos. Al igual que el sexo sin amor. A pesar de que Sol le había dicho que aunque fuese divertido, el sexo no lo era todo, no se lo había creído hasta ese momento.

Su amiga también tenía la cabeza en cualquier parte, pero al menos sabía lo que quería. Habían salido de shopping en un intento de levantar sus ánimos gastando lo poco que le permitía su sueldo en un par de botas nuevas, o un conjunto sexy; cuando Sol se sentía mal, ponerse sexy la hacía sentir mejor.

-Estoy perdiendo tiempo. Es un tipo casado, yo sé que no se va a separar de la esposa. Y aunque se separe, ¿podes confiar en alguien así?-, dijo Sol, mirando una vidriera.

-Yo no podría... aunque hay gente que lo hace. Pero Sol, si sabes que no querés estar con él, ¿para qué la seguís?-, dijo Lara.

-¿Y vos para qué la seguís con esos dos...?-, contestó Sol, mirándola fijamente.

-No sé... me calientan-, dijo Lara, riéndose.

Sol soltó una carcajada y una señora mayor las miró con mala cara. Se rieron mientras caminaban por el shopping a paso lento.-Pero también te hicieron sentir mal.

-Adrián ya no me hace sentir mal, y además, no nos volvimos a ver... Y Cristian... no es culpa suya. Creo que si algo me hace sentir mal, soy yo misma, con mis enrosques. Y con él no pasó más nada, prácticamente es historia-, se excusó Lara.

-Bueno...pero también estás perdiendo tiempo. ¡En vez de hacer cosas productivas estamos pensando en tipos que no valen la pena! Dejé otra materia en la facultad, no me puedo concentrar, no tengo ganas...-, dijo Sol.

-Lo sé... ni me hables de hacer cosas productivas-, dijo Lara.-Extraño tener tiempo libre, tiempo de no hacer nada. Estoy cansada ya. No sé lo que quiero-.

-“Si no sabes lo que quieres, es porque no quieres lo que tenes”-, dijo Sol.

-Esa frase es totalmente cierta. Y se puede aplicar a todo-, dijo Lara.

-Sí... no quiero estar con él... así, siendo “la segunda”-, dijo Sol tristemente.

-Por eso, vos sabías que era un hombre casado. Sabías que ibas a ser “la segunda”. Sin embargo probaste... para ver si era lo que querías...-, dijo Lara.

-Sí, supongo que sí-.

Lara hizo una mueca. -Yo no puedo hacer eso. No quiero probar cosas para comprobar si las quiero o no. Quiero *quererlas*, sin dudas-.

-Yo sé que quiero *esas* botas, ahora, ya-, dijo Sol, señalando unas de cuero bordó y taco aguja.

Sol se probó las botas que le calzaban perfectamente, y salió con una bolsa gigante y cara de enamorada. Al ver su sonrisa, Lara reflexionó:

-¿Ves? ¡Así! Una sabe lo que quiere, el tema es que al no conseguirlo, se conforma con lo que encuentra, para el “de mientras”. Si no hubieras encontrado esas botas, estoy segura que hubieras comprado otras que no te gustaban tanto, y el mes que viene estaríamos acá de nuevo buscando otras-.

-¿Sabes que sí? Tenes razón-.

-Al igual que es al pedo que te esfuerces por un tipo que sabes que no es el amor de tu vida-, dijo Lara.

-Es que no sé qué tiene que tener el amor de mi vida-, reflexionó Sol.

-Deberíamos hacer la lista entonces-, le recomendó Lara.

20

Comportamiento básico de una mujer desenamorada

Fase 4: Desesperanzada

Larga todo a la mierda. Si no hay pasión, que no haya nada. Si la pasión no se puede buscar, hay que esperarla. Pero ¡tarda tanto, la muy hija de puta! ¿Cuándo se dignará en volver? ¿Volverá? No, se fue. Esta vez se fue, no hay forma de que regrese. Ni haciendo el baile de la lluvia, ni revisando la gigantesca lista de pasiones que los demás tienen en busca de su propia identidad (¿cómo les pueden apasionar semejantes boludeces?) ¡Andate a cagar, pasión forra! No te necesito, viviré así, en la nada.

El desencanto la estanca.

Coti había dado los últimos parciales del cuatrimestre en la facultad, y necesitaba festejar su libertad momentánea. A la vez, Sol se sentía un poco amargada por vivir tan pendiente de Iván. Por eso decidieron hacer una “noche de chicas”. El plan era ver a Siniestros en La Cueva mientras se emborrachaban para olvidar sus penas y más tarde, ir a bailar.

Lara no había podido negarse a ir a ver a la banda, pero sí podía irse después, si su voluntad se lo permitía. No se sentía ni bien, ni mal. A veces tenía celos irracionales hacia Cristian mezclados con la impotencia de sentirse despreciada. Aunque en realidad, no lo había visto más con Pía. Quizás también se había aburrido de ella. La simple ilusión de pasar otra noche con él no llegaba a hacerla feliz, pero lograba adormecer la parte de ella que quería serlo, aunque fuera como un parpadeo, lo ves, no lo ves, lo ves, no lo ves.

Coti estaba demasiado confundida y dolida como para querer conocer otros hombres. Todavía estaba enamorada de Emiliano y no había llegado a “la etapa de la bronca”, como le llamaba Lara. Estaba enojada consigo misma más que con él.

—La bronca soluciona todo. Hasta que no te des cuenta de lo idiota que es, de las cosas que te hizo, de que la culpa no es toda tuya, y que mereces muchísimo más de lo que él te daba... no vas a poder pasar a la siguiente etapa-, le había dicho Lara, con mucha razón. A veces sus teorías tenían sentido, tenerle un poco de bronca a Emiliano le daba un poco de libertad y fuerzas para desgarrarse de él.

Ninguna de las dos tenía muchas ganas de salir, pero querían hacerlo sobre todo por Sol. Era muy extraño verla tan “apagada”, cuando era ella siempre la que estaba desdramatizando las historias de sus dos amigas, hablando de sexo sin sentimientos, actuando básicamente como un macho cabrío en el cuerpo de una hermosa mujer. Iván realmente la había reducido a un trapito de piso, una caricatura de quien ella era antes de conocerlo. Había empezado a fumar de nuevo, tenía la mirada perdida, y ya no se arreglaba tanto a menos que fuera a la oficina, le daba igual.

De todas formas, ya era necesario ir a bailar, porque bajo las luces de colores, con la música que amaban penetrando por cada poro de su piel y el alcohol recorriendo sus venas, sentían que exorcizaban todos sus demonios, como si fuera un extraño ritual secreto.

Cristian y sus Siniestros tocaron unos pocos temas y dieron paso a la siguiente banda, momento en el cual decidieron irse para aprovechar al máximo la noche. Lara tomó coraje y simplemente pasó por al lado de Cristian, lo saludó con la mano indiferentemente y subió por las escaleras hacia la salida. Giró la cabeza esperando verlo a él, pero por supuesto, no la estaba siguiendo. Estaba muy entretenido hablando con sus “fans”. No sabía cómo se había acostumbrado a eso, pero ya era común. Nunca más, después de las dos primeras veces, le había dado besos en público. Probablemente eso le espantara a unas cuantas minitas que él —al parecer- necesitaba cogerse imperiosamente. Pensar eso la amargó un poco, pero no le dolió. Después de todo, tenía que aceptar que Cristian no era lo que quería para su vida.

Llegaron a La Rockola a eso de las dos de la madrugada. Las paredes negras, la gigante bola de espejos, la gente de siempre, la música... y el DJ amigo, casi como si estuviera observándolas, puso el tema de Flashdance, *What A Feeling*. Las burbujas empezaron a caer y la magia empezó. Saltaron a la pista de baile con un gritito e inmediatamente las tres se sintieron mejor.

Lara estaba decidida a divertirse con sus amigas esta vez. Mientras se soltaba de la mano de algún borracho que la había agarrado de prepo, lo vio contra la barra, pensativo, con la mirada perdida. Raro, lindo. Le pareció que estaba mirando a una morocha que llevaba un vestido escotado. Pero sabía que no iba a ir a buscarla; estaba relajado, no estaba juntando coraje ni buscando una presa. Él solamente estaba ahí, creyéndose invisible cuando cada mujer que se acercaba estaba intentando llamar su atención alevosamente. Ella pasó frente suyo, mirándolo tímidamente por un segundo,

pero él no la notó. Pensó que de cualquier forma, él era demasiado para ella, y lamentablemente ese era el tipo de hombre que no podía atraer, el que más deseaba, el uno en un millón, el paquete completo. Seguramente se lo llevara la morocha despampanante del escote; ella con sus jeans rotos, su remera de Ramones y su pelo infantil no tenían chance. Se dispuso a bailar y divertirse con sus amigas, olvidándose de los hombres; al fin y al cabo, ese era el propósito. Bailó, rió, se divirtió, se emborrachó... y cuando volvió a verlo, él estaba con otra. No se sorprendió. Chicos como ese estaban prácticamente extintos, era imposible que estuviera solo...mucho menos que le prestase atención a ella.

21

Gabriel estaba parado junto a la barra, bebiendo el quinto vaso de fernet con coca. La noche había comenzado horas antes, aunque parecían siglos. Cansado de su rutina, después de un largo día de trabajo, quiso llenar de alcohol el vacío que sentía dentro. Ya no buscaba “estar por estar”, quería algo más, y Brenda no había podido dárselo. No había querido dárselo. Otra vez había amado al pedo, otra vez se sentía como la mierda. Y otra vez quería alguien a quien amar, a pesar de darse contra la pared una y otra y otra vez. Llegó a pensar que lo suyo era el masoquismo, cada mujer que entrara a su vida sólo serviría para lastimarlo. Sentía impotencia mientras miraba a su alrededor, observando el humo de colores envolviendo la multitud. Las risas de sus amigos (Agustín era el centro de atención intentando hacer equilibrio con un vaso de plástico en la cabeza), la botella de cerveza vacía en la barra, las mujeres de mirada insinuante, un grupo de hombres rodeando dos chicas, como predadores sobre sus víctimas. Bebió hasta hacer fondo blanco, cerró los ojos. Quería perderse en la nebulosa de rayos fluorescentes y dejar que la música sonara tan fuerte que pudiera enjuagar todos sus pensamientos. Abrió los ojos con un largo suspiro, se sentía mareado. Tiró el vaso al piso y se acercó a la pista.

Entonces la vio.

Ella bailaba como ninguna, girando, saltando, moviendo todo el cuerpo con gracia. Totalmente ebria, pero no le daba vergüenza. Sonreía pícaramente, sacudiendo la cabeza, su pelo le caía sobre los ojos, tenía la remera desacomodada, los jeans rotos, y el maquillaje corrido. Era un desastre... era perfecta. No era como las demás, siempre preocupadas por estar arregladas, bailando apenas moviendo los pies, subiéndose a los parlantes para llamar la atención, yendo al baño a retocarse el maquillaje. Ella brillaba sola. Parecía ser parte de la música, en ese momento no existía nada más que

el ritmo de su cuerpo. Y era demasiado para él. Una mujer así nunca lo miraría, pensaría que es un estúpido por acercársele e intentar hablarle. Seguro tenía novio y estaba cerca, vigilándola, una chica así *NO* podía estar sola. La vio negar con la cabeza cuando se acercó un grupo de buitres hambrientos. Entonces se resignó. Probablemente, aunque estuviera sola, ningún hombre en ese boliche fuera suficientemente bueno para ella, mucho menos él. Miró a su alrededor y empezó a alejarse, cuando una morocha que había tenido a su lado todo el tiempo mirándolo fijamente (pero que él no había notado), prácticamente se le tiró encima, y le susurró algo al oído, sonriendo. Él, débil, solo, desesperado... le devolvió el beso.

Quizás fue la impotencia lo que más tarde empujó a Lara a los brazos del chico de la gorrita y el piercing en la ceja. Jamás se enteró su nombre. ¿Importaba? Quiso olvidarse de Cristian. Quiso olvidarse por un rato de todos ellos, todos sus hombres, todo su pasado. Quiso olvidarse del futuro que no llegaba, del hecho de elegir siempre a los que no podía tener, o que sólo podía tener a medias.

Horas más tarde ambos llegaron a sus casas, y se fueron a dormir con la amargura de saber que todo iba a seguir igual... con la angustia de no ser valorados, con la vergüenza de la desesperación, con la culpa de no haber intentado... con el mismo vacío de siempre.

Horas más tarde ambos llegaron a sus casas solos, solos... sin saber.

22

Lucas (el chico del piercing que había conocido el viernes anterior) la llamó por teléfono, le contó que al día siguiente tenía un cumpleaños y que seguramente iban a terminar en un bar que quedaba a sólo cinco cuadras de su departamento. Le propuso a Lara que se uniera a la salida y que, si quería, después hacían una fiesta ellos dos solos. Lara no lo dudó ni un segundo, *tenía* que seguir adelante.

Esa noche se puso su vestido más corto, sus botas más largas, y su labial más rojo. Mientras caminaba hasta el bar protegiéndose del frío con su sobretodo de cuero negro, lo sintió: era un momento de transición, las cosas estaban cambiando. Había vuelto alguien del pasado y alguien del presente estaba esfumándose. Lo que significaba que los tiempos estaban danzando a su alrededor, jugando, mutando. No pasaría demasiado tiempo hasta tropezarse con el futuro.

“Back in black” de AC/DC sonaba de fondo cuando Lara entró al bar y Cristian la vio. Se sacó el sobretodo dejando a la vista un hermoso cuerpo... un cuerpo que había tenido muchas veces, pero que nunca había podido hacer suyo. ¿Qué hacía ahí? ¿Qué hacía sola? Se había ido alejando de ella, asustado. No era para menos; Lara tenía algo... no era como las demás.

Observó a Lara mirando a su alrededor, caminando entre la gente del bar. Seguramente no lo había visto. ¿Debería irse? ¿Por qué se sentía tan incómodo? A pesar de haber perdido la cuenta de las veces que se había acostado con ella, siempre lo dejaba con ganas de más... No quería admitírselo, pero en el fondo sabía que nunca se había aburrido de sus chistes, su torpeza, su ternura, sus frases ingeniosas, sus besos; pero no quería demostrárselo, no quería que ella supiera que... ¿qué? ¿Que no lo había aburrido como las demás? ¿Que de hecho, ella lo ponía un poco nervioso a veces? Había algo en Lara que le daba un poco de miedo aunque no podía descifrar qué era. Quizás era esa frialdad que ella tenía a veces, que le recordaba un poco a... bueno, no importaba.

La vio acercarse a un hombre, que para su gusto, estaba muy por encima de su propia facha. Él la agarró de la cintura, los vio sonreír mientras sus bocas se acercaban y él bajaba las manos por su cintura. Cristian miró la escena tomando casi de un solo trago toda la cerveza que quedaba en su botella. Martín, el baterista de Siniestros (o El Jack Black, como le decían sus amigos, por el parecido al actor), siguió su mirada.

-Esa es Lara, ¿no?-, preguntó señalándola con la cabeza.

-Sí...-, dijo él, apartando la vista. ¿Por qué le molestaba verla con otro? ¿Por qué le estaba prestando atención siquiera?

-¡Ja! Mirá, mirá como la agarra el flaco, está al palo.- El Jack se calló al ver la cara de odio de Cristian, pero no pudo evitar preguntarlo: -¿estás celoso?-.

-No, ¿por qué voy a estar celoso?...-, dijo Cristian, en voz baja, mientras prendía un cigarrillo.

-Dale, estás celoso, te conozco-. La expresión en la cara de Cristian no cambió. -Bueno, entonces, ¿me la puedo coger?-, preguntó, intentando hacer reaccionar a su amigo. Cristian le echó una mirada furtiva. El Jack había estado con varias de las chicas con las que él había estado, y viceversa. Nunca le había importado. Pero el sólo hecho de pensar en ver a Lara con él, le revolvía el estómago.

-No te va a dar bola-, contestó Cristian. Creía que probablemente era verdad; más allá de lo mucho que pudiera molestarle. Lara no era la clase de mujer a la que la deja bien cualquier colectivo. Todavía no sabía por qué había estado con él.

-¿Por qué no? Te dio bola a vos...- Cristian pensó que su amigo tenía razón; al conocerla, supo que era la figurita del álbum más difícil de conseguir, y sin embargo lo había logrado. Cristian se preguntó si en algún momento él le había gustado de verdad.

-Tuve suerte-, dijo Cristian, después de una pausa.

-Tuviste suerte y la cagaste. Una mujer así, linda, buena, divertida, copada, ¡fiel!... no sé cómo la dejaste escapar así...-, dijo El Jack, pensativo. Al ver que su amigo tenía la mirada perdida, probablemente pensando que él tenía razón aunque nunca fuera a admitirlo, le dio una palmadita en un hombro y se fue a buscar más cerveza a la barra.

Volvió a mirar a Lara, que ahora estaba tomando un trago, mientras el idiota ese le decía algo al oído. *“¿Podría haber salido con ella?”*, se preguntó. Se sorprendió de sí mismo por estar pensando esas cosas. Y ella, como si le hubiera leído los pensamientos, se dio vuelta y lo vio. Él quedó petrificado.

“¿Cristian?! No... no puede ser...”. Lara volvió a mirar: sí, era él, mirándola fijamente, sorprendido. Lara pensó que probablemente estuviera borracho, no sería nada extraño. Lo saludó con la mano y sonrió. Él hizo lo mismo, todavía serio. Lara se dio vuelta, para mirar a Lucas, que reía y brindaba con sus amigos. Se preguntó si a Cristian le molestaría verla con otro, como a ella le había molestado verlo con Pía. No eran celos enfermizos, no entendía qué era lo que le pasaba, si no estaba enamorada entonces... *“no sé, es... es molesto”*. Pensó que aunque no sintiera nada por él más que esa confusión, o ese *“qué hubiera pasado si...”* prefería apartar la vista antes que verlo de nuevo con otra mujer. Abrazó a Lucas y él la besó, alzándola un poco. Un par de minutos después ambos salieron del bar agarrados de la mano... y Cristian, en silencio eterno, lamentó no ser él quien se iba con ella.

23

Al final, todos terminaban desapareciendo. Un día era su reina, y al día siguiente no era nadie. Bienvenidos al mundo de la soltería. Lucas había sido un lindo entretenimiento por un ratito, pero en realidad no le gustaba. Esto le había causado tal angustia que decidió llamar a sus dos mejores amigas para hacer una sesión de terapia en su departamento.

-Me dio tanto placer estar con Lucas delante de Cristian... aunque no le importe, quiero que vea que no estoy muerta por él...-

-¿No era que no estabas enamorada?-, preguntó Coti, confundida.

-No estoy enamorada...-. Sus dos amigas la miraron como diciendo “a nosotras no nos engañas”.

-Estoy triste, Coti. Me fui con el tipo ese como por despecho. No lo disfruté, todo el tiempo estaba pensando en... no me sirve esto, no me sale ser como Sol, como el resto de la gente. Necesito alguien que me quiera, un hombre que no se asuste si le hago caricias o lo beso con ternura. ¿Por qué me es todo tan difícil?-, dijo Lara, suspirando.

-A todos nos es difícil, Lara. ¿Sabes qué fácil sería para TODOS, si no pensáramos en las personas que no piensan en nosotros?- suspiró Sol, que había estado callada y reflexiva todo el tiempo, como en las últimas semanas.

-Pero es que ¡necesitamos algo en qué pensar! ¡Si no, nos volvemos locos!-, dijo Lara.

-Y la gente te dice que pienses en algo productivo, como si pensar en eso fuera divertido...-, dijo Sol.

-Exacto. Pero ¿sabes que me di cuenta? Que no importa cuánto piense, no voy a poder resolver lo que pasa por la mente de los demás. Tampoco voy a lograr sacarles información, y tratar de forzar la situación es una estupidez-, concluyó Lara.

-Además, sabes que ni Adrián ni Cristian son la clase de tipo que quieres en tu vida. Estás caliente nada más... caliente y confundida-

-Sí, lo sé. Supongo que Cristian llegó para hacerme olvidar de Adrián; y después, al revés. Y ahora tengo a los dos dándome vueltas en la cabeza porque no tengo nada mejor en qué pensar. Soy patética, Coti-.

-Yo sigo pensando en Emiliano, si eso te consuela-, dijo Coti, riéndose. –Pero no estés triste... pensá en todas las minitas que tiene cada uno y cuántas le importarán de verdad... no creo que sea más de una, o ninguna-

-Me molesta ser una más, me molesta ser parte de una lista, ¡me molesta que para coger tenga que sufrir tanto después!-

-¿Vos pensas que hay gente que no sufre y no siente lo mismo que vos?-

-Sí, los hombres-, contestó Lara. Se rieron. –No... sé que muchos también sufren. Lo que no sé es por qué siempre termino con tipos tan fríos...-.

-Yo era feliz hasta que dejé que mi amor por mí misma dependiera de otro, de Iván. Él me hizo sentir una basurita. ¿Sabes qué me dijo?-, dijo Sol, con la voz quebrada. Coti se acercó a ella y la abrazó. –Me dijo que no va a dejar a su esposa. Que su familia es lo más importante que tiene...dijo, dijo...-, dijo Sol, rompiendo a llorar ahora. Lara se acercó a ella y la tomó de la mano. Era quizás apenas la segunda vez que la veía llorar, al menos por un hombre.

-Dijo que lo que tuvimos fue hermoso, pero que no iba a llegar más lejos...-, terminó finalmente.

-Intentamos advertírtelo, Sol. Creeme que aunque te duela, esto es lo mejor para vos-, dijo Lara.

-Sí, como habías dicho... estabas bien hasta que dejaste que tu amor por vos misma dependiera de él-, dijo Coti mirando a Lara. Sol también la miró. Las tres sintieron que era uno de esos momentos en que habían llegado a algo importante.

-Estuvimos buscando amor en lugares equivocados-, dijo Lara, pensativa. Luego de una pausa, agregó: -¿se dieron cuenta que tenemos patrones de conducta? Siempre nos pasa lo mismo-. Sus amigas la miraron desconcertadas.

Lara se tocó el dedo índice de la mano izquierda, enumerando. -Coti siempre consigue novio uno atrás del otro, pero son todos iguales. Siempre o la engañan o tiene razones para pensar que lo van a hacer-. Coti hizo una mueca y asintió, revoleando los ojos.

-Sol los boludea a todos hasta que se engancha de uno imposible, y sufre-, dijo Coti. Sol asintió sonándose los mocos con un pañuelo descartable.

-Y vos elegís siempre tipos fríos-, dijo Sol, dirigiéndose a Lara. Ésta asintió:- Sí. Entonces no puede ser culpa de ellos. Es un patrón que seguimos nosotras. Quizás lo que obtenemos es un reflejo de lo que mostramos...-

24

Comportamiento básico de una mujer desenamorada

Fase 5: Des-desencanto

Llega tan lenta, tan indetectable, que no la percibe. La esperanza se instala de nuevo en un rincón, tímidamente. Le cuesta prestarle atención, algo cambió, pero no sabe bien qué. La resignación se va, vuelve a soñar. Está inspirada. Las ideas son eternas, las posibilidades son infinitas. Confía en su destino, en la ley del karma, huele el cambio en el aire. Esto es algo que vivió antes, como aquel instante en que empiezan a brotar las hojas de los árboles y el aire de las primeras flores perfuma sutilmente las calles de la ciudad... como cada vez que le sucede, siente el renacimiento acercándose lentamente. ¿Es un sueño? No importa, se deja llevar...

El desencanto se enamora del encanto. Y ella también.

“Hombres fríos, ¿por qué hombres fríos’. Porque son un reflejo de lo que yo muestro”, se dijo Lara. Sí, habían llegado a algo. La tarde había sido mágica, reveladora. A veces con una simple charla, se entrelazaban unas cuantas neuronas más en el cerebro, que antes habían permanecido dormidas durante años. Las chicas acababan de irse, y la terapia había sido muy productiva, pero sentía que algo se le estaba escapando.

La noche estaba cayendo lentamente sobre la ciudad. Las nubes en tonos rosados cubrían el horizonte y había una especie de aroma en el aire que le hacía sentir la llegada de la primavera. Se sentó en el balcón que daba a la calle, como hacía cuando necesitaba pensar y respiró lentamente, abriendo los pulmones. La magia estaba ahí, esperando que ella pudiera tocarla. De repente recordó lo que Gonzalo le había dicho. *“Doy miedo. Es difícil acercarse a mí. Yo también soy fría”,* pensó. ¡Qué terrible! Pensar que lo que tanto criticaba en los demás, ella también lo hacía. Se quejaba de que nadie se abriera a ella, ni le mostrara afecto, cuando ella era la última en hacerlo. *“Pero yo no lo hago de mala, sino de insegura. Porque tengo miedo... miedo al rechazo... miedo a quedar como una estúpida”.* Sí, era eso, sin dudas. Nadie podía saber con seguridad de dónde provenía el trauma que había causado eso, pero sin duda había sufrido rechazos en su vida. Sin duda se había abierto a personas que no habían hecho lo mismo con ella. Y cada vez se había encerrado más, cada vez había creado más capas de hielo a su alrededor. *“Estoy tan encerrada que es como si viviera en un iglú y amenazara con una escopeta desde adentro a quien se atreva a entrar. Como si todos los que quisieran entrar pudieran herirme. No... los que quieren entrar nunca quieren lastimarte. Son los que viven dentro de su propio iglú, aquellos que son como yo, los que lastiman... por no dejar entrar a las personas que se interesan por ellos... y por no atreverse a ser vulnerables”.*

Otro *“momento ¡AJÁ!”*, como les llamaba ella. Esos momentos en que de repente la lamparita se prende y comprendemos todo. Los amigos que tenía y todos sus ex novios, no eran personas frías. De hecho, eran todo lo contrario. Habían sido tan insistentes, tan perseverantes, y tan cálidos, que habían llegado a ella finalmente. Eran *“picahielos”*. Se imaginó con una sonrisa a todos sus seres queridos picando las paredes de su iglú, sacando capas y capas de hielo, hasta llegar a ella. De vez en cuando ella volvía a poner un bloque de hielo en su lugar, porque no le gustaba sentir esa vulnerabilidad. Y los pacientes picahielos volvían a trabajar, sin darle importancia, porque sabían que había algo valioso adentro.

Eso era lo que necesitaba; no necesitaba otro hombre que viviera en su propio iglú, sino un picahielos. O quizás ella necesitaba derretirlo de adentro para afuera, sin miedo a ser atacada. Después de todo, había aprendido que quienes podían lastimarla, ya estaban encerrados.

Parte IV: Fusión

1

Cualquiera hubiera sido su error durante tanto tiempo, quisiera o no, hubiera podido evitarlo o no, todo había *pasado*... y el pasado ya estaba en el pasado. Mientras siguiera revolviendo en lo que ya no existía y quejándose de que las cosas nunca salían como ella quería, y que aunque cada hombre que había pasado por su cama se hubiera enamorado de ella, seguiría sin ser feliz porque ninguno de ellos era *EL* hombre de su vida, entonces la historia se ocuparía de repetirse una y otra y otra vez.

Lara sabía que nada era casualidad, y que absolutamente todo escondía una enseñanza. Se enfocó en lo que había aprendido durante todos esos años. Todo le ayudado a comprender qué era exactamente lo que quería y lo que no quería, lo cual no era poco. Además, era hora de dejar de tratar de llenar ese vacío con otra persona. Debía aprender a estar bien consigo misma, entender qué y quién vivía dentro suyo, y por qué reflejaba lo que reflejaba. Y mientras tanto, dejaría de luchar contra la corriente.

Sentada en el balcón de su pequeño departamento, observó a la gente caminar. Era la hora de la siesta del domingo, pero la calle estaba llena de vida. Había niños corriendo, gritando y riendo, un paseador de perros, una parejita de adolescentes que caminaba de la mano lentamente, como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Lara agarró los apuntes de la mesita que estaba al lado del ventanal e intentó leer. Al cabo de un par de minutos, se dio cuenta que no podía concentrarse, porque *no quería* estudiar.

Pensó en cuántos aspectos de su vida estaba remando contra la corriente. La facultad ya no era placentera. Ni siquiera estaba segura de querer ejercer su profesión una vez obtenido el título. Simplemente seguía y seguía... por inercia, porque era lo que *debía* hacer. Tal vez sólo para tener un cuadro colgado de la pared que le asegurase –tanto a ella misma como a los demás– que servía para algo, que se había esforzado muchos años y que era una profesional, alguien *importante*.

¿Y quién era Lara? Era esa nena corriendo por la calle. También esa adolescente enamorada. Ella siempre había querido ser algo que nunca se había permitido ser, por creer que no merecía, por creer que era difícil. Pero ¿por qué tenía que ser la excepción? ¿Por qué no podía ser feliz?

“Yo quería ser artista”, pensó amargamente.

Lara observó con nostalgia uno de los cuadros que tenía colgado en la pared. Había pintado desde chiquitita. Pintar había sido, por muchos años, su forma de escaparse del mundo real y de crear uno nuevo. Sin embargo nunca había creído tener el talento suficiente para lograr vivir del arte.

Se puso de pie y caminó hacia el cuadro cubierto por una fina capa de polvo. Lara pasó los dedos por el lienzo, sintiendo la textura. Casi pudo oler la pintura fresca. Cerró los ojos y recordó lo libre que se había sentido al pintarlo, lo satisfecha que había quedado al terminarlo, lo excitante que era darle formas y colores nuevos cada día, la satisfacción de plasmar su imaginación en una tela.

Cuando volvió a abrir los ojos, observó el cuadro. Lo observó mejor de lo que jamás lo había hecho. Pensó que era bueno... no sólo bueno, excelente. Increíble. No conocía una sola persona que hubiera entrado en su departamento y no lo hubiera elogiado. Siempre había creído que los elogios eran parte de la amabilidad de la gente, pero muchos de ellos lo habían halagado sin saber quién lo había pintado. Era un muy buen cuadro. Siempre había sido la mejor en sus clases de arte en el colegio, y esa era su materia favorita.

Se preguntó por qué había dejado de pintar, por qué había dejado algo que le daba tanta satisfacción; pero ya sabía la respuesta. Las creencias de los demás habían echado raíces, atándola a sus métodos. *“No se puede vivir del arte. Tienes que pensar en estudiar algo que te mantenga el día de mañana”*, le decían todos.

Pensó que, al fin y al cabo, aún sin un título, ella había encontrado una forma de subsistir. Ya era hora de aceptar, tanto ella como los demás, que por más que se recibiera de profesora de Inglés, ella había nacido para otra cosa. Y el dinero...bueno, de algún lado iba a salir.

2

Paseaban por una gran galería llena de locales de ropa, las tres agarradas de los brazos, como acostumbraban hacer cuando eran chiquitas con sus compañeras mientras charlaban y caminaban por el patio del colegio durante el recreo. Cuando Lara lanzó la bomba, sus amigas se soltaron para asegurarse de que habían oído bien.

-¡¿Cómo que vas a dejar la facultad?!- preguntó Sol, abriendo la boca y los ojos muy grandes.

-Sí, voy a dejar. No es lo mío.- Al dejar salir esas palabras de su boca, sintió alivio.

-Pero ¿cómo sabes? ¿No estarás cansada nada más? ¿Estás segura?- preguntó Coti, preocupada.

-Sí. Estoy segura. No tiene sentido seguir.-

-¿Por qué no esperas un tiempo? No es buena idea tomar decisiones bruscas...-

-No voy a esperar.... Quiero ser feliz ahora-, dijo Lara con la mirada perdida. Era como despertar de un largo sueño... de esos sueños extraños que parecen eternos, hasta finalmente convertirse en una pesadilla... y el alivio de despertar.

Recordó el primer día de facultad. La emoción que sentía al cruzar esos pasillos desconocidos, la alegría de saber que en tan solo unas semanas, los conocería tan bien como su propia casa... era excitante pensar en cuántos de sus compañeros podía llegar a conocer, con cuántos podía llegar a continuar una amistad luego de los estudios y lo mucho que podían divertirse entre materias y trabajos prácticos. Había amado la facultad y todo lo que eso significaba en su vida... sin duda había disfrutado de la vida estudiantil y de lo mucho que había aprendido; y ahora, como un novio con el cual la relación se había tornado problemática y falta de pasión, debía dejarla.

-Pero... bueno, y ¿cómo se lo vas a decir a tus viejos? ¡Te van a matar!- dijo Sol agarrándola del brazo nuevamente y reanudando el paseo.

-No me importa... por una vez en la vida, voy a hacer lo que yo quiero, no lo que esperan los demás de mí. Los demás no importan.-

-Lara... ¿estás bien?-, preguntó Coti. Hoy su amiga tenía algo... extraño.

-Estoy mejor que nunca-, dijo Lara, sonriendo.

¿No se trataba de eso la vida, después de todo? ¿De amar y de odiar lo que alguna vez habías amado? El amor, pensó Lara, debía ser puro, sin peros, sin excusas. *“Cuando ‘amo esto que estoy haciendo’ o ‘amo esta persona que tengo a mi lado’ van seguidas de un ‘pero...’, hay algo que está mal. Ya no es amor puro, está contaminado, es como una resaca del amor que queda, es como... la costumbre, el mismo miedo que da dejar a tu pareja después de estar de novia por muchos años. Y está bien, porque todo cambia, porque a cada segundo que pasa evolucionamos y nos convertimos en algo más, cada día tenemos más en claro las cosas que queremos, que no son las mismas que queríamos ayer... y si no dejamos ir, quedamos contaminados... si no dejamos ir, no hay forma de volver a sentir el amor puro... la pasión”.*

Ese día en vez de comprar ropa, fue a una librería artística, y se compró todos los pinceles, pinturas y lienzos que quiso.

“Qué placer es volver a verte”, se dijo.

Agustín había cambiado tanto desde que lo había conocido unos cuantos años atrás que si no hubiera tenido el mismo corte de pelo y la misma risa de idiota, Gabriel no lo hubiera reconocido.

Con Lucía sentada en su regazo, el tipo parecía el mejor novio del mundo. Y tal vez lo era. Ya no salía todos los fines de semana, no tenía la necesidad de emborracharse ni de estar con otras mujeres. De hecho, le había confesado que realmente no quería estar con nadie más, y que jamás había pensado que nadie pudiese hacerle sentir tan feliz como Lucía. Estaba hecho un pelotudo.

“Pero qué lindo es estar hecho un pelotudo”, pensó Gabriel. Los observó desde la cocina mientras se hacían cosquillas y sintió ternura.

Quizás sentir ternura en vez de envidia era una señal de que finalmente las heridas estaban curando. El invierno había terminado, los días de calorcito estaban aumentando, y se olía la primavera en el aire... o tal vez era el aroma que tenía la esperanza, o la frescura de haber empezado a tallar de nuevo. Ya tenía unas cuantas piezas terminadas, pero decidió que eran demasiado pequeñas, por lo que decidió ir a comprar un gran tronco... se sentía inspirado.

Brenda había quedado en el pasado. Ella había dejado varias materias que cursaban juntos, lo cual le facilitó las cosas. De vez en cuando, la cruzaba en los pasillos de la facultad, pero decidió ignorarla. Escapó de ella por tanto tiempo que se olvidó de haberla olvidado, y cuando volvió a verla, ella ya no estaba sola. Aparentemente, estaba felizmente de novia. Pero tampoco le importó.

Ya no haría nunca más responsable a nadie de lo que él sentía. Le habían tomado meses de borracheras, compañeras insignificantes y demasiado pensar al pedo para poder seguir adelante. Y hoy sentía haberlo logrado.

Era increíble... nunca se había sentido tan destrozado como cuando entendió que Brenda no lo amaba. Y sin embargo, quizás por haberse cansado de revolver tanta mierda buscando explicaciones (y sin obtenerlas), pudo volver a encontrarse a sí mismo.

Había intentado ser lo que Brenda quería. Había intentado ser lo que Agustín quería. Había intentado complacer a cada persona que se cruzara en su camino, hasta que finalmente comprendió que eso era imposible.

Gabriel salió a la calle con el sol acariciando su espalda y *There is a light that never goes out* de The Smiths atravesaba sus auriculares. Podía sentirlo, podía saborearlo, podía olerlo, podía *creer* de nuevo. Encendió un cigarrillo, y mientras caminaba por la plaza del barrio, pensó: *“ella puede estar en cualquier lado... pero estoy seguro de que esté donde esté, haga lo que haga, vaya a donde vaya, tarde o temprano, va a encontrarme”*. Recordó una frase de Friedrich Nietzsche que había leído en algún lado: *“Desde que me cansé de buscar he aprendido a hallar”*. Y aunque no sabía bien qué significaba eso, decidió que eso es lo que haría de ahora en más.

4

Habían hecho una especie de picnic, sobre un mantel a cuadros rojos y blancos que le recordaba al delantal que usaba en el jardín de infantes. Lara se encontraba recostada junto a sus amigas en la misma plaza por la que Gabriel pasaba distraídamente en ese mismo instante. Ella lo miró por un segundo y avergonzada, apartó la vista cuando él la miró.

-No voy a encontrar nunca a nadie como él-, dijo Coti, mientras se llenaba la boca de pochoclos.

-Basta, Coti-, la frenó Sol.-Lara, decile que la corte con eso-, dijo Sol, observando un grupo de skaters.

-¿Eh?... ah, sí. Cortala, Coti. No vamos a hablar más de ninguno de ellos. Ni Emi, ni Iván, ni nuestros ex, ni nadie del pasado-. dijo Lara.

-Pero ¿Por qué no me dejan quejarme en paz?-, preguntó Coti suspirando.

-Porque no ayuda. Ya pasó. Hay que concentrarse en algo nuevo-, dijo Lara, divertida. Volvió la cabeza y vio al chico que la había mirado antes, esperando para cruzar la calle. Como si tuviera ojos en la nuca, él se dio vuelta y ella se volvió con una expresión de sorpresa y los cachetes colorados.

-Sí, pensar tanto te termina bajoneando-, dijo Sol, que había retomado sus clases de actuación con más ganas que nunca.

-Supongo que tienen razón. Es que no puedo parar de pensar- contestó ella. Se metió otro montón de pochoclos en la boca y algunos se cayeron sobre su regazo y sobre el mantel cuadriculado.

-Es muy difícil dejar de pensar. Te tenes que enfocar en otra cosa, por ejemplo, tus prácticas-, dijo Lara. Coti estaba por recibirse de veterinaria y ya faltaba poco para empezar las prácticas, aunque no tenía la cabeza en ellas.

-Si yo puedo ver a Iván todos los días y aun así concentrarme en mis clases, vos podés concentrarte en tus prácticas. Además, encontré un compañerito de elenco que me ayuda en eso-, dijo Sol, guiñando un ojo. Ya volvía a ser la de antes, o quizás un poco más sabia.

-Yo también pienso a veces, pero lo estoy largando todo en la pintura... es como si me estuviera exorcizando-, dijo Lara. Cruzó los brazos bajo su cabeza y se apoyó en ellos mirando las copas de los árboles recortando el cielo.

-¿Qué les picó a ustedes con tanto optimismo?-, dijo Coti, que se sentía algo sensible todavía.

-¿La vida sigue?-, respondió Sol, encogiendo los hombros.

-Pensar en el pasado es estancarse... creo que era hora de que entendiera eso de una buena vez-, contestó Lara.

-Pero, ¿cuántos más hijos de puta me van a romper el corazón? ¿Cuándo va a llegar uno como la gente? ¡UNO!-, preguntó Coti, frustrada. Sus amigas se rieron.

Las chicas se quedaron en silencio, mirándose unas a otras, pensativas. Observaron a los skaters. En cierto sentido, la vida era como andar en skate: podías subirte y arriesgarte a darte un golpe de vez en cuando, o caminar con él bajo el brazo y ver cómo el resto se divierte. Aquel que tenía demasiado miedo a subirse, nunca experimentaba la increíble sensación de tener el control, el riesgo a perderlo, el viento en la cara y la emoción de mantenerse en movimiento, avanzando.

Lara finalmente habló:

-Alguna vez escuché que cada vez que tenes un deseo, el universo entero conspira para que lo cumplas... y por ahí las soluciones siempre están en frente nuestro, pero estamos tan preocupados por el pasado y en culpar a los demás, que no podemos verlas. Habrá que dejar de dar vueltas, relajarnos y *confiar*... siempre llegan cuando menos lo esperas-.

Las tres se recostaron sobre la hierba y disfrutaron de la brisa que hacía susurrar a las hojas de los árboles. En el fondo, muy en el fondo, *sabían* que todo iba a estar bien.

Se sentía tan bien... hacía ya cinco meses que había renunciado en la librería para arriesgarse a realizar un trabajo que antes había rechazado porque no se creía capaz de hacerlo: había empezado como traductora de Inglés freelance. Siempre tenía trabajo, no le sobraba el dinero pero tampoco le faltaba, pero lo importante era que se sentía libre de hacer lo que quisiera.

No fue el hecho de dejar de verlo todos los días, si no haber empezado a conocerse a sí misma lo que cambió todo. Cristian, y Adrián, y todos los demás, estaban haciendo su camino. Y si el destino quería unirlos nuevamente, que así fuera. Mientras tanto... había mucho por hacer.

Ahora quería no pensar en nadie. Quería pintar. Le sorprendió descubrir que su mano se movía por el lienzo con tanta facilidad como lo hacía antes, y sintió la pasión que tanto había estado buscando. Decidió que el próximo año iba a empezar Plástica en la Facultad de Bellas Artes. Todo parecía estar funcionando de acuerdo a algún plan divino, acomodando piezas en un rompecabezas gigante. O quizás se había subido al skate de su vida, y podía sentir la emoción del movimiento.

La exposición recién comenzaba, y los nervios en vez de crecer, se calmaron. Ya estaba todo hecho, ya estaba todo dicho, y allí estaba su obra, colgada en la pared. No era gran cosa exponer en un evento para principiantes, y no podía parar de compararse con los demás artistas, pero ese era su cuadro, y debía aprender a amarlo. Después de todo, era el exorcismo de sus demonios, la curación de su alma, la comprensión de su verdadera identidad, la respuesta a todas sus preguntas. Lo observó una vez más: La mujer sujetaba al tigre con dulzura, en un gesto de amor incondicional, mientras éste rugía amenazando con comérsela. A sus pies, un lago los reflejaba, y en el reflejo, el tigre estaba manso, y la mujer, asustada. Era magnífico.

Vinieron a felicitarla sus familiares, sus amigas, sus compañeros de la facultad. Sus padres estaban orgullosos, porque siempre habían sabido el talento que escondía su hija, y sus amigas estaban sorprendidas, porque sentían estar delante de otra persona completamente nueva. Lo que nunca imaginó era que apareciera su musa. Cristian se había enterado de la exposición a través de Gonzalo, y habían ido juntos a verla.

Cuando Lara lo vio, se sintió nerviosa. Después de todo, él también pintaba, era muy bueno, y se sentía intimidada y expuesta no sólo por eso, sino porque su obra parecía inspirada (y de hecho, así lo era) en el cuadro que él tenía colgado en su casa. Cristian lo observó, sonriendo. Luego se acercó a Lara, y sin decir nada, la abrazó. Por un extraño y efímero momento en el que se miraron a los ojos sonriendo, ella creyó que él había entendido lo que había querido decir, pero no se dijeron nada. Quizás algún día...

Luego de recibir a toda la gente que había ido a verla, se sintió más relajada y feliz que nunca. Se dedicó a recorrer el lugar, admirando las obras de los demás artistas. Habían cuadros, maquetas, esculturas... una figura en particular le llamó la atención. Era una gran escultura de una mujer curvilínea, de grandes ojos y mirada penetrante. Su cabello caía en cascada sobre su pecho, y parecía salida de un cuento de hadas. Lara se quedó mirándola como hipnotizada, hasta que alguien se paró a su lado a hacer lo mismo. Ella empezó a caminar alrededor de la escultura, mirando cada centímetro, preguntándose cómo hacer eso. Él la observó disimuladamente, y con las manos en los bolsillos, se dijo que era ahora o nunca.

-Está buena, ¿no?- preguntó.

-Me la llevaría y la pondría en la entrada de mi casa-, dijo Lara, fascinada. Volvía a mirar a esa extraña mujer a los ojos. Era como... mitológica. Él soltó una risita.

-Podrías ayudarme a robarla- dijo Lara, bromeando.

-Me encantaría ayudarte, pero justo eso no lo puedo hacer. Me estaría robando a mí mismo- dijo él. Lara se rió y por primera vez levantó la vista para mirarlo a los ojos. "¡Ufff!...". Se sonrieron. Era ahora o nunca.

-Lara-, dijo ella, extendiendo la mano.

-Gabriel. Un gusto-.

Lara y Gabriel se pasaron el resto del atardecer hablando de sus obras, de sus corazones rotos, de la vida. Gabriel era el único –ella creía- que había comprendido su cuadro. Y Lara había sido la única que había reaccionado ante su Ninfa de la forma en que él pretendía: la hipnotizaba. Ninguno de los dos había sido muy extrovertido hasta entonces, ninguno de los dos se creía capaz de pedirle el teléfono al otro, pero se sentían tan conectados que todo se había dado naturalmente.

No habían pasado más que unas pocas horas desde su despedida hasta que él la llamó por teléfono. Dos horas de hablar sin parar con un extraño no era algo que pasara todos los días... mucho menos con lo mágico que había sido, como si se conocieran desde hacía mucho, mucho tiempo.

Ninguno de los dos dudó nunca en llamar al otro, y aunque Lara reprimió las ganas de invitarlo a salir, Gabriel no lo hizo. Hablaron por horas de sus vidas, y con cada palabra se asombraban más de encontrarse en el otro. A pesar de haber tenido experiencias distintas, ambos habían aprendido lo mismo. Cada uno era el reflejo del otro. Quizás por eso mismo ahora se habían encontrado, por estar en la misma sintonía.

A pesar de haberse cruzado mil veces entre la multitud de la ciudad, sólo cuando se dejaron ser pudieron encontrarse.

Y qué encuentro.

Epílogo

Sus brazos eran tan reconfortantes que Lara sentía que podía morir en ese mismo instante junto a él. ¿Qué más podía pedir de la vida que esto? Se encontraban sentados en medio de una playa semi desierta, contemplando el océano. El sol ya empezaba a bajar y sólo se escuchaba el murmullo del viento... y la voz de Gabriel cerca de su oído.

-Me causa gracia esto-, dijo sonriendo.

-¿Qué?-.

-Esto. Los dos acá abrazados mirando el atardecer. Parece de película-, dijo Gabriel, mientras dibujaba con un dedo en la arena.

-Es verdad-, dijo Lara. Se quedaron por unos instantes sonriendo estúpidamente en silencio, y ella agregó: -Si alguien me hubiera dicho hace unos meses que te iba a encontrar y que iba a vivir algo tan lindo, creo que me le hubiera reído en la cara. O le hubiera escupido en la cara-. Gabriel soltó una carcajada.

-O les hubiéramos pegado una trompada.-

-Eso nos pasa por ser tan negativos, que no soportamos a la gente optimista-.

-Ahora sí los soporto... ahora soy uno de ellos-, dijo Gabriel, tomando suavemente a Lara del mentón para besarla.

-¡Pensar que perdimos tanto tiempo! ¿Y si alguna vez nos cruzamos en la calle y no nos dimos cuenta?-, dijo Lara, mirando el cielo con los ojos bien abiertos.

-Nunca lo había pensado. Vivimos en la misma ciudad, supongo que puede haber pasado. Por ahí sí, nos cruzamos mil veces... -, dijo Gabriel.

-Capaz el universo quiere juntarnos desde hace tiempo pero estábamos tan cegados, tan negados, que...- dijo Lara, dándose vuelta para mirar a su hermoso novio a los ojos.

-Pero... por ahí si nos encontrábamos antes, esto no podía funcionar. Vos estabas en otra, yo estaba en otra...-

-Es verdad. Por ahí necesitábamos estar en “la misma”-, reflexionó Lara.

-¿Queriendo encontrarnos?- preguntó Gabriel.

-Siempre estuvimos queriendo encontrarnos... pero por ahí no creíamos que fuera a pasar. ¡Y entonces, cuando Billy Corgan cantó “*Tonight Tonight*”, los dos creímos y nos encontramos!- dijo Lara, levantándose del suelo de un salto y bailando en la arena. Su primer beso había sido durante esa canción, en un recital de The Smashing Pumpkins, una de sus bandas favoritas.

-¡Por ahí nos encontramos porque a los locos Dios los cría y el viento los junta!-, dijo Gabriel, imitándola, haciendo gestos ridículos con los brazos.

-No, nos encontramos porque yo pensé: “a la mierda, me gusta, le voy a hablar”. Porque YO me arriesgué-, dijo Lara, subiendo el mentón y arqueando una ceja.

-Mentira, hablamos porque yo me acerqué, porque yo te llamé por teléfono. YO me arriesgué más que vos-, dijo él, con la misma expresión.

Realmente se habían arriesgado los dos, y valía la pena. Había sido divertido, no torturante.

Corrieron juntos hasta el auto cuando empezaron a caer las primeras gotas. En el baúl, tenían cuadros y esculturas, algunas pintadas por Lara. No sacaban una maravilla de dinero vendiéndolas, pero se estaban volviendo cada vez más refinadas y trabajadas, y por lo tanto, podían cobrar un precio cada vez mayor. Mientras tuvieran lo suficiente para subsistir y pudieran pasar el tiempo juntos, nada más importaba. Volverían al departamento que habían alquilado para pasar el fin de semana largo. Antes de la cena –que iba a cocinar Gabriel, puré de papas con pollo al horno-, Lara se pondría a pintar otro cuadro que estaba casi terminado. Después harían el amor hasta quedar agotados, y dormirían escuchando la lluvia golpear suavemente la ventana. Como en una película. Después de todo, ¿de qué están hechas las películas sino de experiencias, recuerdos, y sueños de personas reales?

Gabriel prendió el estéreo del auto, y en la radio comenzó *Easy*, de Faith No More. Ambos soltaron una exclamación de aprobación y Gabriel se puso a tararearla. Mientras manejaban por calles tranquilas y poco concurridas, recorriendo barrios de

casas de veraneo y sintiendo el aroma salado de mar que entraba por las ventanillas, Lara sacó su cuaderno de la mochila y escribió:

“Ahora lo entiendo todo, amor. Cada persona que formó parte de mi vida, la elegí porque cada una de ellas tenían partes de vos, aunque no lo supiera, aunque no te conociera... yo sabía, inconscientemente, que vos tenías todas esas características que me atraían una y otra y otra vez... Te estaba llamando sin saberlo, parte por parte, conociéndote a través de otros cuerpos, otras almas. Pero la persona que más debía conocer para poder encontrarte, era a mí misma. Supongo que en el momento que terminé de “armarte” y creer que no eras simplemente una fantasía que yo había creado, sino un ser real que sentía exactamente lo mismo por mí, fue cuando te conocí. Y entonces me di cuenta que las cosas que más me gustaban de todos los hombres que habían entrado a mi vida, eran partes de un todo; partes de vos, y de mí. Recordé que los había dejado en el camino sin siquiera intentar hacerlos míos porque estaban incompletos, porque eran sólo fragmentos de lo que yo estaba buscando, solo ingredientes de tu verdadera esencia. Y creo que por haber conocido todos esos aspectos, los que me gustaban y los que no, ni bien te vi, supe que eras lo que había soñado durante toda mi vida. Y estabas ahí para mí, siempre habías estado ahí para mí. Solamente necesitaba terminar de armar el rompecabezas de quien eras (quién era yo), pieza por pieza, para que no solo aparecieras en mi vida, sino también, para que yo tuviera la claridad para encontrar y seguir un camino que me permitiera reconocerte, y abrirme a vos, al amor.”

- ¿Qué escribiste, amor?-, preguntó él, mirando de reojo el cuaderno. Lara lo guardó y respondió con una sonrisa:

-Un truco de magia-.

Subieron el volumen de la radio y cantaron, *sabiendo* que la eternidad era real.